# Peregrinos a Santiago

## Xacobeo 99, el Año Santo que cierra el primer milenio de la peregrinación a Compostela

**Compostela, meta de la piedad medieval**
*Giovanni Cherubini*
**Se hace camino al andar**
*José Luis Martín Martín*
**La Leyenda del Matamoros**
*José-Luis Martín Rodríguez*
**Hija de la peregrinación**
*Ermelindo Portela*
**Los parentescos artísticos del Camino**
*Miguel Cortés Arrese*
**La ciudad del templo de oro**
*Soha Abboud Haggar*
**Devoción británica**
*Mariano González-Arnao*
**Las órdenes religiosas abren Europa**
*Antonio Linage Conde*
**Misericordias**
*María Luz López Terrada*
**¡Dios, ayuda e Santiago!**
*Jacques Pulbar*
**El declive del Camino**
*Miguel Ángel Ladero Quesada*
**Peregrinos en Jerusalén**
*Pedro García Martín*
**La romería a la Ciudad Eterna**
*Por Miguel Ángel de Bunes*

# Compostela, meta de la piedad medieval

**Lo tenía todo: como reliquia, el cuerpo entero –¡milagrosamente conseguido!– de un santo; más aún, de Santiago, un apóstol de los más allegados a Cristo y el primero de ellos en sufrir el martirio. Roma la miraba celosa**

**Giovanni Cherubini**
*Catedrático de Historia Medieval*
*Universidad de Florencia*

LA PEREGRINACIÓN A SANTIAGO DE Compostela se distingue por más de una razón del resto de las grandes peregrinaciones medievales, incluidas las de Roma y Jerusalén. Roma, en tanto que sede del Papado, atraía por motivos políticos o político-eclesiásticos a prelados, príncipes, emperadores y monarcas y no sólo a peregrinos. La historia de Jerusalén y de Tierra Santa se confundía con los orígenes del cristianismo y la fascinación por aquellos lugares se originaba en el recuerdo de la vida y de la muerte de Cristo.

Por el contrario, Compostela fue una creación completamente nueva, nacida en la Edad Media. Como todo lugar de peregrinación, se basaba sobre la posesión de una reliquia, pero ni robada ni adquirida, como ocurría en otros casos. Piénsese, por ejemplo, en el traslado del cuerpo de san Marcos desde Alejandría a Venecia por comerciantes venecianos en el 827-828, o el de los restos de san Nicolás de Mira, llevados a Bari en el año 1087 por mercaderes de esta ciudad.

En el caso de Compostela, según la tradición, el cuerpo de Santiago fue trasladado por sus discípulos tras su martirio –se ha sugerido, sin fundamento alguno, que fueron los árabes quienes trajeron desde Palestina el cuerpo del apóstol–. No se trató de un hueso, de la cabeza o de una parte cualquiera de los restos del santo, sino de un cuerpo entero y no eran los restos de un santo cualquiera, sino los de un apóstol. De manera que Compos-

tela se situaba en Occidente al mismo nivel que la capital de la cristiandad, que tanto se enorgullecía de albergar los restos de san Pedro y de san Pablo. A esta *elaboración* del peregrinaje colaboraron estrechamente y de manera prácticamente indisoluble la religiosidad popular, la intención de algún religioso, la orientación de la iglesia de la antigua ciudad romana de Iria (al fondo de la ría de Arosa, en Galicia) y los soberanos del reino de Asturias.

No debe uno maravillarse, por tanto, de que la peregrinación a Santiago sea, de todas las medievales, la que más ha llamado la atención de los especialistas. Y no sólo de ellos, sino también de las más diversas categorías de personas y asociaciones. Todo lo escrito al respecto, no sólo en España, sino en los países de la vieja Europa representa algunos miles de títulos. De todos estos trabajos, una parte trata de la complicadísima historia de la aparición, o mejor dicho, del descubrimiento, de la *invención* de la tumba del Santo en el lugar de la actual Compostela. Pero otros versan acerca de la procedencia geográfica de los peregrinos o sobre los numerosos caminos que llevaban a Galicia y el modo de viajar de los peregrinos así como sobre los lugares en los que encontraba posada. Finalmente, hay otros estudios dedicados a la influencia que la peregrinación a Santiago tuvo o pudo tener en los diferentes aspectos de la vida medieval, desde la economía al arte y la literatura... Al respecto, puede añadirse que el peso que a veces se atribuye al Camino en el desarrollo y entramado de la civilización resulta sublimado e incluso excesivo.

## El milagro del ahorcado

Del extraordinario éxito de la peregrinación a Santiago de Compostela a lo largo de siglos y del extendido culto a que dio lugar quedan testimonios relativos a los milagros del Santo o a su propia figura en muchas pinturas y esculturas diseminadas por toda la Europa católica, aunque con particularidades locales muy interesantes. En cuanto a los prodigios, el más representado fue probablemente el "milagro del ahorcado", presente en varias versiones relacionadas con las variantes escritas de las que se extraía. Pero todas giran en torno a una fraudulenta acusación de robo contra algunos peregrinos que se habían detenido en una posada o –en la versión más extendida y tardía– en torno a la falsa acusación de una criada contra un joven que viajaba a Santiago con sus padres y que había rechazado sus proposiciones. En esta última versión, el presunto culpable resulta ahorcado, pero a su regreso de Compostela, los padres lo encuentran aún vivo porque Santiago, invocado por el joven, lo había sostenido por los pies, de manera que la cuerda no le apretase el cuello. La aventura concluye con el castigo de la verdadera culpable mediante un segundo milagro: un gallo y una gallina ya clavados en el espetón se ponen a cantar delante del juez y le informan de que el chico sigue vivo en la horca. En la catedral de Santo Domingo de la Calzada –allí se ambientó el milagro en las versiones más tardías y, según el verso popular, "Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada"– se mantiene un recuerdo singular de estos animales: allí se crían en una jaula un gallo y una gallina cuyas plumas recogen los peregrinos.

Menos pintoresca pero más importante es la imagen con la que se ha representado a lo largo de los siglos en toda la Europa católica, en la escultura y en la pintura, al apóstol Santiago. En un principio nada lo distinguía de los demás apóstoles que llevaban en la mano, como símbolo, un rollo o un libro; si acaso se le agregaba una espada, símbolo del martirio sufrido en Jerusalén entre los años 42 y 44 –el primero de los apóstoles– por orden de Herodes Agripa. Pero más tarde, a partir del siglo XII, se difunde una imagen de Santiago que sustituye a la otra o que, en todo caso, se entremezcla con ella: se le retrata en traje de peregrino, concretamente de peregrino de Santiago, cosa que puede comprobarse por la aparición en la capucha y la esclavina –aparte de por llevar la bolsa del peregrino– de una o más conchas.

En la portadilla, **Santiago peregrino a caballo en una escultura barroca (Astorga, Museo de los Caminos).** Página anterior, **vista aérea de la catedral de Santiago de Compostela y sus edificios anejos. A la izquierda de la imagen se puede ver parte del Hospital de los Reyes Católicos, hoy convertido en un hotel de lujo (foto cortesía de *GeoPlaneta*).**

**Personajes ejercitando una obra de caridad: alojar a los peregrinos, en un cuadro de Domenico Ghirlandaio (Florencia, iglesia de San Martino dei Buonomini).**

## Compañero de viaje

El santo –en nuestra opinión, caso único en la historia de las peregrinaciones– llega de este modo a identificarse con las propias figuras que se dirigen a su santuario, casi como un compañero y protector de la devoción, en las fatigas y en los riesgos del viaje. Y el traje de peregrino con el que se le representa en la iconografía va siendo poco a poco más preciso y completo: la larga capucha, una bolsita o escarcela de piel, el hábito corto, un largo bastón o bordón con la punta de hierro y quizás la calabaza con algo de beber y, por supuesto, siempre la concha.

Estos atributos que distinguían así al peregrino de los demás viajeros eran, al mismo tiempo, objetos útiles durante el viaje pero también instrumentos a los que la literatura de peregrinación, desde el primer momento, había concedido un significado simbólico muy preciso. El bordón era al mismo tiempo una ayuda para los trechos más difíciles del Camino, una defensa contra lobos y perros y una imagen de la dificultad de la peregrinación que el fiel llevaba a cabo en la tierra antes de alcanzar la patria celeste. La bolsa, que no debía llevar correas, representaba la generosidad que el buen peregrino debía mostrar hacia sus compañeros de viaje más necesitados y, más generalmente, hacia su prójimo. Por su parte, la concha, con sus acanaladuras, recuerda los dedos de una mano que ofrece ayuda a los demás. Antes de la partida, se bendecían la escarcela y el bordón, siguiendo un ritual muy preciso del que se conservan numerosos testimonios; una de las múltiples variantes de esa iconografía del apóstol, y que está presente en cualquier región de Alemania, por ejemplo, se refiere a la bendición del bordón y de la escarcela.

Pero la más importante de todas, difundidísima por la Península Ibérica pero presente también en otros lugares, es la representación del Santiago que lucha por la fe, del "Santiago Matamoros", vestido de caballero, empuñando una espada, aterrorizando y matando a los enemigos musulmanes. Una imagen así indica un desarrollo militar y caballeresco de la función patronal que los cristianos le

## La salvación en una concha

La concha de Santiago significaba para el peregrino la demostración del largo y difícil viaje realizado. Tal y como recuerda el sermón *Veneranda dies* (*Liber Sancti Iacobi*), una vez cumplida la peregrinación, debe recogerla en Santiago y ponérsela en el hábito. De regreso a casa, la mostrará con satisfacción a parientes y amigos y la usará como una especie de reliquia activable en caso de enfermedad.

El autor del sermón la designa con el término "vera", que es probablemente una derivación de *veneria*, palabra usada por Plinio para la *Pecten maximus*, concha de la que se decía que había nacido Venus.

En el *Liber Sancti Iacobi* esta concha tiene un valor alegórico y tipifica un modelo de comportamiento para el peregrino: representa una mano que se abre para realizar obras piadosas. De modo que el peregrino debe ser generoso y dar limosna, conservándose siempre modesto, casto y sobrio. Para aquellos que vuelven de Compostela, la concha que traen es un recuerdo permanente del precepto de caridad que ya nunca debe olvidar.

Pero la concha es, también, un símbolo de regeneración y su imagen, relacionada con el sacramento del bautismo, aparece una y otra vez en escritores de épocas diversas y en las artes plásticas. Por ejemplo, puede leerse en Jacobo de Vorágine que Juan bautizó a Jesucristo con el agua de una concha. En la antigua sacristía de San Lorenzo de Florencia, la pila bautismal de Rossellino (finales de siglo XV) está coronada por una concha, lo mismo que en España existen muchas pilas bautismales en forma de concha o estriadas como una concha. La concha, entendida como emblema de la nueva vida que le espera al creyente tras un viaje de regeneración, viene a agregarse a la representación de Cristo en su condición de peregrino. En el claustro de Santo Domingo de Silos (mediados del siglo XII) el Salvador aparece vestido con una túnica y llevando un morral adornado con una concha; en un extremo de la bandolera aparecen otras cuatro conchas más pequeñas.

En el culto de Santiago, la concha es también una clara referencia a la muerte y a la resurrección, como en el milagro del hombre salvado de un naufragio que se despierta por la mañana cubierto de conchas.

## Guiado por las estrellas

El emperador Carlomagno ocupa un lugar especial en la historia del Camino de Santiago, como lo atestigua la crónica del Pseudo-Turpín, la *Historia Karoli Magni et Rotholandi*.

En el siglo XI, tanto los peregrinos que se dirigen a Santiago como los caballeros extranjeros que acuden a la Península para luchar contra los musulmanes, encuentran numerosas huellas del paso de Carlomagno por el Sur de Francia y el Norte de España. Progresivamente, empieza a verse en el emperador (y en su séquito) al salvador de la Península Ibérica, al que evangelizó España con las armas y en lucha contra los musulmanes y como el que, de entrada, abrió el camino de Compostela y lo hizo seguro.

En la crónica del francófilo clérigo autodenominado arzobispo Turpín y contemporáneo de Carlomagno, el emperador aparece como el abanderado tanto de la cruzada antimusulmana como de la peregrinación a la tumba del Apóstol. El objetivo principal de la obra es propagar al mismo tiempo la guerra santa española y la peregrinación. En la *Historia*, Santiago se le aparece en sueños a Carlomagno y lo anima a ir a España, mostrándole el camino de estrellas que desde Frisia le llevará a Galicia, donde se encuentra su cuerpo y a donde, tras la liberación del sepulcro de manos musulmanas por el propio Carlomagno, gentes de todos los países irán en peregrinación por los siglos de los siglos.

asignaban desde el principio, un reconocimiento y una invocación por su intervención en los crueles y repetidos choques militares de la Reconquista.

### La guía del peregrino

La historia del culto a Santiago, de la peregrinación, del trasfondo geográfico, político y social en el que se desarrollaba, se sustenta en un extraordinario conjunto de fuentes escritas. La principal es el compendio en cinco libros del *Liber Sancti Iacobi*, también llamado en su versión más amplia y primitiva, conservada en Compostela, *Codex Calixtinus* por creerse erróneamente que su redacción se debía al papa Calixto II. Fue éste un papa amigo de la Iglesia de Compostela y generoso con los privilegios, ascendiéndola de obispado a arzobispado.

Tampoco debe olvidarse la *Historia Compostellana*, crónica redactada por colaboradores del obispo Diego Gelmírez que, a lo largo de los primeros cuarenta años del siglo XII, gobernó la sede con energía y ambición extraordinarias, hasta lograr el arzobispazgo. Gelmírez reforzó de modo decisivo el reclamo internacional a la peregrinación, dando el impulso necesario para concluir, al menos en su estructura básica, la gran catedral románica de la ciudad. Y esto a pesar de dos motines sucesivos de la ciudadanía contra él –pues el obispo de Compostela gozaba de derechos señoriales– y de las propias desavenencias de los canónigos de la catedral cuyo número quería él aumentar hasta el "apostólico" de setenta y dos.

La *Historia Compostellana* es importante, precisamente, porque informa de las ambiciones, proyectos y realizaciones de Gelmírez y porque muestra, indirectamente, una imagen vivísima de muchos aspectos de la ciudad, de sus habitantes y de la propia peregrinación. También la composición del *Liber Sancti Iacobi* parece hoy en día achacable a la Iglesia de Compostela y quizá a la iniciativa del propio Gelmírez. En cualquier caso, se compuso a mediados del siglo XII. Las partes que lo forman tienen con toda seguridad orígenes y autores diferentes y la controversia sigue abierta.

El libro primero, con diferencia el más extenso del *Liber Sancti Iacobi*, recoge homilías y fragmentos relativos a la liturgia del Apóstol, entre los cuales debe recordarse particularmente el largo sermón iniciado con las palabras *Veneranda dies*, ya sea por su belleza, o por la información que ofrece acerca de la espiritualidad y los aspectos prácticos

Arriba, **busto relicario de Carlomagno en plata, oro y esmalte; producto alemán del siglo XIV. (Aquisgrán, tesoro de la catedral).** Derecha, **Santiago en un detalle de una miniatura del *Codex Calixtinus* (s. XII), versión primitiva del *Liber Sancti Iacobi*, el testimonio escrito más importante sobre la historia del culto a Santiago (Santiago de Compostela, archivo de la catedral).**

**Monasterio cluniacense de Leyre (Navarra), visitado por los peregrinos que caminaban desde Somport a Puente la Reina.**

de la peregrinación o quizá, porque los especialistas más notables lo consideran el núcleo del *Liber*.

El libro segundo recoge una veintena de milagros del Santo, lo que no es mucho respecto de otros compendios parecidos, pero resultan muy sagazmente elegidos con la finalidad de difundir y reforzar la idea de que las intervenciones del mismo tenían un carácter internacional. En efecto, implican, sobre todo, a personas y lugares ajenos a España y que se extienden desde Francia a Italia y Alemania, mencionando incluso en algunos casos a individuos que van o vuelven de Jerusalén, lo cual es una demostración evidente de los intentos de vincular de algún modo las intervenciones milagrosas del Santo y la peregrinación a Compostela con la peregrinación y la cruzada a Tierra Santa.

### El sueño de Carlomagno

El libro tercero, el más breve, está constituido por textos relativos al traslado del cuerpo de Santiago desde la Tierra Santa a Galicia y por la narración de la costumbre de los primeros peregrinos de recoger conchas marinas en las costas gallegas. El libro cuarto, que introduce la figura de Carlomagno en las historias de la peregrinación, está formado por la crónica del *Pseudo-Turpín* –de quien se conocen muchísimos manuscritos– que, según la tradición, fue escrita por este religioso compañero del emperador pero que, en realidad, es atribuible a un

## Fue idea del obispo

Diego Gelmírez, obispo y más tarde arzobispo de Santiago, debe contarse entre las personalidades más notables de la primera mitad del siglo XII por más de un motivo. A él se deben en gran parte la consolidación del peregrinaje, el desarrollo de la ciudad y la dignidad arzobispal de la Iglesia de Compostela. Él es quien lleva prácticamente a término la construcción de la iglesia románica sobre la tumba de Santiago (otros dos edificios sacros la habían precedido en siglos anteriores) y esto permite reclamar repetidamente para Santiago la condición extraordinaria de ciudad apostólica. Toda su obra se dirige a confirmar el prestigio y la grandeza de la Iglesia y de la Señoría compostelanas.

Gelmírez gozaba de amplios poderes sobre la ciudad y el territorio circundante y llegó a construirse una flota propia, empleando para ello a expertos artesanos y marinos del Mediterráneo, tan afamados desde hacía tiempo por las cruzadas y las empresas contra los musulmanes.

Gracias también al desarrollo de la peregrinación y al consiguiente incremento en las riquezas de la Iglesia, pudo permitirse elevar a setenta y dos el número de canónigos de la catedral y mantenerlos. El oro y la plata de que disponía le fueron muy útiles para conseguir del Papa y de la Curia romana que ascendiesen a Santiago a sede arzobispal. Pero el aumento del prestigio de la Iglesia de Compostela y la dignidad arzobispal se debían también a la habilidad política de Gelmírez, que le permitió obtener el apoyo del poderoso abate de Cluny y del rey de Castilla.

La propia *Historia Compostellana* parece surgida por idea de Gelmírez o de un religioso próximo a él y, en todo caso, los autores constituyen entre 1107 y 1149 un grupo de religiosos vinculado al arzobispo. No en vano el objetivo principal de la *Historia* no es otro que el de relatar las empresas de Gelmírez y exaltar la grandeza de la Iglesia Compostelana y sus merecidos éxitos.

información que la que precisaban los extranjeros.

En cualquier caso, la *Guía* es un texto de lectura fascinante. Para recordar sus rasgos esenciales, puede empezarse por aquellos que la hicieron famosa entre los entusiastas de la peregrinación jacobea, o sea, las descripciones de los caminos que llevaban a Compostela desde Francia. Se han elegido cuatro: el primero empezaba en Arlés, pasaba por Toulouse y cruzaba los Pirineos por el Somport. Los otros tres, que se reunían al pie de los Pirineos antes de cruzar Roncesvalles, se habían iniciado en Le Puy-en-Velay, Vézelay y Tours. A su vez, el camino de Roncesvalles y el del Somport se reunían en la localidad navarra de Puente la Reina y de ahí se continuaba por lo que vino a llamarse entre los siglos XI y XII, por voluntad de los soberanos de las diferentes monarquías ibéricas, Camino de Santiago. Éste cruzaba sucesivamente las ciudades de Estella, nacida precisamente como consecuencia del Camino, Nájera, Burgos, Sahagún, León, Astorga... antes de internarse en Galicia, cruzando los montes que la separan de la comarca de El Bierzo y, por fin, llegaba a Compostela.

No hace falta decir que los caminos indicados en la *Guía* no fueron los únicos utilizados por los peregrinos, ni en Francia ni en España. Si acaso, puede admitirse que quizá fueran, hacia mediados del siglo XII, los más importantes y frecuentados. Claro que debe tenerse en cuenta que el concepto de *camino de peregrinación*, utilizado a veces con poca precisión crítica y la misma expresión o las expresiones similares empleadas en las fuentes medievales, no se referían a caminos reservados a este tipo de viajeros (de hecho, personas muy diversas, recorrieron los caminos durante aquel siglo: comerciantes, religiosos, soldados, vagabundos y hasta campesinos o artesanos en busca de empleo) sino tan sólo a aquellos frecuentados por los peregrinos o a itinerarios recomendados.

Para los cuatro itinerarios elegidos por la *Guía* en tierras francesas y para el propio camino en España se señala una serie de famosos santuarios que hay que visitar antes de llegar a Compostela: por ejemplo Saint Gilles du Gard, en el camino del Somport y Conques en el de Le Puy. Esto, por una parte, es un testimonio de un comportamiento muy enraizado en los peregrinos, quienes gustaban de estas devotas paradas intermedias y a veces incluso de permitirse auténticos desvíos que requerían algunos días de camino (por ejemplo, la desviación León-Oviedo, que permitía visitar la catedral de San Salvador, con su Cámara Santa llena de reliquias). Pero por otra, muestra la precisa y astuta intención del redactor de la *Guía* –o de la Iglesia de Compostela que la recibió de éste– de no poner a Santiago en competición con otros santuarios, sino de convertirlo más bien en una especie de coronamiento tras un largo y fatigoso camino de devoción.

Arriba, **representación del momento del hallazgo de la tumba de Santiago por el obispo Teodomiro, tomada de los *Tumbos de Compostela*, del siglo XII (Santiago, archivo de la catedral).**

anónimo del siglo XII. Allí se cuenta que Santiago, apareciéndose en sueños a Carlomagno, lo incitó a liberar su tumba de los musulmanes y a abrir el camino de la peregrinación, indicándole además la dirección a seguir: un camino de estrellas.

El más famoso es el libro quinto, del que existen traducciones en varias lenguas modernas y que es conocido como la *Guía del Peregrino*, aunque no debe de haber cumplido verdaderas funciones de una guía turística al uso, dado el limitadísimo número de ejemplares que ha llegado hasta hoy –y que, además, se hallan en España–, cuyos peregrinos tenían obviamente mucha menos necesidad de

**El *Pórtico de la Gloria era*, en los siglos medievales, la puerta de la fachada principal. Obra maestra del arte románico, fue esculpida por el Maestro Mateo entre 1168 y 1188.**

## Llegada a la meta

Otros aspectos interesantes de la *Guía* son la precisa descripción de Compostela y la mucho más amplia dedicada a la catedral, entonces en fase avanzada de obras, así como la descripción de las gentes que el peregrino podía encontrar por los caminos. Todos estos elementos constituyen un documento de fundamental importancia que ha ofrecido a los especialistas abundantes temas de profundización y de discusión.

En cuanto a la descripción de Compostela y de su catedral, se recordará sólo que la gran iglesia románica de Santiago está considerada como uno de los ejemplares más importantes, quizá incluso el más perfecto y acabado de las *iglesias de peregrinación*. Este grupo comprende –o mejor dicho, comprendía, dado que las dos últimas resultaron destruidas durante la Revolución Francesa– la iglesia de Sainte Foy de Conques, la de Saint Sernin, de Toulouse, San Martín de Tours y San Marcial de Limoges. Su característica esencial era una estructura arquitectónica que, mediante la presencia de naves laterales y galerías superiores, de un deambulatorio y de un crucero muy desarrollado, permitía la circulación de los peregrinos sin que las funciones religiosas resultaran demasiado perturbadas. La *Guía* dedica un buen número de páginas a la descripción de la

**Mapa con los cuatro itinerarios que podían recorrerse por tierras francesas para ir a Santiago. Todos confluían hacia Navarra, y acababan uniéndose en Puente la Reina, de donde salía el Camino de Santiago propiamente dicho.**

iglesia y de su estructura y no se olvida de detenerse en detalles, como la llegada de los peregrinos, sus oraciones, su espera del milagro, sus ofrendas y el reparto de éstas entre los miembros del capítulo.

En cuanto a los personajes, se percibe una fuerte aversión por los pueblos con costumbres o idiomas muy diferentes e incomprensibles (las críticas se centran en gascones y navarros, pero tampoco escapan los castellanos) mientras que se consideran aceptables sólo aquellos que tienen costumbres parecidas a las del autor (originario del Poitou) así como las de los gallegos, que probablemente gozan de tal consideración sólo porque su tierra acoge los restos de Santiago... o tal vez porque la Iglesia de Santiago era la parte contratante o, en cualquier caso, la principal destinataria de la *Guía*.

## Un santo en el paraíso

Dos creencias diferentes contribuyeron a crear la leyenda de Santiago: por una parte, la de su predicación en España y, por otra, la de su entierro en la Península Ibérica. Independientes una de otra, se encontraron reunidas en el *Liber Sancti Iacobi* con otras leyendas menores. Ninguna de las dos tiene fundamento en las *Escrituras* o en la Historia y, de hecho, surgieron más bien tarde, en la Alta Edad Media.

El redescubrimiento de la tumba del apóstol podría haber tenido lugar entre el 818 y el 834 y las fuentes que narran los detalles de este suceso, mucho más tardías, lo relacionan con una serie de signos sobrenaturales que sugerían buscar la tumba bajo un cúmulo de vegetación salvaje, que es donde efectivamente se encontró. Se creyó que el recuerdo de su ubicación se había perdido debido al abandono de la fe cristiana por parte de las poblaciones locales. Según la leyenda, el cuerpo del Apóstol, ejecutado en Jerusalén, habría sido milagrosamente trasladado a España a bordo de una nave, velado por siete discípulos y habría sido enterrado en el solar de la futura Compostela, al cabo de una serie de sucesos milagrosos que indujeron a la conversión a la noble propietaria del terreno, Lupa o Luparia. De hecho, la pequeña construcción marmórea que encerraba el cuerpo identificado con el del Santo se remontaba a la época imperial y pertenecía a una antigua necrópolis romana.

El descubridor del sepulcro fue Teodomiro, el obispo de la antigua ciudad romana de *Iria Flavia* (actual Padrón) quien expresó el deseo de ser sepultado al lado de los restos que había reconocido como los de Santiago, reforzando de este modo la creencia. La Iglesia de Iria Flavia –cuya sede fue transferida en un primer momento de hecho y posteriormente de manera formal a la pujante Compostela– fue la primera impulsora, junto a las monarquías asturiana y más adelante astur-leonesa, de la *elaboración* del culto al Apóstol y de la subsiguiente consolidación de la peregrinación jacobea.

**Santiago Matamoros en una tabla de autor portugués del s. XVI, denominada *Retablo de Santiago* (Lisboa, Museo de Arte Antiguo), y en quien los cristianos tenían un aliado contra el Islam.**

## Oasis de libertad

En aquella Península Ibérica ocupada por musulmanes y con una Iglesia cristiana obligada a tener en cuenta semejante predominio y los problemas de convivencia generados por éste, los objetivos y aspiraciones de la Iglesia y de los cristianos que vivían libres de esa presión en el pequeño ángulo septentrional, sometidos a la bisoña monarquía asturiana, acabaron por encontrar un terreno común de interés en el que se mezclaron fe religiosa y fe política. A la Iglesia de la España ocupada, cuya cabeza era el primado de Toledo, se contraponía la Iglesia del Norte, en la que los frailes tenían notable influencia, practicando una intransigente defensa de la ortodoxia, en contra de tesis que parecían heréticas o conciliadoras con los infieles.

Casi no hace falta añadir que con el paso del tiempo la reivindicación para Compostela de una condición absolutamente excepcional de *apostolicidad* por la presencia de la tumba de Santiago (cosa que molestó incluso en Roma, aunque se aceptó plenamente después de que, a finales del siglo XI, se abandonase la tradicional liturgia española por la romana) suscitó en los obispos la ambición por alcanzar el rango de arzobispos y, a renglón seguido, la de sustituir a Toledo como cabeza de la Iglesia de España, cosa que jamás consiguió.

Los soberanos asturianos, que asumían propagandísticamente el papel de herederos de la antigua monarquía visigoda desbaratada por la conquista musulmana, y que se encontraban con toda seguridad bajo la influencia de la Iglesia, comprendieron muy pronto la importancia político-religiosa de recono-

# El hijo del trueno

Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo y Salomé, era el hermano mayor de san Juan Evangelista. Procedente de una familia de pescadores, entró en contacto con Jesucristo por medio de su hermano y se convirtió en uno de los apóstoles predilectos del Maestro, acompañándole incluso en los momentos de la resurrección de la hija de Jairo, en la Transfiguración y en el trance definitivo del Huerto de los Olivos.

De carácter ardiente y expansivo, se ganó el epíteto de *Hijo del Trueno* por sus actos impulsivos, como cuando pidió al Señor que hiciese bajar el fuego del cielo contra los samaritanos al no alojarles éstos cuando iban de camino hacia Jerusalén.

Al repartirse los apóstoles los diferentes lugares del mundo para su evangelización, a Santiago le tocó ir Hispania y allí –en palabras de san Isidoro de Sevilla– "predicó el Evangelio e infundió la luz de la palabra en el confín del mundo". Según la tradición, estuvo cerca de dos años en nuestras tierras; predicó en *Bracara Augusta* (Braga), *Iria Flavia* (Padrón) y *Caesaraugusta* (Zaragoza), ciudad en la que se mantiene la tradición de su entrevista con la Virgen María. Después, embarcó de regreso a Palestina, donde habría de sufrir el martirio.

Se convirtió, así, en el primer mártir por la fe entre los apóstoles cuando, poco antes de la Pascua del año 42 –o del 43 e, incluso, del 44 para otros autores–, fue ejecutado por orden de Herodes Agripa, rey de Judea. Tras su decapitación, sus discípulos recogieron su cadáver y, desde el puerto palestino de Joppe, le trasladaron al lugar donde más adeptos al cristianismo había reunido, en la *Gallaecia*, llegando a Iria Flavia.

Desde allí, trasladaron el cuerpo de Santiago hasta el lugar llamado *Liberodunum*, donde la nueva congregación de cristianos contaba con la segura protección ofrecida por las gentes de la comarca.

Según la tradición, una señora de buena familia hispanorromana –la llamada *reina Lupa*– donó el mausoleo familiar para que en él se depositaran los restos del Apóstol; posteriormente, allí se enterrarían también los principales discípulos de Santiago, Atanasio y Teodoro. A partir de entonces, en este lugar se estableció un culto a los mártires que pasó desapercibido en las etapas de las persecuciones hasta desaparecer del recuerdo general en el período tardorromano.

Iniciado ya el siglo IX y en tiempos del reinado de Alfonso el Casto, Teodomiro –obispo de Iria Flavia– fue el responsable de la recuperación del culto a los restos del Apóstol, con lo que comenzaron las peregrinaciones jacobeas y la expansión del Camino de Santiago.

Hace algunos años, entre los restos del mausoleo romano –conservados bajo el altar mayor de la catedral de Santiago de Compostela– se pudo identificar un bloque de piedra con una inscripción sepulcral en griego (*Athanasios martyr*), que corresponde al nombre de uno de los discípulos de Santiago, lo cual supuso la confirmación arqueológica de la tradición secular acerca del sepulcro del Apóstol.

**Imagen de Santiago con el bastón de peregrino, del s. XII (Santiago, museo de la catedral).**
**El culto al Santo se alimentó de creencias como la de la llegada milagrosa de su cuerpo desde Jerusalén, donde había sufrido el martirio.**

cer el patronazgo de un apóstol –cosa excepcional entre los santos patronos– que fuese al mismo tiempo protector de la monarquía y de los pueblos destinados a ser gobernados por ésta.

## El apóstol guerrero

Con estas directivas, machaconamente reiteradas en la mente de los fieles, se sustentaron, por otra parte con gran facilidad, las necesidades de éstos, ya vivieran en las zonas marginales y montañosas o fueran fugitivos, con sus trastos y su fe, de las zonas invadidas por infieles. Aquellos se encontraron con que disponían en el cielo de un poderoso protector, apóstol tan ilustre como Pedro o Juan, dada su participación en los momentos decisivos de la vida de Jesucristo y en haber sido el primero en sufrir martirio en nombre de la fe.

Se comprende, por tanto, cómo pasando poco tiempo, esta necesidad de protección y estos objetivos políticos desembocaron en el deseo de involucrar al santo en aquello que era, y que siguió siendo durante siglos, el problema central de la vida española, política, religiosa y social, o sea, la reconquista de las tierras cristianas y la expulsión de los moros. Y esto condujo al deseo de convertir al Santo en un guerrero sobrenatural, o incluso en un caudillo de guerreros que combatían por la fe.

Aunque sea difícil valorar su alcance real, una de las ideas más repetidas en libros o estudios es la que atribuye a la peregrinación a Compostela una importancia fundamental en toda una serie de aspectos de la vida de entonces. Otro concepto, de tozuda vitalidad por más que hoy haya sido abandonado por muchos autores, es el que atribuye a los cluniacenses gran parte del mérito en el desarrollo de la peregrinación jacobea. Lo que puede afirmarse sobre este particular es que la amistad de aquellos frailes con los soberanos castellano-leoneses tuvo una influencia indirecta –pero en ningún caso única–, ni siquiera en relación con el conjunto general del mundo monástico.

## Los frutos del Camino

Pero volvamos a las influencias de la peregrinación que, por otra parte, son innegables. Hoy no se acepta la sugestiva hipótesis avanzada a principios de siglo por el gran filólogo francés Joseph Bédier de que la epopeya francesa de la *chanson de geste*

nació por el Camino de Santiago; pero permanece la idea, relacionada con aquella, de que la peregrinación tuvo gran importancia en la migración y circulación de las formas artísticas.

También parece fundada la opinión de que el tránsito de peregrinos no sólo determinó la fortuna y el crecimiento de Compostela, sino igualmente el desarrollo de características particulares en los centros urbanos atravesados por el tramo español del Camino: Pamplona, Estella, Nájera, Burgos o León... Con mayor frecuencia que en las demás, en estas ciudades se implantaron actividades mercantiles, manufacturas, servicios asistenciales y de recepción directamente vinculados al paso de peregrinos. Los titulares de estas empresas fueron, en primer lugar, los grupos a menudo numerosos de *francos* llegados del otro lado de los Pirineos y especialmente favorecidos por las condiciones otorgadas por los soberanos españoles que intentaban repoblar las tierras arrebatadas a los musulmanes. No todos eran de origen francés –según el significado actual del término–, pero los franceses constituían sin duda la gran mayoría.

También debe decirse que los contactos establecidos durante la peregrinación propiciaron la circulación de noticias y un mejor conocimiento recíproco entre las poblaciones locales y los viajeros. De modo general puede observarse que un poco por toda la Europa católica la peregrinación a Santiago puede presumir de tener una presencia abundante en las obras literarias más diversas de cada país. Y puede añadirse que, probablemente, fue la fama de la peregrinación jacobea la que difundió el culto de Santiago en Europa. Prueba de esto es su éxito en el campo de la onomástica masculina, la supervivencia de determinadas expresiones y la advocación al apóstol de numerosas iglesias y capillas y, sobre todo, de hospitales, a veces a solas y otras conjuntamente con otros santos protectores de los peregrinos como Nicolás, Cristóbal o Egidio.

## Un domingo especial

Otros aspectos de la peregrinación son menos conocidos de lo que podría pensarse. Por una parte, faltan datos generales que permitan hacernos una idea precisa sobre el número de peregrinos que cada año llegaban a Compostela en la Edad Media; por otra, para tiempos más recientes, los pocos datos parciales que existen–por ejemplo, los relativos a los pacientes del gran hospital de Roncesvalles– sólo propician una idea muy aproximativa.

La impresión que se tiene es de que más allá de la naturaleza estacional del fenómeno –el flujo de peregrinos disminuía en invierno– y de las tendencias a medio y largo plazo, el número de peregrinos presentes diariamente en Compostela no debía de superar unos pocos centenares.

Si acaso, se incrementaban en el día de la fiesta del Apóstol (el 25 de julio) y en la vigilia o durante el Año Santo, es decir, cuando el día de Santiago caía en domingo, como justamente ocurre este año de 1999. Entonces, los peregrinos que se hubieran arrepentido sinceramente recibían el perdón por todos sus pecados... No importa que no haya ni rastro del documento papal que concedía a Compostela este privilegio; lo importante es que así se creyó y así se difundió.

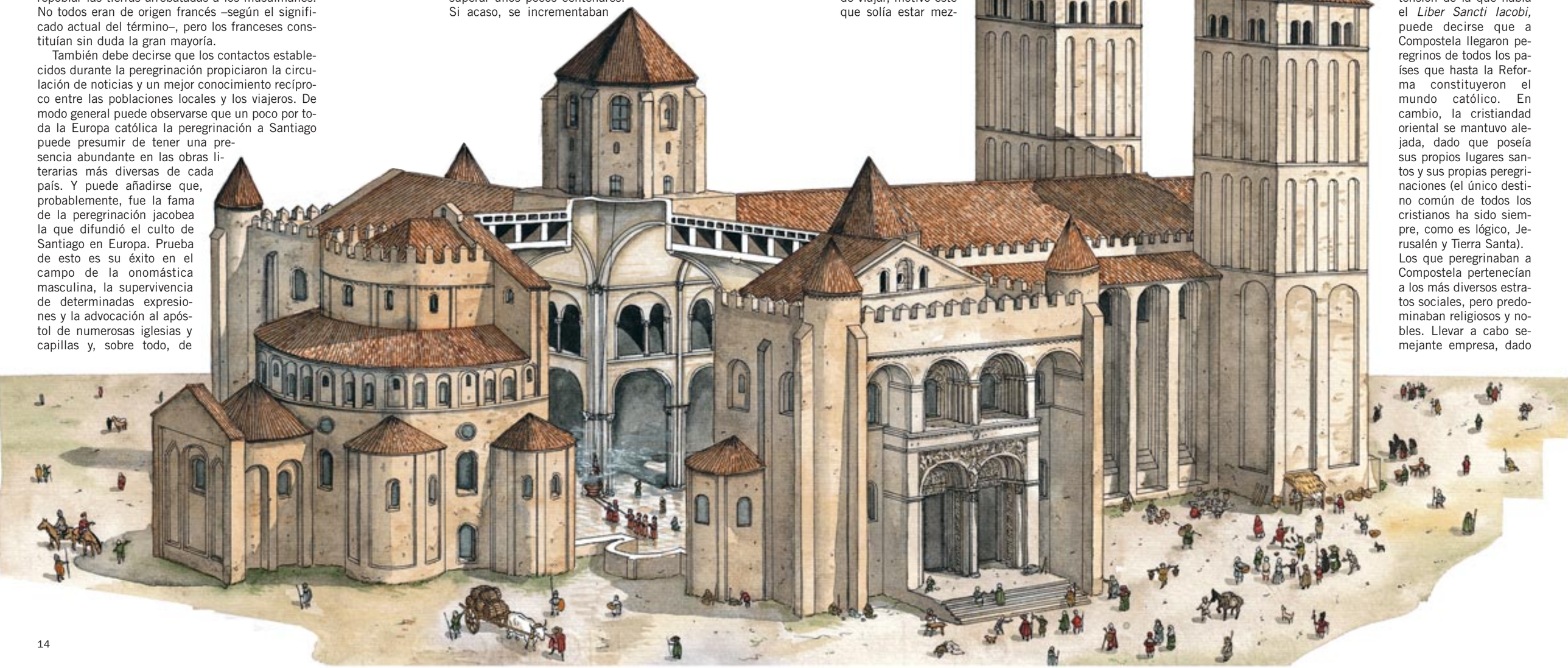
## Por los caminos de Europa

Los motivos por los que se afrontaba tan largo viaje podían ser muy variados: por deseo de pedir sobre la tumba del santo la curación de una enfermedad, por cumplir un voto pronunciado en un momento de necesidad o de peligro, por devoción, o sencillamente por ganas de viajar, motivo éste que solía estar mezclado con los demás. Pateando los caminos también podían encontrarse peregrinos enviados a Compostela para cumplir una penitencia tras ser condenados por un tribunal eclesiástico o civil, como ocurría a veces en los Países Bajos, Alemania, Polonia y Bohemia. Incluso, ya en la Baja Edad Media, aparecieron peregrinos retribuidos por llevar a cabo el viaje en lugar de otra persona que no podía desplazarse o que había prometido hacerlo en algún momento de su vida y, en trance de muerte, recordaba con preocupación el incumplimiento de su promesa.

**Las obras de la catedral románica se remontan a los años sesenta del siglo XI y acabaron en 1128. Su aspecto exterior ha sufrido una transformación con las reformas introducidas en el siglo XVIII, pero su interior ha permanecido intacto.**

Se conoce bien la procedencia de los peregrinos gracias a los numerosos estudios realizados en este campo y también a las noticias que de ello pueden hallarse en los documentos más diversos. Por mucho que esta área geográfica no alcanzase la hiperbólica extensión de la que habla el *Liber Sancti Iacobi,* puede decirse que a Compostela llegaron peregrinos de todos los países que hasta la Reforma constituyeron el mundo católico. En cambio, la cristiandad oriental se mantuvo alejada, dado que poseía sus propios lugares santos y sus propias peregrinaciones (el único destino común de todos los cristianos ha sido siempre, como es lógico, Jerusalén y Tierra Santa).

Los que peregrinaban a Compostela pertenecían a los más diversos estratos sociales, pero predominaban religiosos y nobles. Llevar a cabo semejante empresa, dado



**Vista aérea de la catedral gótica de León, una de las maravillas surgidas a lo largo del Camino de Santiago (foto cortesía de *GeoPlaneta*).**

el tiempo y el dinero que requería, no era cosa fácil para quien viviese del propio trabajo y tuviese que mantener a una familia.

También se conocen los modos de viajar. La figura del peregrino solitario no era frecuente como pudiera pensarse, aunque sólo fuera porque incluso la soledad –deseada o autoimpuesta como una penitencia más– resultaba difícil de mantener a lo largo del camino, en los hospitales o en los albergues de pago. Era mucho más corriente viajar en pareja, en pequeños grupos de parientes o de amigos e incluso en grupos numerosos, organizados de manera casi moderna en torno a una figura prestigiosa o conocedora del camino. Tampoco faltaban las mujeres o los niños entre los peregrinos, pero eran mucho menos abundantes.

Se viajaba a pie y también a caballo, o alternando ambos modos, alquilando una montura. También podía hacerse parte del viaje por mar, desembarcando por ejemplo en Barcelona, Burdeos o La Coruña y concluyendo por tierra. El gran puerto catalán era muy utilizado por los peregrinos de la Italia central y meridional; a La Coruña llegaban los ingleses, irlandeses, los alemanes del Norte y los escandinavos. La duración del viaje por tierra era larguísima y cuando se salía del interior de Alemania o de la Italia central se contaba por meses, entre ida y vuelta. Por mar el viaje era más rápido, pero había que contar con las contingencias de temporales, vientos contrarios o ausencia de viento. Los costes del viaje, por lo poco que se sabe, equivalían a muchos meses de sueldo de un artesano o de un trabajador manual. No debe pensarse, ciertamente, que la acogida dispensada en los hospitales que se sucedían por el Camino pudiera satisfacer todas las necesidades de los peregrinos.

Podían acoger al peregrino que iba de paso tanto particulares como posadas u hospitales. Lo primero, poco documentado, surgía indirectamente, es decir como una de las formas de la caridad cristiana recomendadas por la Iglesia. Nada impide creer, sin embargo, que quien acogiese al peregrino en su casa, lo hiciera mediando una compensación probablemente modesta.

A partir de determinado momento, en cambio, los datos sobre las posadas se hacen más numerosos dado que este tipo de asilo de pago se desarrolla en estrecho contacto con la creciente animación del camino y con una circulación de individuos más estable. Los peregrinos aportaron una contribución a estos fenómenos que aparecen, más generalmente, en relación con el desarrollo global de la vida económica y de los intercambios, que tuvo lugar en Europa desde por lo menos el siglo XI.

Arriba, **Santiago el Mayor, representado como peregrino (por Juan de Handes, siglo XVI, Museo Diocesano de Salamanca).** Abajo, **la señorita Desmares, una peregrina francesa (grabado del siglo XIX, Biblioteca Nacional, París).**

## Derecho de asilo

El hospital era la manifestación más típica de la caridad para con los peregrinos. El hospital medieval no descartaba curar someramente a los enfermos, pero su actividad característica principal era la asistencia al anciano, al pobre, al necesitado y, de paso, al peregrino. No en vano era éste, al menos temporalmente, un pobre voluntario y un hermano necesitado de ayuda y protección en un país lejano y lleno de peligros.

Estas características no se olvidaron del todo ni siquiera cuando en muchas ciudades europeas se desarrollaron los modernos hospitales como lugares de curación. En cualquier caso, interesa aquí recordar los hospitales que se disponían a lo largo del Camino y que mantenían sistemáticamente una marcada connotación *viaria*, ya fueran pequeños, incluso minúsculos, y dispusieran de uno o pocos lechos más, o grandes y capaces como el celebérrimo de Roncesvalles.

Las comodidades materiales que se ofrecían a los peregrinos eran un techo, un jergón para dormir, un hogar para entrar en calor y lo que hubiera para comer. Completaban esta oferta la práctica simbólicamente cristiana del lavado y curado de pies, participar en las oraciones dentro del hospital o en la capilla aneja y la certidumbre de disponer del imprescindible consuelo religioso en caso de hallarse en trance de muerte.

Debido a esta característica de exteriorización de la caridad, la Iglesia (es decir, obispos, capítulos y

## Violentadas por el Camino

Entre los primeros peregrinos de los siglos XI y XII figuran ya algunos nombres de mujer. Alrededor de 1065, el conde Sigfrido de Sponheim, peregrino en Tierra Santa con su mujer, halla la muerte en el camino de regreso, pero ella prosigue su viaje hasta Galicia para cumplir un voto formulado en ese momento.

En 1112 visita Santiago –acompañada por su marido y otros amigos– santa Paolina, que ya anteriormente había realizado varias peregrinaciones. Entre las mujeres peregrinas destacan no pocas santas, como es el caso de santa Bona de Pisa, *compañera* de toda la vida del peregrino, o de santa Brígida, que a mediados del siglo XIV parte hacia Santiago, adonde ya habían ido su abuelo y su padre, desde la lejana Escandinavia.

Pero además de las santas, otras figuras femeninas se dirigen a la tumba del Apóstol, de modo que Santiago se convierte en el lugar predilecto de nobles damas y reinas y, al mismo tiempo, de locas y endemoniadas que van en busca de alivio, o de mujeres condenadas a la peregrinación. Distinto es el caso de la madre de santa Clara, dama de familia aristocrática, casada con un hombre de su misma condición y que puede permitirse varios y extensos peregrinajes, entre los que figura el de Santiago.

Pero, ¿cómo viajan todas estas peregrinas teniendo en cuenta que el peligro es para ellas mucho mayor que para los hombres? Muy raramente se echan a los caminos a solas, e incluso las más nobles y las reinas van con el marido o en cualquier caso, escoltadas. Se viaja por lo tanto en pareja o mejor aún, en grupo, como lo cuenta en una carta Petrarca, que en 1353 se encuentra cerca de Aix con una abultada tropa de matronas romanas que se dirigen a Santiago. Respecto al temor por los peligros del viaje, el caso de la inglesa Margery Kempe es emblemático. A pesar de su matrimonio y de sus catorce hijos, esta mujer, siempre con el permiso de su marido, se convierte en una auténtica experta en peregrinaciones: Tierra Santa, Santiago, Roma y Asís. Pero cuando en 1436 empieza a dictar sus recuerdos de aquellos viajes, surge obsesivamente, en forma de pesadillas de trasfondo erótico, el terror a ser violada por el camino. Miedo que encaja bien con una realidad en la que se dan frecuentemente estos casos, incluso para aquellas que viajan con el marido.

Izquierda, **peregrino actual delante de la *Puerta del Perdón* de la iglesia de Santiago, en Villafranca del Bierzo (León).** Abajo, **al final del Camino, el peregrino podía contemplar el relicario de plata que contiene los restos del Apóstol (Santiago de Compostela, en la cripta bajo el altar mayor de la catedral).**

monasterios) y, siguiendo su impulso, monarcas, príncipes, nobles, ciudades, corporaciones urbanas y hasta algunos particulares pudientes fundaron, dotaron y mantuvieron hospitales.

Viajar significaba descubrir nuevos países y gentes distintas pero también entrañaba peligros y molestias. De estas últimas bastará con recordar –y se hallan bien documentadas en las fuentes– las que se encontraban en las posadas o sus alrededores: la insistencia y las falsas promesas del posadero a los posibles clientes y los enredos que se perpetraban en perjuicio de quienes pernoctaban allí: dolo en los pesos y medidas, sospechosa calidad del vino y la pitanza, malos piensos para el caballo, estafa en el cambio de moneda... De todo ello informa con expresiva riqueza de detalles el *Liber Sancti Iacobi*.

En las posadas había gran promiscuidad y dada la costumbre de la época de dormir más de uno en la misma cama, resultaba frecuente tener que soportar a un desconocido como vecino de lecho.

Si se prefería viajar en una nave, además de la terrible promiscuidad, se sufrían los siete males del mareo con el resultado de que acababa uno dejándose caer en un rincón en mitad de un revoltijo de semejantes.

Tanto por mar como por tierra, había peligros mucho más inquietantes, extendidos y diversos. En cuanto a los viajes marítimos de peregrinos jacobeos, constan un cierto número de naufragios, unos cuantos ataques piratas concluidos con mayor o menor éxito. Respecto a los viajes por tierra, las fuentes informan de la muerte de peregrinos congelados en montañas cubiertas de nieve, de ataques de lobos y, sobre todo, de asaltos por parte de bandidos, numerosos en muchas regiones de Europa y más numerosos y audaces en las zonas boscosas y menos pobladas como el Apenino italiano, el Aubrac francés o los montes de Oca, en Burgos.

## Siempre alerta

La preocupación constante del peregrino, como la de cualquier otro viajero, era ir siempre con los ojos abiertos y las orejas tiesas, alertas a recibir información sobre un tramo peligroso, a intuir una celada o a reconocer en un compañero de viaje al delincuente o al estafador disfrazado. Por si fuera poco, aparecieron en los caminos toda serie de *falsos bordones*, malvados, embaucadores, personajes poco recomendables que se hacían pasan por peregrinos para enredar a sus semejantes y que iban vestidos con el mismísimo y respetable hábito del peregrino... lo que, con el tiempo, se fue haciendo mucho menos respetable y más sospechoso.

No resulta fácil decir cuál fue la edad de oro de la peregrinación jacobea, básicamente porque nunca queda del todo claro en los estudios el criterio adoptado, que puede ser el de una mayor o menor pureza en los motivos, siempre difícil de evaluar, o el del cálculo del número de peregrinos, lo que es fundamentalmente imposible. No obstante, se piensa que los siglos de mayor éxito fueron los siglos XI y XII y quizá también el XIII, mientras que en los sucesivos se manifestó una cierta decadencia, no tanto en el número de peregrinos cuanto en el espíritu del viaje, a consecuencia de la difusión de las peregrinaciones por encargo o por condena civil, tal como se ha dicho. Después, la Reforma sustrajo al Camino una buena parte de las poblaciones europeas que anteriormente se habían volcado generosamente en él: alemanes, escandinavos o ingleses. La peregrinación sufrió un nuevo ataque en el Siglo de las Luces y no me parece que pueda confundirse el interés actual por el Camino de Santiago con una auténtica recuperación de su espiritualidad en ámbitos sociales significativos. Lo cual es algo muy distinto del amplio interés historiográfico, artístico y turístico que provoca, pero que no siempre se combina con un resurgimiento religioso.

# Se hace camino al andar

## La ruta compostelana tuvo una influencia profunda en la población, la seguridad, la sanidad, las infraestructuras viarias, el comercio y el arte de las comarcas por las que pasaba

**José Luis Martín Martín**
*Profesor titular de Historia Medieval*
*Universidad de Salamanca*

HAY TEMAS, COMO EL DEL CAMINO de Santiago, en los que no es fácil distinguir la leyenda de la realidad, pues en el transcurso de los siglos se le han incorporado elementos mitificadores, o se han exagerado determinados acontecimientos y se han olvidado fenómenos propios de la época en que nació. Por eso, es natural que comencemos cuestionando la naturaleza de este Camino y su influencia en la sociedad que lo creó y facilitó su desarrollo a partir del siglo XI: ¿Tenía la peregrinación a Santiago otras repercusiones además de las puramente personales o privadas de quienes participaban en ella? ¿Pudo configurar algunos rasgos peculiares en la sociedad de las localidades por las que discurría? ¿Facilitó unos recursos diferentes económicos a los que vivían en su entorno?

Para contestar a esas preguntas de manera convincente, lo más revelador es revisar las noticias dejadas por personas que lo conocieron desde una cultura diferente, o de aquellas que se trasladaron a España sin un interés directo por participar en la peregrinación y por eso su opinión puede resultar más objetiva.

Es el caso del geógrafo musulmán al-Idrisi, que señala en el siglo XII varias rutas hacia Santiago y resalta el relieve que tenían ciertas localidades del Camino, como Pamplona, Puente la Reina, Estella, Nájera, Burgos, Carrión, Sahagún, León, Astorga y la propia ciudad compostelana. No es que al-Idrisi las presente con rasgos homogéneos; de hecho algunas, como Sahagún, son consideradas como simples fortalezas. Sin embargo, en toda la amplia zona se observan dos aspectos interesantes: por una parte, un nivel de urbanización que no se detecta en ningún otro territorio de la España cristiana; por otra, la importancia que tiene la actividad mercantil, como se señala de Burgos, ciudad "fuerte, opulenta, (que) tiene casas de comercio, mercados, depósitos de provisiones, y la frecuentan muchos viajeros", o de León, cuyos vecinos "se dedican al comercio y la industria".

Más tarde, se observa que ya había llegado la noticia del Camino de Santiago y de sus principales ciudades hasta los eruditos árabes. Abulfeda, que escribió un tratado geográfico en la primera mitad del siglo XIV, dice de Burgos que se encuentra "en el occidente de Pamplona, por el camino ancho de la capital hacia Castilla", y alude también a León y Santiago. Los dos rasgos señalados, desarrollo notable del trabajo artesanal, de los intercambios comerciales y, por tanto, más auge de las ciudades, que contrastan especialmente en un contexto rura-

Derecha, **Vista aérea del casco viejo de Nájera, dominado por el monasterio de Santa María la Real (foto Geo-Planeta).** Abajo, **peregrinos en el siglo XIII, (miniatura de *Las Cantigas*, Biblioteca de El Escorial, foto Edilán).**

lizado, son destacados por fuentes diversas, desde monarcas como Alfonso VI, –que se refiere en el siglo XI a la dedicación mercantil de los vecinos de Sahagún y sus desplazamientos a otras tierras–, o Fernando IV, cuando afirmaba que la mayor parte de los habitantes de Burgos vivían del comercio, hasta los viajeros procedentes de países lejanos y que manifiestan de una manera aparentemente objetiva las características de las ciudades que les resultaban más llamativas.

Así, Jerónimo Münzer consideraba que los habitantes de Santiago de Compostela tenían "casi por completo abandonado el cultivo de la tierra, siendo numerosísimas las personas que no viven más que de explotar a los peregrinos" o bien, por recordar sólo otro testimonio, el de Antonio de Lalaing, quien señala la existencia de una mina de azabache cerca de León, "por lo cual hacen mucho dinero con los rosarios de Santiago que allí fabrican; la mayor parte de los que compran los peregrinos de Santiago se hacen en León".

## Bandidaje en el camino

Entre las molestias, fatigas y temores del viaje del peregrino, ocupa un lugar especial el encuentro con la montaña, cuya soledad, a veces nevada, cuyo aspecto descomunal y amenazador aterrorizaban a los hombres de la Edad Media.

Los peregrinos caminaban tan atemorizados por los peligros naturales como por los humanos: estrechos valles, paisajes ásperos y rocosos, precipicios, posibles avalanchas, pasos cubiertos por un manto de nieve, bosques impenetrables, lobos omnipresentes y para acabarlo de arreglar, posibles asaltos de bandidos, emboscados en lugares impracticables y desérticos.

En uno de los estribillos de la *Chanson de Roland* se describen así los paisajes que rodean Roncesvalles: "los montes son altos, los valles agrestes, tenebrosas las rocas y siniestras las gargantas".

La presencia de bosques intrincadísimos y densos convierte a las montañas en lugares particularmente adaptados a las asechanzas de los bandidos que, normalmente, tendían sus celadas en lugares que las guías de peregrino calificaban como "malos pasos". Son sitios solitarios, gargantas y estrechos valles que el peregrino debe atravesar por necesidad. Esto es lo que ocurre en el Apenino italiano, en las montañas francesas del Aubrac y en los montes de Oca, entre Belorado y Burgos, uno de las zonas con peor fama del Camino..

El inesperado asalto, cuyo objetivo era el robo, a veces terminaba con la muerte del infeliz, que viajaba con la permanente inquietud de que le arrebatasen el dinero necesario para los gastos del viaje, que llevaba cosido en la espalda de su camisa o en el fondo de la bolsa.

## Unas infraestructuras favorables

Hoy, los historiadores coinciden en señalar que el Camino y la peregrinación significaron un revulsivo importante para determinadas poblaciones del Norte peninsular, que algunos monarcas fueron conscientes de ello y facilitaron el movimiento de hombres y de productos, e incluso modificaron el trazado de la calzada para favorecer el desarrollo de alguna localidad o incrementar la actividad económica de una región determinada.

Las rutas de mayor relieve eran consideradas un bien público que los reyes procuraban proteger. Les interesaba dar seguridad a los caminos, mantener la amplitud de las vías, frente a los propietarios que pretendían reducirlas, construir o reparar puentes, fuentes y hasta túneles, si es que el de San Adrián, poco y tardíamente documentado, es fruto del esfuerzo humano.

La realidad es que el viajero temía mucho más el robo y la violencia que el estado de la infraestructura viaria, pero ambos elementos eran importantes, sobre todo cuando se trataba de cruzar grandes obstáculos, y en el Camino de Santiago había muchos: Pirineos, Sierra de la Demanda, Montes de León, Ancares y otras zonas montañosas, así como bosques o el paso de los ríos.

Era precisamente en los pasos difíciles o ante las situaciones de riesgo donde el Camino resultaba más definido. Pero en otras circunstancias no existía un trazado fijo, con firme sólido y homogéneo, sino que se trataba más bien de zonas abiertas a personas y ganados, que sólo adquirían consistencia y forma más clara en las proximidades de los cruces obligados, en desfiladeros o junto a vados, puentes o puertos. Se ha observado que varias de las ciudades del Camino nacieron precisamente en lugares de paso, sobre todo junto a ríos, para proporcionar alojamiento y provisiones a los que se desplazaban. Luego crecerán porque atraen a artesanos para la construcción de edificios religiosos y civiles, y para satisfacer la demanda de artículos de todo tipo.

Si nos planteamos el Camino en el sentido de la ida del peregrino, es decir, de Este a Oeste, el primer obstáculo importante lo constituye el río Arga, y por eso allí confluyen los caminos fundamentales que cruzan los Pirineos. La unificación la decidió doña Mayor, esposa del monarca Sancho el Mayor de Navarra (1004-1035), o de doña Estefanía, esposa del de Nájera, que sobre esto hay opiniones discrepantes, al construir un puente que enseguida daría nombre a la población que fue creciendo a su lado: Puente la Reina.

Otro monarca, el castellano Alfonso VI, no se descuidó en ese sentido ya que, según el cronista

**El Camino significó un revulsivo importante para algunas poblaciones del Norte peninsular: se facilitó el movimiento de hombres y de productos y se modificó el trazado de la calzada**

Pelayo de Oviedo, ordenó reparar y levantar "todos los puentes que hay desde Logroño a Santiago". Aunque la tarea haya sido exagerada por ese autor, sí parece que ordenó construir un puente sobre el Ebro, a la altura de Logroño, donde se iniciaba en esa época cierta actividad comercial.

En esa obra ya se atribuye un papel importante a Domingo de la Calzada, cuya contribución fue aún más notable en la ciudad a la que da nombre. A él correspondería la construcción del tramo entre Nájera y Redecilla, o sólo la mejora de un camino que debieron recorrer con frecuencia los ejércitos castellanos y navarros que se disputaban la zona.

Tanto en Logroño como en Nájera y en Santo Domingo de la Calzada se sitúa la actividad de otro santo constructor del Camino: Juan de Ortega, discípulo y colaborador de Domingo. Por la zona de Atapuerca construiría varios puentes, saneó caminos y, desde luego, construyó iglesias, según documenta su propio testamento.

La limpieza de la ruta se debió extender también a los delincuentes que poblaban la zona y asaltaban a los peregrinos. Adentrados en Castilla, era necesario cruzar el Pisuerga, lo que se hacía a la altura de Itero por un puente documentado ya en el siglo XII, y en tierra de León destacan los del Órbigo y el de Ponferrada donde, de nuevo, el puente da nombre a toda la población pero, a pesar de las pretensiones, el *ponsferratus* parece que sólo tenía de hierro algunas de sus partes.

Durante las primeras décadas del siglo XII, también se realizó un importante esfuerzo de reparación o de construcción entre Rabanal y Portomarín, en un tramo muy extenso de las actuales provincias de León y Lugo que era especialmente montuoso y de muy difícil tránsito. En Lugo se cruzaba el río Miño gracias a un puente que fue destruido en los disturbios acaecidos durante el reinado de doña Urraca y que levantaría luego Pedro, uno de los pocos ingenieros conocidos del siglo XII. Pero en territorio gallego existen otros puentes documentados desde fecha muy temprana, en función de una movilidad probablemente de alcance regional.

Izquierda, **peregrino asaltado por los bandidos (miniatura de *Las Cantigas*, Biblioteca de El Escorial, foto Edilán).** Arriba, **Puente sobre el Arga en Puentelarreina. El Camino contribuyó a la construcción de puentes y mejora de las vías de comunicación.**

**"Dar de beber al sediento". El peregrino pudo beneficiarse de las obras de misericordia practicadas en las poblaciones que cruzaba (S.XIV, Pinacoteca vaticana).**

Lo que se puede concluir de esta enumeración es que, coincidiendo con el auge de las peregrinaciones, se documenta un desarrollo muy notable de las infraestructuras en su vertiente de caminos y puentes. Este fenómeno no volverá a repetirse hasta el reinado de Alfonso X y luego se constata de nuevo en el siglo XV, durante el reinado de los Reyes Católicos.

## Una sociedad más libre y heterogénea

Por tanto, se va articulando una serie de elementos positivos para el desarrollo social y económico: un foco de atracción de gentes y productos: Santiago; una ruta relativamente firme y cuidada que facilita el desplazamiento de mercancías y gentes en un comercio de largo alcance, pero, además, el Camino tiene un sentido regional que no debe ser olvidado, como punto de confluencia de economías complementarias, del monte y las llanuras, de recolectores, de ganaderos estantes y trashumantes, de agricultores.

Toda esa actividad se verá facilitada por el interés de los monarcas, que se plantearon como objetivo político la dinamización de la actividad urbana y el desarrollo de la demografía de las poblaciones, por lo que establecieron una legislación favorable a la inmigración y al asentamiento de artesanos y comerciantes.

Lo primero que buscaron fue la seguridad, en sentido general y también la específica de los comerciantes. En el entorno cortesano se acuñó una imagen propagandística según la cual el ser más vulnerable y desvalido –una mujer sola– podría desplazarse llevando los más valiosos objetos por todo el territorio hispano sin que nadie la molestara, y lo mismo se procuraba para mercaderes y peregrinos. Ese objetivo, ciertamente, no se alcanzó, pero por él se esforzaron no solo los reyes sino también obispos y arzobispos, como Gelmírez, que elaboraron una legislación canónica complementaria al respecto.

La legislación real abarcaba diversos aspectos: exención a los mercaderes del pago de portazgo en determinados pasos o concesión de "fueros de francos" a ciudades y villas del Camino. Se pretendía con todo ello facilitar el asentamiento de gente foránea dedicada a la artesanía y al comercio concediéndoles una serie de ventajas para ello. Así, por ejemplo, el fuero de Jaca estableció una feria anual de quince días de duración, limitaba la costumbre de tomar bienes en prenda y otros usos que podían dañar la movilidad de los mercaderes, confirmaba como propiedad las heredades disfrutadas durante un año y un día, todo ello con la pretensión reconocida de conseguir una ciudad "bien poblada".

Tal fuero debió parecer un instrumento adecuado, pues fue concedido pocos años después a Estella, Puente la Reina o Pamplona, entre otras localidades del Camino. Otro "fuero de francos" es el de Logroño, concedido por Alfonso VI en 1095, y que se aplicaría más tarde en Navarrete, Santo Domingo de la Calzada, Miranda de Ebro y Grañón.

**Santo Domingo de la Calzada a finales de la edad Media (detalle del centro urbano, reconstrucción de Miguel Sobrino).**

Resulta claro que las gentes que se acogían a este marco jurídico disfrutaban de determinadas ventajas, de más libertades que las asentadas con las leyes tradicionales. Por el contrario, cuando estimaron que aún no disponían de la autonomía necesaria, organizaron levantamientos contra la autoridad señorial, como sucedió en el caso de Sahagún, donde los habitantes protagonizaron serias revueltas contra el abad.

Que la legislación tuvo éxito lo demuestra el desarrollo de unos barrios, denominados *burgos*, que constituyen un enclave peculiar de las ciudades y villas del Camino, pues se detecta en algunas de las citadas y en otras muchas: en León, Carrión de

## No todos regresaban

Para los peregrinos que se preparaban para marchar a Compostela o para emprender el viaje de regreso, el peligro y el riesgo de no llegar eran muy grandes. Eran muy frecuentes los incidentes como los asaltos de los bandidos, por no hablar del frío, de la nieve, de la lluvia y del calor estival que, unidos al cansancio del viaje provocaban a menudo enfermedades y fiebres no siempre sanables para la medicina de la época.

Numerosos eran quienes hacían testamento antes de echarse al camino. En León y en Castilla existían normativas legales que preveían el destino de los bienes del peregrino muerto en camino, a quien se le reconocía el derecho a disponer de ellos con toda libertad. Los compañeros de viaje, compatriotas del que muere sin hacer testamento, han de ocuparse del funeral y de la sepultura, así como del reparto de sus bienes. Pero si el difunto viajaba solo, la sepultura y los bienes pasaban a ser asunto del que lo había albergado o del cura u obispo del lugar.

Distinto es el caso que nos narra en 1385 el testamento de la condesa de Montalto en Calabria, a quien un escudero, antes de ponerse en camino, había confiado una determinada suma. Del escudero nunca más se supo y la condesa dejó establecido entre sus últimas voluntades que se repartiera en limosnas en beneficio del alma del peregrino, la suma en cuestión. Si aquel regresaba o aparecía un heredero, la cantidad le sería reintegrada, pero la distribuida en limosnas pasaría a serlo por el alma de la condesa.

Otros peregrinos no llegaron a Compostela o no volvieron a casa por voluntad propia o por motivos más placenteros. Esto es lo que le ocurrió a Guido Cavalcanti, que se enamoró en Toulouse de una joven que él llamaba Amandetta. Lo mismo le pasó al hermano ilegítimo de Salimbene de Parma, el "maestro" Giovanni, que a la vuelta de Santiago se detuvo en Toulouse y allí se quedó, convirtiéndose en ciudadano y tomando esposa. Son éstos dos testimonios de que cualquier lugar o tierra pueden atraer a quien por una razón o por otra, tiene que cruzarlos.

los Condes, Sahagún (donde un fuero reconoce la existencia de dos merinos, uno de castellanos y otro de francos), y en numerosos lugares gallegos, como Portomarín, Mellid o Ferreiros, aunque los hubo también en otras localidades de fuera del Camino, pero con presencia franca. Entre los rasgos específicos de esos barrios, además del derecho propio, se encuentra la actividad artesanal y mercantil de sus habitantes, certificada por la presencia de lugares permanentes de venta, que han quedado en el callejero como rúa de las Tiendas, o rúas de francos, de gascones, o con el nombre de los diversos oficios que allí se practicaban, o de los hospitales que fueron levantados para acoger a las personas que llegaban enfermas en la peregrinación o en su desplazamiento.

Se ha planteado el tema de si en la composición de la población de las poblaciones del Camino hay un nivel de extranjeros relevante. Ciertamente, no se puede responder con seguridad, debido a la escasez de fuentes y la imprecisión que tienen, pero hace ya más de medio siglo que el profesor Lacarra estimaba que la población extranjera de Pamplona superaba a la autóctona. Recientemente, García de Cortázar ha ampliado estas valoraciones con datos de Burgos y Santo Domingo de la Calzada. De acuerdo con sus conclusiones, hacia finales del siglo XII una cuarta parte de los nombres documentados en ellas es de origen ultrapirenaico. Además, el topónimo que detalla la procedencia de estas personas remite con frecuencia a una localidad extranjera, y las profesiones más corrientes son: eclesiástico, artesano o mercader. Claro que los francos llegaron también a otros lugares lejos del Camino, aunque todavía no se ha valorado su proporción en el conjunto de la población.

**Detalle de la pila bautismal de Redecilla del Camino, Burgos.**

## Abastecimientos y servicios

Parece el resultado natural de los datos que se han ido avanzando, y se encuentra confirmado por otras fuentes muy diversas: los informes de viajeros, las tarifas de portazgos o los cuadernos que detallan los peajes que fueron cobrados en algunas ciudades del Camino en los siglos XIV y XV muestran las cargas de alimentos que llegaban, bien como destino final o como etapa en el transporte: aceite, sal, cereales o vino eran desplazados con frecuencia; también animales, como los cerdos, y productos extraordinariamente diversos, desde pieles hasta hierro, desde útiles agrícolas hasta seda o tejidos diversos.

Para facilitar la movilidad y el intercambio de productos se organizaron las ferias, con una periodicidad anual, y los mercados, de regularidad semanal. Las primeras fueron fijadas en fechas adecuadas por la previsible abundancia de excedentes de los artículos más demandados, –en septiembre se celebraban muchas, cuando se había culminado la recolección–, mientras que los días de mercado fueron establecidos buscando la sucesión con los existentes en localidades próximas, para que los comerciantes pudieran completar un circuito regional cada semana.

Ferias muy antiguas son las de Miranda de Ebro, probablemente de finales del siglo XI; la de Belorado, que existía ya a comienzos del siglo XII; o las de Sahagún y Carrión, de mediados de esa misma centuria. En cuanto a los mercados, Martínez Sopena ha mostrado en un gráfico la clarísima sucesión semanal entre Frómista y León, que permitiría participar en la primera localidad en el mercado que se celebraba los miércoles, el jueves en el de Carrión, el viernes en Paredes de Nava, el sábado en Villalón. Y, tras el preceptivo descanso dominical, se podría reiniciar el lunes en Sahagún, el martes en Mansilla y el miércoles en León. Varias de estas etapas suponían un recorrido diario de unos 20 kilómetros, que se podía realizar más fácilmente si se disponía de alguna caballería.

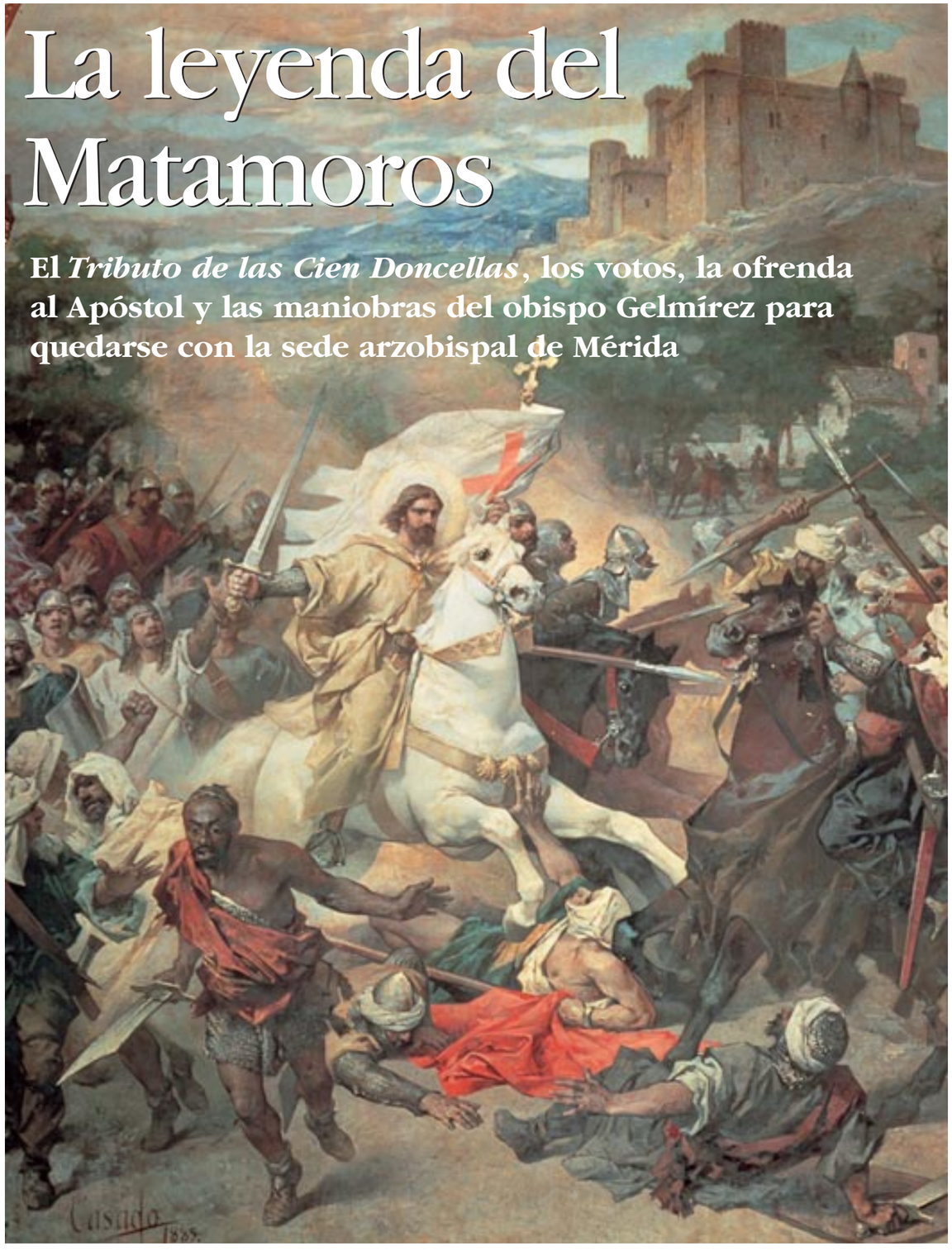
Además, el Camino fue dotado desde fechas tempranas de una red de hospitales, de iglesias y de otros servicios que facilitaban el desplazamiento, pues daban seguridad material y espiritual a quienes se desplazaban. La prueba más clara de la importancia de estas instituciones consiste en la progresiva implicación de la sociedad en su construcción y mantenimiento.

Los hospitales del Camino normalmente desempeñaban tres funciones complementarias: albergue para peregrinos y hospital y asilo para pobres, y no suelen hacer distinción entre ellas, quizá porque normalmente la enfermedad, la penuria y la fatiga se presentaban unidas. La beneficencia se desarrolló mucho a lo largo de la Edad Media, sobre todo si consideramos el aspecto cuantitativo. Así, sabemos que Burgos contaba al final de esa época con unas 30 instituciones hospitalarias; Astorga, con unas 25; León tenía al menos 17; Oviedo, unas 11; Sahagún, 4, por lo menos, y Puente la Reina, 3. Otra cosa distinta es la calidad de los servicios proporcionados, pues la mayor parte de ellos no disponía de personal especializado.

Es verdad que hospitales, lo mismo que caminos, puentes y otras infraestructuras, o que mercados, ferias y francos que se desplazaban y asentaban en villas y ciudades, se detectan en otros lugares de la Península, pero todos estos elementos forman una red más tupida en el Camino de Santiago, están mejor organizados allí y, por eso, constituyen uno de sus elementos distintivos.

# La leyenda del Matamoros

## El *Tributo de las Cien Doncellas*, los votos, la ofrenda al Apóstol y las maniobras del obispo Gelmírez para quedarse con la sede arzobispal de Mérida




**José-Luis Martín Rodríguez**
*Catedrático de Historia Medieval*
*UNED, Madrid*

CADA AÑO, EL DÍA 25 DE JULIO, EL JEFE del Estado, o su representante, hace al Apóstol una ofrenda a cuyos orígenes formales se remontan a una disposición de Felipe IV, de 1643, y a otra de las Cortes de Castilla tres años posterior, y tanto la ofrenda del siglo XVII como la llegada hasta nosotros recuerdan el *Tributo de las Cien Doncellas* que, según la leyenda, pagaban anualmente los reyes asturleoneses a los musulmanes hasta que la intervención armada de Santiago puso fin a tal humillación.

Nadie concede fe en la actualidad a una milagrosa aparición de Santiago a caballo en una supuesta batalla de Clavijo ganada por Ramiro I, del que textos del siglo IX se limitan a decir que "con los sarracenos hizo la guerra dos veces", mientras otros declaran que el santo de su devoción no fue Santiago sino el arcángel san Miguel, en cuyo honor edificó una iglesia para agradecer los triunfos alcanzados "sobre sus enemigos"; Santiago a caballo es impensable para el peregrino griego cuyas palabras recoge la *Crónica Silense* de comienzos del siglo XII: al oir a los nativos hablar del apóstol como de un "buen caballero" lo niega y llega incluso a poner en duda que supiera montar a caballo, hasta que en la noche se le aparece Santiago con unas llaves en la mano sobre un caballo blanquísimo y le anuncia que al día siguiente dará al rey Fernando I las llaves de Coimbra, ciudad entonces ocupada por los musulmanes.

Aunque Santiago no *peleara* a favor de los cristianos hasta época tardía, el hecho de que se sitúe su intervención en la batalla de Clavijo tiene, sin duda, alguna explicación: en Albelda, lugar muy próximo a Clavijo, combatieron Ordoño I de Asturias y Musa ibn Musa, caudillo de los musulmanes del Ebro, en el año 859. El lugar era un punto estratégico que dominaba la vía de comunicación entre las actuales Soria y Logroño y que, cruzando el Ebro, llegaba hasta Pamplona. Tal vez, por su interés estratégico, aluden a la batalla con detalle las crónicas escritas poco después en la corte de Alfonso III, hijo de Ordoño, y el relato pudo llamar la atención de quienes –en la primera mitad del siglo XII– precisaban una batalla lo suficientemente importante y antigua para justificar los votos que los fieles pagarían en adelante al Apóstol Santiago.

### Tributos humanos

La batalla de Clavijo no existió, pero se combatió en Clavijo; no hubo *Tributo de las Cien Doncellas*, pero las crónicas del siglo X recuerdan que el rey Aurelio "no hizo guerra alguna, porque tuvo paz con los árabes", y sabemos que la paz exige tributos como los "30 cautivos entre hombres, mujeres y niños" llevados a Córdoba por el conde Borrell I de Barcelona el año 971, o como las princesas cristianas que se ofrecen a los califas en el siglo X, entre las que merece la pena recordar a la vascona Aurora, mujer de al-Hakam II y más que probable amante de Almanzor, y a Teresa de León, enviada a Córdoba para deleite del caudillo musulmán: los caballeros que la acompañaban le piden que aproveche la intimidad del lecho para abogar a favor de León y a tan mezquinos requerimientos respondió la doncella con frase que se ha hecho célebre: "Una nación debe confiar la guarda de su honor a las lanzas de sus guerreros y no a los encantos –no fue esta la palabra utilizada– de sus mujeres".

Nada tiene, pues, de extraño que algunos cronistas del siglo XIII digan de Aurelio que no guerreó contra los musulmanes y "que les dio en matrimonio algunas mujeres cristianas nobles", a las que añadió Mauregato otras no pertenecientes a la nobleza; siguiéndoles, afirma Alfonso X que Mauregato "tomaba las doncellas hijasdalgo y de las otras del pueblo y dábalas a los moros que hiciesen con ellas sus voluntades". La misma petición harán a Ramiro I los moros: "que les diese cada año 50 doncellas de las más hijasdalgo con que casasen y otras 50 de las otras del pueblo con que tuviesen entre sí sus solaces y sus deleites; y estas cien doncellas que fuesen todas vírgenes". Ramiro, buen cristiano, se niega y combate a los musulmanes, con poco éxito hasta que el Apóstol le anuncia que luchará a su lado "montado en un caballo blanco con una bandera blanquisima", y con su ayuda dio muerte a más de setenta mil enemigos.

La aparición de Santiago justifica la creación de los Votos y la entrega a los servidores de su iglesia de una medida de grano y de vino por cada yugada de tierra; el origen *militar* se recuerda concediendo a la iglesia de Santiago la parte correspondiente a un caballero en el botín tomado a los sarracenos. Pagarían el voto los habitantes de las tierras ocupadas y que se ocuparan en el futuro a los musulmanes o, según la *Crónica Compostelana,* escrita por orden y en alabanza del obispo Diego Gelmírez, quienes vivían

Página izquierda, **Santiago carga contra los sarracenos en la batalla de Clavijo, que probablemente nunca se libró, aunque hubiera combates en esa zona (por Casado del Alisal, iglesia de San Francisco el Grande, Madrid).** Página derecha, arriba, **Ordoño I, un rey casi legendario que habría reinado entre el 850 y el 866 (Miniatura del Tumbo A, catedral de Compostela, foto Edilán).** Abajo, **Ramiro I de Asturias, padre del anterior (ilustración del *Libro de los Retratos de los Reyes de España* del Alcázar de Segovia, M. Prado, Madrid, foto Edilán).**

“desde el río Pisuerga hasta la costa del Océano”.

La figura de un Santiago guerrero no choca a los hombres de fines del siglo XI y comienzos del XII que han asistido a la predicación de las Cruzadas y a la creación de órdenes militares que tienen como objetivo combatir a los musulmanes que impiden o dificultan el viaje de los peregrinos que se dirigen a Jerusalén; Gelmírez recuerda a estos soldados de Cristo “que abrieron con mucho esfuerzo y mucho derramamiento de sangre el camino hacia Jerusalén” y llama a los hispanos a unirse a los caballeros de Cristo y abrir “hasta el mismo sepulcro del Señor... un camino que a través de las regiones de España es más breve y mucho menos laborioso”, palabras que tienen un claro sentido para Gelmírez y para sus contemporáneos.

## Un obispo ambicioso

Este nuevo camino habría de pasar por Mérida, ciudad cuya conquista es vital para que Santiago de Compostela siga siendo sede arzobispal. La habilidad y las buenas relaciones de Gelmírez con Roma le habían permitido, en 1120, trasladar a Santiago la archidiócesis de Mérida hasta que fuese reconquistada la ciudad. Cuatro años más tarde, la concesión temporal se hace perpetua y un año después Gelmírez convoca a la Cruzada, a su cruzada, que debía permitirle ocupar Mérida y garantizar así la estabilidad de la concesión.

Los arzobispos de Toledo y de Braga vieron, sin duda, con recelo la intromisión compostelana en zonas sometidas a su influencia, pero mientras Castilla y León permanecieron unidas y Portugal fue un condado del reino, el problema no salió del ámbito eclesiástico y sólo cuando, hacia 1140, Portugal se independiza y, en 1157, se separan León y Castilla, las diferencias eclesiásticas adquieren un fuerte matiz político: la continuidad de la archidiócesis de Santiago depende más que nunca del control físico de la ciudad de Mérida, aspiración manifestada por Gelmírez al conseguir, en 1129, que el rey le hiciera donación de la ciudad.

Los privilegios reales eran importantes, pero sólo válidos si la ciudad era conquistada por el rey leonés. El problema consistía en que, desde 1160, la zona extremeña era disputada a los musulmanes y a León por castellanos y portugueses o, si se prefiere, eclesiásticamente por Braga y Toledo. Los intereses del rey de León coincidían con los del arzobispo toledano y si, en 1170, Fernando II confirma la donación de Mérida, un año más tarde el arzobispo pone los medios para hacer efectiva la conquista, ocupación y control al firmar un pacto de familiaridad o hermandad con la recién creada orden militar de Cáceres, que pronto cambiará su nombre por el de Santiago: el arzobispo Pedro III, de acuerdo con sus canónigos, recibe al maestre Pedro Fernández y a sus sucesores como canónigos de la iglesia de Santiago y a los *freires* como vasallos y caballeros del Apóstol para que luchen por Cristo “bajo la bandera de Santiago, para honra de su iglesia” y ampliación de la fe. Por su parte, el arzobispo se ofrece y es admitido, él y quienes le sucedan, entre los caballeros.

## En nombre de Santiago

El pacto se convirtió en acuerdo militar tras el compromiso arzobispal de dar consejo y ayuda armada, personalmente y con sus vasallos y caballeros, a la Orden; a la ayuda militar se une la económica: la mitad de los votos de Santiago procedentes de las diócesis de Zamora, Salamanca y Ciudad Rodrigo y la totalidad de los votos de Ávi-

Arriba, **la doble faceta de Santiago: peregrino y guerrero (*Tumbo B*, catedral de Santiago, foto Edilán).** Derecha, **el *Pórtico de la Gloria,* en esta catedral.**

**La habilidad y las relaciones de Gelmírez con Roma le permitieron, en 1120, trasladar a Santiago la archidiócesis de Mérida hasta que fuese reconquistada la ciudad...**

## De peregrino a guerrero

La iconografía original de Santiago Apóstol va siendo sustituida parcialmente, a consecuencia de la peregrinación, por la del Santo en hábito de peregrino: de esta manera, el Santo se identifica con el lugar que es la meta del viaje de expiación. No obstante, a esta representación del Santo como peregrino (simbólicamente expresada por el bordón, la escarcela, la concha y el gran sombrero) se llegó muy lentamente. De hecho, en el primer tercio del siglo XII, momento culminante de la peregrinación a Santiago, éste aparece en la Puerta de Platerías de la catedral como un apóstol más entre sus compañeros sin ningún elemento específico particular, aparte de la belleza y nobleza de su rostro y cuerpo. Puede admitirse, como alguno ha sugerido, que el bastón en forma de *tau* y en el que apoya las manos el Apóstol en el Pórtico de la Gloria mientras acoge sentado a los peregrinos que entran en la iglesia, sea una llamada a la peregrinación. Pero es más probable que indique su función de evangelista, de apóstol y de obispo.

En cualquier caso, la imagen de Santiago peregrino se va difundiendo desde España a Francia y a los demás países europeos. Pero la iconografía nos ofrece detalles interesantes y variantes en la representación del santo. Así, en el pórtico central y en el meridional de la catedral francesa de Chartres, figuran entre los atributos de Santiago, además de la escarcela (símbolo de la peregrinación, es decir, territorio del hombre) la espada que evoca el martirio. Es un binomio curioso porque la espada caracteriza la figura del Santo sólo en el Norte de Francia, en Aquitania sólo se encuentran la escarcela y el bordón.

Además de la iconografía del Santo peregrino existe otra, directamente vinculada a su función nacional de protector de la cristiandad y colaborador especial en la lucha contra los musulmanes. El Santo se representa como un guerrero feudal armado y a caballo que conduce a las tropas cristianas a la Reconquista. Se le conoce entonces por el Matamoros.

---

la, la mitad de los de Alburquerque y la cuarta parte de los de la ciudad de Mérida; a lo que se agregaba la mitad de los frutos de las heredades y derechos de la sede compostelana en Zamora, Salamanca y Ledesma, que conservarían los *freires* hasta que la frontera musulmana se aleje de Alburquerque, Cáceres y Mérida, consolidando en Extremadura los derechos del Apóstol y de sus arzobispos.

De esta manera, una de tantas cofradías u órdenes surgidas en las zonas fronterizas adquirió importancia gracias al apoyo interesado del arzobispo de Santiago y del rey de León, que necesitaban neutralizar a Portugal y Castilla, evitando el cierre del paso por el sur al reino leonés y la restauración desde Castilla o desde Portugal de la sede emeritense o –o, lo que es lo que es lo mismo, desde el punto de vista del arzobispo de Santiago– que Braga y Toledo ejerzan el control sobre el clero y las diócesis del reino leonés si desaparece la archidiócesis compostelana. En nombre de Santiago y en defensa de los intereses de su iglesia combatieron los caballeros, organizados para luchar contra los sarracenos en España y, una vez expulsados al otro lado del mar, en Marruecos y, si fuera preciso, siguiendo sin conocerlo el proyecto de Gelmírez, hasta en Jerusalén.

La actividad de su orden reforzaría la figura caballeresca del Apóstol, indisolublemente unido en adelante a la guerra contra los musulmanes, a los que se combate al grito de "Dios, ayuda e Santiago", frase que se transforma en "Santiago y cierra España" o en el grito de "Castilla, Santiago" que lanzan los seguidores de Enrique II en la batalla de Nájera –1367– en respuesta al "Guyena, san Jorge", que estimulaba a los ingleses del príncipe de Gales aliados de Pedro I. De la misma forma que la Cruzada pasa de guerra contra los musulmanes a guerra contra los enemigos del Papa, la invocación al Apóstol se extiende a las guerras contra los enemigos de la patria, sea cual sea su religión.

La unión de Castilla y León a partir de 1230 y la posterior identificación de Castilla con España han hecho olvidar el origen astur o leonés de la leyenda santiaguista, pero lo que los hombres de los siglos XII y XIII veían en Santiago era al defensor de Galicia y de León, desde el Pisuerga hasta el Océano; por eso, frente o al lado de este guerrero celestial, Castilla creará su propio héroe sobrenatural en la persona de san Millán, magníficamente cantado por el monje Gonzalo de Berceo, que reivindica para el monasterio de este nombre votos equiparables a los de Santiago en versos –actualizo el texto– que resumen la idea existente en el siglo XIII sobre la ayuda prestada por el Cielo a los cristianos y sobre la gratitud que éstos han de demostrar:

*El rey Abderramán, señor de los paganos*
*Mandó a los cristianos el que mal siglo prenda*
*Que le diesen cada año 60 dueñas en renta*
*El Rey de los cielos, de cumplida bondad*
*Quiso tomar en ellos, hacerles caridad*
*Dióles en este tiempo un señor venturado,*
*El duque Fernán González, conde muy valorado*
*El rey don Ramiro era sobre León,*
*Ambos eran católicos como dice la lección*
*Enviaron mensajes a la gente renegada*
*Que nunca más viniesen a pedir esta soldada*
*El rey Abderramán y los otros paganos*
*Supieron estas nuevas que decían los cristianos:*
*Por poco con despecho no se comían las manos*
*El rey don Ramiro de la buena ventura*
*Afinó un buen consejo de pro y de cordura,*
*Pagar a Santiago por alguna mesura,*
*Tomarlo de su parte en esta lid tan dura*
*Prometer al apóstol un voto mesurado,*
*Al que yace en Galicia en España primado*
*Hicieron su consejo todos los castellanos*
*Oídme, dijo el conde, amigos y hermanos:*
*Hicieron leoneses como buenos cristianos*
*Quema que hiciésemos otra promisión*
*Mandar a Sant Millán nos tal infurción*
*Cual manda al apóstol el rey de León*

**La iconografía de Santiago como Matamoros prolifera a partir del último tercio del siglo XV. Véanse dos muestras: en la** página izquierda, **representado en compañía de Isabel la Católica (miniatura del manuscrito de *Marcuello*);** página derecha, **en un relieve de la portada principal del convento de San Marcos, León, ambos de la misma época.**

*Respondiéronli todos: señor, de muy buen grado*

Santiago y san Millán aceptaron complacidos la oferta y cuando los cristianos están en peligro elevan sus ojos al cielo y allí:

*Vieron dos personas hermosas y lucientes*
*Eran mucho más blancas que las nieves recientes*
*Venían en dos caballos más blancos que cristal*
*armas como nunca vio hombre mortal*
*Cuando cerca de tierra fueron los caballeros,*
*Dieron entre los moros dando golpes certeros*
*El rey don Ramiro, que tenga paraíso,*
*Heredó al apóstol como se lo promiso*
*El conde Fernán González con todos sus varones*
*Pusieron e juraron de dar todas sazones*
*A San Millán cada casa dar tres pepiones..."*

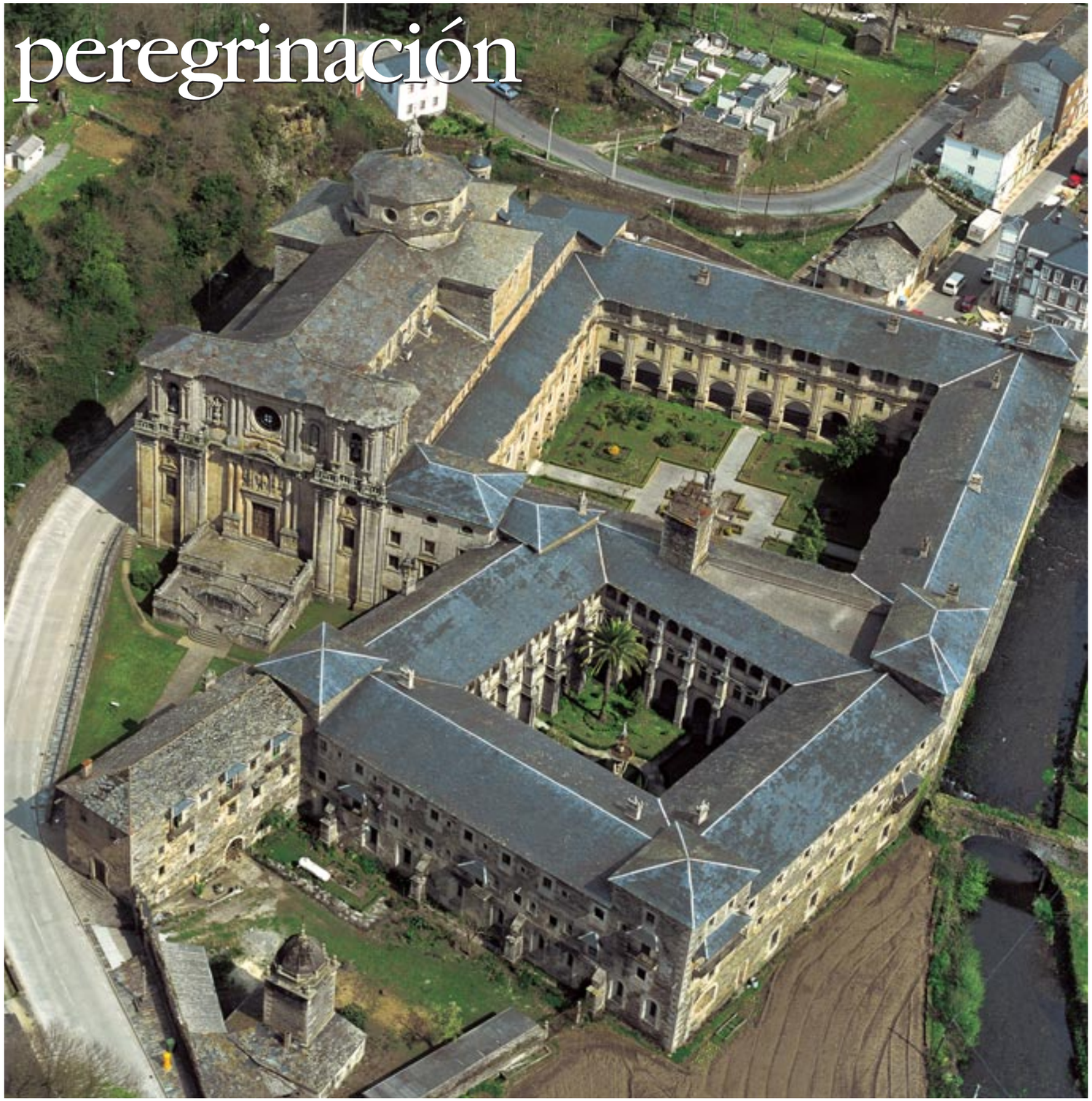
El conde de Castilla y san Millán prestan su ayuda al rey leonés y al Apóstol, y éste devuelve el favor haciéndose presente en la batalla de Hacinas narrada en el *Poema de Fernán González*, escrito a mediados del siglo XIII cuando en toda Europa se conoce una serie de milagros atribuidos a Santiago: libera cautivos, perdona pecados inconfesables, hace concebir a las estériles, resucita muertos, da sepultura a sus fieles, salva náufragos... y es invocado por los caballeros en sus batallas con los turcos. La fama de Santiago es tal que el propio Diablo se disfraza con los vestidos del Apóstol para convencer a un romero de que sólo se salvará si se corta "los miembros que hacen el fornicio" y después se degüella; así lo hizo Guiraldo y trabajo tuvo el Apóstol para arrebatar su alma a los diablos y conseguir devolver la vida al peregrino, que tuvo como recuerdo de su acción la cicatriz del cuello y

*... lo de la natura cuanto que fue cortado*
*no le creció un punto, fincó, en su estado.*
*De todo era sano, todo bien encuerado*
*Para verter su agua fincóle el forado...*

# Hija de la peregrinación

## Con la venia del arzobispo Gelmírez: consecuencias artísticas, culturales, económicas, religiosas y sociales de la peregrinación a Compostela en la historia de Galicia...

**Ermelindo Portela**
*Catedrático de Historia Medieval*
*Universidad de Santiago*



LOS PEREGRINOS que, en el siglo XII, llegando por el Camino Francés, alcanzaban el Monte del Gozo –el altozano desde el que por vez primera podían divisar Compostela– contemplaban una ciudad integrada en el paisaje y, al mismo tiempo, nítidamente diferenciada dentro de él. Esa imagen se ha guardado en las páginas del *Codex Calixtinus,* rico conjunto de testimonios referidos a la peregrinación a la tumba del Apóstol:

"La ciudad de Santiago está situada entre dos ríos; uno de ellos se llama Sar y el otro Sarela. El Sar está hacia el oriente, entre el Monte del Gozo y la ciudad; el Sarela, hacia el ocaso".

La descripción del paisaje: la ciudad, al pie del monte y entre dos cursos de agua. Pero, en seguida, la diferencia: *urbis vero introitus et porte sunt septem*. La palabra clave es *vero*, que indica justamente el contraste con lo que se acaba de decir. La ciudad está en el territorio, pero definiéndose en él, destacándose y separándose de él por una muralla que crea un espacio diferente, al que se accede por siete puertas. La ciudad de Santiago, que, ocupando el mismo espacio que se describe en el códice del siglo XII, nos parece hoy admirable decantación del paso de los siglos, era entonces una novedad y, sobre todo, pensando en Galicia y en las primeras décadas del siglo XII, puede decirse que una rareza. Esta realidad nueva es, ante todo, la consecuencia material y visible del culto al apóstol Santiago y del camino de peregrinación que conducía al lugar en que, según se afirmó por vez primera en el siglo IX, se hallaba su tumba.

En el nivel de las mentalidades, también eran perceptibles cambios significativos. El autor anónimo de la *Historia Silense* –inacabada crónica del reinado de Alfonso VI– nos ha transmitido el primer testimonio explícito de una expresión de la devoción a Santiago, la del *apóstol caballero*, que tan amplio y largo éxito habría de tener desde entonces. Una versión del mismo relato, algo diferente y de menos interés para lo aquí tratado, figura entre los milagros atribuidos a Santiago en el *Calixtino*. Este Santiago *guerrero de Cristo*, especial intercesor de Fernando I en la conquista de Coimbra, que se aparece a un incrédulo griego a las puertas de la iglesia compostelana sobre resplandeciente corcel blanco, es imaginación difícil de desvincular del éxito de la ideología de la cruzada en el tránsito de los siglos XI al XII.

La narración del cronista, de las primeras décadas de esta última centuria, subraya la novedad del hecho imaginado: produce asombro en el peregrino extranjero que quienes entran en el templo de Santiago lo invoquen como guerrero de Cristo; le resulta chocante a él, cristiano de Oriente recién llegado de Jerusalén, la imagen de un Santiago caballero. Por eso, el sentido que se da a la visión es tanto la idea del patrocinio apostólico de la reconquista –con el anuncio de la toma de Coimbra– como el valor probatorio de la imaginación nueva, con la demostración de habilidad ecuestre que el propio Apóstol lleva a cabo.

### Mito y realidad

Ni la profunda renovación de la vida material que la ciudad comporta, ni las maneras nuevas de entender el mundo propias de la Europa feudal –en

este caso, los clichés generados por la creciente tensión generada por la expansión del Occidente latino sobre otras áreas– pueden entenderse, en la Galicia del siglo XII, sin el activo cauce de comunicación que fue el Camino de Santiago. Pero no conviene exagerar, convirtiendo en causa única de todo, un hecho que, transformado en mito para consumo de romeros, termina por alejarse considerablemente de la realidad.

Ha de advertirse que el cultivo de la propaganda, desde ángulos de visión e intereses diferentes, es fenómeno común a la peregrinación medieval y a sus actualizaciones contemporáneas. Quede, pues, claro que la ruta a Compostela, un espacio de comunicación por el que circulan personas, mercaderías, ideas, costumbres, ritos... constituye una manifestación más del dinamismo de la sociedad europea.

Izquierda, **pila bautismal situada en el centro del claustro neoclásico de la catedral de Santiago de Compostela.** Derecha, **escudo de España con las armas de los Borbones, que adorna la fachada del *monasterio de San Martín Pinario* (Santiago de Compostela).**

No es –como se escucha hoy con frecuencia– el Camino el que hace a Europa; es el Occidente latino, en la fase de maduración del feudalismo, el que produce el Camino. Pero es cierto que en Galicia, como en otras partes del recorrido de la Ruta y en algunos aspectos con más intensidad que en otros, los cambios que se producen en los siglos centrales del Medievo pueden entenderse mejor, tanto en su específica realización como en su proyección territorial, si se asocian al culto a Santiago y a la peregrinación que generó.

Atendiendo a las realidades materiales, es evidente que la ciudad de Compostela es directo resultado del culto al Apóstol y de la peregrinación. Inexistente en las primeras décadas del siglo IX, es lugar de culto progresivamente desarrollado a lo largo del mismo y asentamiento humano cada vez más diversificado en el transcurrir de la siguiente centuria. Después del año mil, Compostela desarrolla los rasgos que le confieren su carácter urbano y que, cuando la describe el autor de la guía de peregrinos incluida en el *Calixtino*, están ya plenamente configurados.

Su precocidad a este respecto en el contexto gallego es notoria y notable. Los síntomas de la urbanización medieval no son visibles en la vieja *urbs* lucense hasta las últimas décadas del siglo XI y la vinculación con el Camino no es del todo descartable. Las demás sedes episcopales gallegas habrán de esperar al siglo siguiente para conocer la formación de una aglomeración urbana. Todavía en la primera mitad del XI, la guía de peregrinos del *Calixtino* describe Galicia como "país de escasas ciudades". Algunos burgos mencionados como etapas del tramo gallego del Camino, y otros que no se citan, consolidarán en ese siglo y en el siguiente un carácter urbano. El tránsito del siglo XII al XIII es etapa de aceleración en el proceso de creación de las villas costeras. Habrá de esperar aún a que avance el siglo XIII para que se complete, en la costa y en el interior, la red urbana de la Galicia medieval.

En esa modificación sustancial, Compostela va claramente por delante. Y no sólo en el tiempo; también en la intensidad con que el fenómeno se manifiesta. Las siete puertas de entrada, que enumera la guía del siglo XII, corresponden a un perímetro amurallado que permaneció en pie hasta el fin de la Edad Media y que delimitaba el espacio reconocible aún hoy como centro histórico de la ciudad. Dentro de él, a lo largo del siglo XII, se realiza una intensa actividad constructiva que, encabezada por los trabajos en la basílica románica, se relaciona con la demanda creada por la peregrinación y se muestra también en la erección de iglesias, en las transformaciones del hospital, en la nueva canalización de aguas y la

**Detalle de la fachada de la iglesia del *monasterio de San Martín Pinario* (Santiago de Compostela).**

## Una mina de oro

La existencia y la prosperidad de la ciudad de Santiago de Compostela están tenazmente vinculadas al descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago, a su culto y a la peregrinación.

La ciudad se convirtió en el centro religioso, económico y político más importante de Galicia. Del descubrimiento de la tumba surgió también la urbanización de la zona que rodeaba a los edificios que se irán construyendo sucesivamente sobre el hallazgo.

En el siglo XI, la peregrinación ha alcanzado ya una dimensión europea. Paralelamente, se terminó antes del 1065 el segundo cerco de murallas y se inició antes del 1075 la construcción de la nueva catedral románica.

La relevancia de este centro urbano se confirmaría con el traslado a Compostela del obispo de la antigua Iria Flavia y posteriormente con el ascenso de la sede a arzobispado. Por voluntad de los monarcas, la ciudad se convirtió en el núcleo de un señorío amplio y poderoso, capital no sólo religiosa y eclesiástica sino también política.

Las riquezas y los ingresos de la Iglesia fueron considerables y el obispo –que en caso de guerra se echaba al monte a la cabeza de su propia tropa– gozaba de poderes señoriales excepcionales sobre la ciudad y el territorio dependiente de la Iglesia. Económicamente, la ciudad obtenía beneficios de los productos y de las rentas de las tierras del obispo y del capítulo, pero además, era lugar de mercado diario para los habitantes de los contornos. Pero la peregrinación y la presencia de extranjeros disparó las actividades del zapatero, herrero, cambista de moneda, posadero e incluso la del fabricante y vendedor de conchas metálicas de plomo o estaño que, poco a poco, van haciendo la competencia y sustituyendo a las naturales.

construcción de la fuente del Paraíso o en las instalaciones de los cambistas, los hospederos y los comerciantes.

Es un tejido urbano que se condensa físicamente por las actividades que desarrolla su creciente número de habitantes. Una parte muy significativa de esas actividades tiene directa relación con el culto a Santiago para un grupo de clérigos numeroso y con peso en la ciudad; junto a ellos, cambistas, concheros, azabacheros, plateros y otros comerciantes y, desde luego, posaderos y mesoneros –cuyos engaños y abusos padecen los visitantes– viven de la atención que, en diferente grado, prestan a los peregrinos.

## Un problema de poder

El pontificado del primer arzobispo compostelano, Diego Gelmírez, que se extiende durante las primeras cuatro décadas del siglo XII, se ofrece –gracias principalmente a la información de la *Historia Compostelana*, cuya composición él mismo promovió– como el período de más intensa comunicación cultural de Santiago con los centros del Occidente latino. El conjunto arquitectónico y escultórico de la iglesia-catedral, que recibe y proyecta ampliamente influencias en la Europa del Románico maduro, es sin duda el testimonio artístico más notable y expresivo. En el plano de la riqueza intelectual, la escuela catedralicia que Gelmírez organiza –pensando, sobre todo, en la formación de los clérigos– cuenta con maestros de Francia o Italia.

**Rosetón de la *iglesia de San Nicolás,* iglesia-fortaleza que protegía al antiguo pueblo, trasladado por la construcción del embalse de Belesar (Portomarín, Lugo).**

La relación con los pontífices de Roma o los abades de Cluny, principales promotores del profundo movimiento reformador de la iglesia latina, es permanente e intensa. Tras Gelmírez, en la segunda mitad del siglo XII, la comunicación y la actividad continúan y se expresan, por ejemplo, en la amplia difusión gallega de la reforma monástica cisterciense, a partir de la fundación, impulsada por Bernardo de Claraval, de Santa María de Sobrado en 1142 o en el *Pórtico de la Gloria* del Maestro Mateo, en la fachada occidental de la basílica compostelana.

Esta somera descripción de las consecuencias en la evolución histórica de Galicia del culto al Apóstol no debe ocultar las realidades que, en el cambio del entramado social, responden a movimientos de fondo de la evolución histórica de la época. En este sentido, el observatorio político es especialmente revelador. En una sociedad que conoce transformaciones muy significativas y relativamente rápidas, los grupos emergentes tratan de asentar su dominio en el marco de los reinos y al amparo legitimador de la Monarquía. Esta cristalización política encuentra en Compostela y su entorno un ejemplo característico que está estrechamente vinculado a la devoción a Santiago y a la peregrinación.

En realidad, desde sus mismos orígenes, el culto a Santiago tiene relación con el dominio del espacio y de los hombres que lo ocupan. No mucho después del reconocimiento y afianzamiento del poder de los reyes astures en el territorio de la diócesis de Iria, las noticias del hallazgo de lo que se identificó como la tumba de Santiago el Mayor –difundidas probablemente en la tercera década del siglo IX– fueron sin duda bien recibidas en la corte ovetense. Noticias que pudieron verse allí como importante apoyo ideológico en el proceso de la construcción neogoticista y de la ruptura con Toledo.

Pero, desde el centro emisor, podían entenderse también, sin abandonar la idea del fortalecimiento monárquico en el territorio recientemente integrado, como afirmación de posiciones y dominios por parte de los poderes locales. Al fin y al cabo, el núcleo histórico que pueda haber en los diplomas dirigidos a los titulares de la sede iriense por Alfonso II y Ordoño I no es sino la confirmación y la reafirmación del poder de los obispos –muy cualificados miembros de la elite aristocrática– en el ámbito local.

De todos modos y por más que la permanencia del poder episcopal pueda dar una apariencia de continuidad, entre los siglos IX y XII las diferencias, desde el punto de vista del análisis político y de la lucha por el poder, son muy importantes. Hay dos ciertamente destacadas y destacables. De la primera, la ciudad, ya hemos hablado. Después de los *descubrimientos* del siglo IX y durante muchos años aún, Santiago no pasó de ser, en lo fundamental, el asentamiento de un conjunto de edificaciones de carácter religioso que respondían a necesidades casi exclusivamente cultuales o relacionadas con la administración eclesiástica. Por el contrario, la Compostela de comienzos del siglo XII es el resultado maduro de un proceso urbanizador cargado de nuevas y decisivas consecuencias sociales y políticas.

La segunda novedad subrayable es menos evidente, pero tiene repercusiones de interés. Si en el siglo IX la condición episcopal puede entenderse arropada en el rango aristocrático sin tajantes distinciones en su interior entre eclesiásticos y laicos, no sucede lo mismo trescientos años más tarde. La independencia de los clérigos y su separación de los

laicos es un principio básico reafirmado por los eclesiásticos reformistas en el tránsito del siglo XI al XII, hasta convertirlo en uno de los elementos caracterizadores de la reordenación que propugnaban.

Si, en los años centrales del siglo X, Sisnando II y san Rosendo, titulares de la sede iriense, son miembros de dos de los más importantes grupos aristocráticos de la Galicia de la época, siglo y medio más tarde Diego Gelmírez no es sino el hijo de un caballero de segunda fila. Pero no cabe pensar que su influencia y poder estuvieran por debajo de los de sus antecesores. Pero Gelmírez es personaje cuya actuación política no puede explicarse exclusivamente por sus influencias de ámbito local, sino que ha de ser entendida por sus estrechos contactos con los centros de decisión de la Iglesia latina.

Así, en este horizonte temporal, la nobleza laica, por una parte; los eclesiásticos que el obispo encabeza y dirige, por otra y, finalmente, los grupos –integrados no solamente por laicos sino también por clérigos– con específicos intereses urbanos, constituyen los elementos a distinguir en el intento de explicar la nueva articulación política.

**Situada en lugar destacado de la población, la *catedral de Santiago* marca el final del camino de ida en la Ruta Jacobea.**

## Política e historia

La información disponible, gracias esencialmente a la *Historia Compostelana*, arroja una intensa luz sobre Gelmírez y los acontecimientos que tuvieron lugar durante sus años al frente de la diócesis. Aunque la realidad haya sido mucho más rica, resulta obligado hacer pasar por este personaje las líneas de fuerza del acontecer histórico de su tiempo.

La activa comunicación que la peregrinación fomentó a fines del siglo XI y principios del XII hizo que en Compostela se entrecruzasen de modo visible los diferentes planos en que se desarrollaba la acción política. Señálense, en primer lugar, los grandes niveles territoriales y competenciales en que se desenvolvía la actividad política peninsular.

Primero, la Cristiandad latina por la que comienza a identificarse, precisamente entonces, con Europa occidental. Sobre ese nivel, los obispos de Roma de fines del siglo XI y principios del XII aspiran a ejercer el *dominium mundi*, es decir, una capacidad de distinguir el bien del mal, que se sitúa por encima de la capacidad de mandar, que corresponde a emperadores y reyes y con la que choca. La Cruzada, la Reconquista o la disolución del matrimonio de Urraca y *El Batallador* –por poner sólo tres ejemplos– no se entenderían bien sin la referencia a este primer ámbito del ejercicio del poder.

El *regnum Hispanie*, en segundo lugar. Esta es una vieja noción teórica, bien conocida por Gelmírez, que la fragmentación real de los poderes feudales no hace olvidar. Es la tradición del Imperio hispánico, de raíz visigótica, que se vincula con la

**Detalle del claustro románico del *monasterio de Santa María del Sar* (Santiago de Compostela).**

Corona leonesa. Alfonso VI, Urraca y Alfonso VII están en esa larga línea política. Justamente una de las dificultades del momento es, ante la ausencia de heredero varón de Alfonso VI y el fracaso del matrimonio de Urraca con Alfonso I de Aragón, la inestabilidad generada por el rechazo a que la idea imperial sea encarnada en una mujer. De todos modos, la existencia del *regnum Hispanie* es algo que nadie discute en el entorno del obispo de Santiago.

Por debajo de este nivel, deben considerarse, en tercer lugar, los *regna* dentro del *regnum*. En el reino de Hispania conviven reinos diferentes; Galicia es uno de ellos. Una multiplicidad interna que no se vive como una contradicción. Su apariencia contradictoria se resuelve con la preeminencia, al menos teórica, de los reyes de León, vinculados al *regnum Hispanie*. Y, precisamente en este momento, la adopción de las costumbres feudales ultrapirenaicas facilita argumentos teóricos e incluso instrumentos jurídicos prácticos a tal preeminencia. Aquí se plantea el nacimiento de la monarquía portuguesa y, como consecuencia de ello, la escisión del reino de Galicia.

Queda, en fin, el fundamental nivel del señorío que conforman la ciudad y tierra de Santiago. Clérigos, aristócratas, campesinos y burgueses entretejen en ese marco las relaciones y adoptan las decisiones que, desde la acción política, condicionan su proyección social.

Es posible que, en buena parte, los designios políticos de Diego Gelmírez sean por siempre inescrutables. Pero, hasta donde puedan ser conocidos, sólo lo serán considerando estos diferentes niveles de la acción política que, por otra parte, están profunda y profusamente imbricados en la realidad histórica. En el ámbito de la Cristiandad, es evidente que Gelmírez no aspira a ejercer el *dominium mundi*; pero sí pretende hacerlo en representación de los responsables de su ejercicio. En ese sentido, como representante, por formación y por convicción, de los obispos de Roma, entiende que debe hacerlo por encima de los reyes de Hispania. Muchas actitudes, comportamientos y decisiones de Gelmírez se explican solamente desde esta posición.

## Señor y arzobispo

Nadie cuestiona la existencia del reino de Hispania y nadie, en el entorno del arzobispo de Santiago, discute su integridad. No le rondan a Gelmírez por la cabeza las ideas que la *Historia Compostelana* endilga a su antecesor, Diego Peláez, acerca de la escisión de Galicia y su anexión al reino anglonormando. Gelmírez desea moverse como consejero moral y participar en la toma de decisiones –desde ambos puntos de vista, su condición de canciller le facilitaría las cosas– y, sobre todo, desea beneficiarse de la protección que reporta el poder real.

Inmediatamente por debajo, en el nivel correspondiente a los reinos interiores, Gelmírez aspira a algo más que al ejercicio de una preeminencia espiritual o moral. En Galicia –un reino sin rey– él, señor entre los señores (*baculum et ballista*), se propone ejercer realmente el poder. En la persecución de ese objetivo, fracasado el intento de poner bajo su dominio la sede de Braga, no tiene inconveniente –y favorece el proceso, al menos de modo indirecto– en admitir la creación de un nuevo reino en Galicia.

Es en el ámbito señorial donde los éxitos políticos de Gelmírez son más duraderos. Desde Alfonso VI hasta Alfonso VII se suceden las concesiones regias hasta conformar, en la ciudad y tierra de Santiago, el más acabado ejemplo hispánico de señorío feudal. Su actuación en Galicia –y, seguramente, también parte de la que desarrolla a niveles políticos más elevados– parece esencialmente encaminada a apuntalar este sustrato básico del dominio. En ese escenario, el obispo encuentra las resistencias más fuertes y, por ello, se producen en él las luchas más violentas. Las revueltas de los años 1116 y 1136, con las que los sectores más influyentes de la sociedad urbana, tanto clérigos como laicos, denuncian la condición de señor de Gelmírez, son el más expresivo testimonio del dinamismo social que han generado el culto al Apóstol y la peregrinación.

Después, los cambios se detienen y se aquietan las efervescencias hasta la crisis bajomedieval. Pero en ese tiempo la historia de Galicia se explica menos en razón del Camino de Santiago, por lo demás en fase de decadencia, que de otros fenómenos, como la ya consolidada independencia de Portugal o los nuevos ejes verticales que estructuran la Corona de Castilla. De todos modos, el acusado predominio eclesiástico, que para entonces es ya un rasgo distintivo de la sociedad de la Galicia feudal, tiene seguramente alguna relación con el gran señor compostelano del siglo XII.

# Los parentescos artísticos del Camino

**Parece como si las distintas tonalidades de la gran escultura decorativa de comienzos del siglo XII se hubiesen fundido en Santiago: la de Toulouse, la de León, la de Jaca e incluso la de Conques...**

**Miguel Cortés Arrese**
*Profesor Titular de Historia del Arte*
*Universidad de Castilla-La Mancha*

**Vista aérea de iglesia de San Tirso, en Sahagún, León, siglo XII (foto GeoPlaneta),** izquierda. **El anciano de la luz blanca e infierno (miniatura del f. 23 del *Beato del Burgo de Osma*, 1086, manuscrito procedente del monasterio de San Facundo de Sahagún, que se conserva hoy en la catedral del Burgo de Osma, Soria).**

LOS ESTUDIOSOS NO HAN DEJADO DE definir al Camino de Santiago como un espacio de intercambios artísticos que, entre otras cosas, permitió el asentamiento del Románico pleno en el Norte peninsular. No puede negarse que, al tratarse de una de las vías medievales más seguras y transitadas, sirvió para encauzar la difusión de las artes plásticas, facilitar los contactos internacionales con los reinos de más allá de los Pirineos y animar el desplazamiento de los artistas. Por lo demás, el arte ocupaba su lugar

en esa gran red de relaciones que fue el Camino y venía a certificar a su manera la intensidad y eficacia del carácter espiritual de la Ruta.

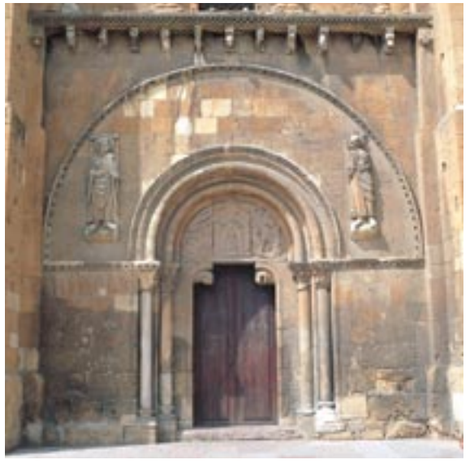
Se ha querido justificar la presencia de las nuevas formas románicas en el Camino por el interés de la abadía de Cluny –la gran impulsora de la peregrinación– en ofrecer un paisaje familiar a la gran mayoría de los romeros, que solía ser de origen francés, así como a las colonias que se fueron asentando en las ciudades de la Ruta al amparo de privilegios y franquicias. Así se podía entender que en

**Iglesia románica de San Martín de Frómista, Palencia,** arriba. **Pórtico sur de San Isidoro de León,** abajo. **Portada de la iglesia de Santa María la Real de Sangüesa,** derecha.

el extremo más occidental de Galicia se levantase un edificio del mismo estilo artístico que el de las catedrales y monasterios de muchas poblaciones francesas.

Así se explicaba también el origen y advocación del santuario estellés de Nuestra Señora del Puy: emplazado en una colina que dominaba el caserío, delata el origen geográfico ultramontano de los primitivos habitantes de la ciudad y también la procedencia de su maravillosa imagen gótica; la influencia francesa de tipo cortesano de la talla se suaviza hasta humanizarse entrañablemente en rasgos y actitudes –en palabras de María del Carmen Lacarra– y acabaría por convertirse en la patrona de Estella.

Hoy se tiende a considerar este proceso como un fenómeno mucho más complejo y que, por lo que respecta al asentamiento del Románico pleno en los reinos occidentales, va estrechamente unido a las circunstancias que condicionaron la apertura de estos Estados a la Europa occidental; circunstancias vinculadas a la aceptación de la liturgia romana en sustitución de la tradicional hispana, los vínculos matrimoniales de Alfonso VI o Sancho Ramírez, la necesaria organización del Camino ante el flujo creciente de peregrinos y la *Reconquista* entendida como cruzada. Por todo ello –añade Barral– el Románico hispánico no se considera ya como un estilo importado de Francia, sino que fueron los reinos occidentales los que ingresaron en el contexto en el que se estaba generando el Románico.



Dada su proximidad, recibieron influencias, en particular del Suroeste francés, que se mezclaron con experiencias arquitectónicas de tiempos prerrománicos y entre las que no se han de considerar desdeñables las de origen islámico. Fueron varios los centros que destacaron al mismo tiempo y notables los contactos que se establecieron entre ellos; y no siempre se tuvo en cuenta a Compostela, aun cuando fuese el gran centro internacional y meta de la peregrinación.

## Resistencias al cambio

Resulta revelador de lo expuesto más arriba el caso del *Beato de Burgo de Osma*, fechado en el año 1086 y hoy conservado en el museo de esta catedral soriana. Procede del monasterio de San Facundo de Sahagún, que jugó un papel fundamental en la sustitución de la liturgia mozárabe por la romana a instancias de Alfonso VI. Los abades Roberto, primero, y Bernardo, más tarde, y sus compañeros francos se pusieron a la cabeza de un plan que incluía el propósito del monarca de hacer de este monasterio la casa principal de los cluniacenses del reino.

Para ello fue necesario asegurar el dominio del cenobio sobre la villa que iba creciendo al amparo del primitivo núcleo monástico, atraídos numerosos pobladores extranjeros por la riqueza del lugar; fue necesario igualmente someter otros monasterios y prioratos y enviar a los monjes salidos de sus celdas a ocupar las sillas de las diócesis del reino. No fue, sin embargo, un dominio sin resistencias y así parece acusarlo el mencionado *Beato*. Se hizo en escritura hispana o visigótica, en un momento en que el propio monasterio abogaba, de la mano de su abad Bernardo, por su sustitución por la letra carolina o romana. Y, sin embargo, estamos ante el primer *Beato* hispano que es posible calificar de románico por lo que respecta a sus imágenes.

Posee una unidad estilística que permite afirmar que es obra de un solo artista, quizá Martino, quien utiliza unos tonos claros distintos de los más tradicionales, propios de los otros *Beatos*. Los fondos amarillos, verdes y tonos rojizos han sustituido a las bandas cromáticas característicos de ejemplos tan cercanos geográficamente como el realizado en León para Fernando I. A su vez –precisa Yarza– la relación con la pintura monumental se ratifica cuando se contempla la visión del trono, los ancianos y el tetramorfos, compuesta de modo que las figuras se distribuyan como si se tratara de la transposición de una bóveda o cúpula pintada al fresco.

Es interesante, además, porque su estilo ha sido puesto en relación con el de las pinturas de San Isidoro de León y una de sus miniaturas, la que escenifica la difusión de los apóstoles cristianos a través del mundo, denota una especial vocación jacobea: su famoso mapamundi se hace eco de la relación entre los apóstoles predicadores del Evangelio y los territorios objeto de su atención y la precisa

al situar la cabeza de cada uno de ellos junto a los lugares donde esa predicación tuvo lugar. Y dedica mayor atención a la ciudad hispana que la tradición hispana admitía que conservaba el cuerpo de Santiago. Ningún otro *Beato* había sido tan rotundo.

## El modelo de Santiago de Compostela

Cuando se concluyó el *Beato de Burgo de Osma* hacía once años que se había iniciado la gran catedral románica en Santiago de Compostela: de planta de cruz latina con sus tres naves de diez tramos, nueve torres, transepto muy acusado, un amplio deambulatorio o girola que abraza en semicírculo la capilla mayor o santuario y galería alta que discurre por encima de las naves laterales; ha sido considerada el ejemplo más acabado de la denominada *iglesia de peregrinación*. Y ello, porque al enlazar las naves laterales con el deambulatorio por medio del crucero el edificio era capaz de ofrecer un itinerario secundario que no alteraba el quehacer de la nave central destinada al culto; además, permitía que la tribuna o galería alta se abriese a la nave central por medio de arcadas, haciendo posible que algunos peregrinos se alojasen allí y la instalación de algún altar para celebraciones particulares. Se añadían a los cinco de la cabecera y cuatro del transepto que convirtieron a la catedral compostelana en un gigantesco *martyrium*, un espacio litúrgico donde oficiaban los canónigos guardianes de la tumba del Santo, el lugar de las devociones de aquellos que respondían a la llamada de la Ruta.

***Adán y Eva*, detalle de la decoración escultórica de la *Puerta de las Platerías*, de la catedral de Santiago**, abajo.

Fue admirada por sus contemporáneos, entre otras cosas, por su magnífica factura: Aymeric Picaud no duda en calificarla de "grande, espaciosa, luminosa, armoniosa y bien proporcionada en anchura, longitud y altura". Hoy día, los especialistas la destacan como una obra sin precedentes en España siendo necesario acudir a Francia para buscar los modelos más próximos. Por eso, se ha puesto en relación con San Saturnino (Saint-Sernin) de Toulouse, con cuyo recinto Durliat aprecia parentescos muy cercanos: en cuanto a sus dimensiones, a la fecha de comienzo de las obras y admitiendo, eso sí, que el edificio de Compostela tiene un carácter más proporcionado y la utilización del granito aquí y el ladrillo allá confiere a cada edificio su propia personalidad. También se la ha relacionado con San Martín de Tours, al apreciarse semejanzas estructurales que no pasaron desapercibidas al autor del *Codex Calixtinus*, con San Marcial de Limoges o la Santa Fe de Conques.

Pero a pesar de la admiración que le profesaron sus contemporáneos y que puede ser considerada como el mejor ejemplo del periodo de madurez del estilo, el modelo que ofrecía la catedral de Santiago no fue adoptado por las construcciones tempranas surgidas a lo largo del Camino Francés; aragoneses, navarros, castellanos y leoneses prefirieron la denominada planta benedictina de tres naves sin transepto acusado en planta y tres ábsides escalonados en la cabecera. Y lo hicieron, tal vez, porque no estaban obligados a atender las necesidades litúrgicas y escenográficas que demandaba Santiago y, probablemente, porque carecían de los medios materiales que proporcionaba el tesoro compostelano.

La tipología arquitectónica de la planta benedictina es la que puede observarse en la catedral de San Pedro de Jaca, el monasterio de San Salvador de Leyre, Santa María la Real de Sangüesa, San Pedro de Arlanza, San Martín de Frómista y San Isidoro de León; tipología arquitectónica de ejecución más sencilla, adoptada con ligeras variantes en cuanto a los soportes –Jaca–, adaptada a las condiciones de terreno –Sangüesa– y que volvemos a encontrar en el Suroeste de Francia, sobre todo en Gascuña, tal es el caso de la abacial de Saint-Pé de Gëneres y en el Languedoc.

**Aspecto de la *Plaza de las Platerías* de Santiago de Compostela, con la portada románica de la catedral que le da el nombre.**

## Las enseñanzas del maestro Esteban en Navarra y Aragón

Cabe matizar, no obstante, que la influencia del modelo de Santiago si se acusa, de manera parcial a lo largo de la ruta; así se aprecia en San Isidoro de León: cuando se llevó a cabo la ampliación del transepto, hacia 1100, se tuvo en cuenta la propuesta de la catedral compostelana y, al parecer, se hizo por iniciativa del arzobispo santiagués Gelmírez. En Pamplona, fue el obispo Pedro de Rodez quien incorporó las novedades aportadas por Santiago. Había conocido personalmente las iglesias de Conques, Toulouse y Compostela, pues había recibido su primera formación en la abadía de San Martín, formó parte del cortejo que consagró San Saturnino de Toulouse el día 24 de mayo de 1096 y, nueve años más tarde, se documenta también en la catedral de Santiago. Fue por este motivo, probablemente, por el que se incorporó el transepto acusado en planta a la catedral de Santa María de Pamplona.

A este prelado se debe también la donación de casa y viñas en plena propiedad al maestro Esteban, en Pamplona, en el año 1101: "por los servicios que había prestado" y que Dios mediante "prestará" en el edificio de Santa María. Este maestro, calificado de *magister operis Sancti Iacobi* ha sido vinculado a la *Puerta de las Platerías* de la catedral compostelana y es un buen testimonio tanto de la circulación de artistas por el Camino como de la renovación artística que de su mano tuvo lugar en los reinos de Aragón y Navarra.

Su estilo se identifica con los capiteles de seis columnas y el del mainel de la *Puerta Speciosa* del monasterio de Leyre, así como con la decoración imaginaria de sus arquivoltas. Y dos de sus temas recurrentes –las almas pájaro picándose las patas y las mujeres en cuclillas mesándose los cabellos en medio de lamentos temerosos– repiten modelos que se pueden observar también en la cripta de San Esteban de la iglesia de Sos y en Pamplona.

No menos interesante es el recorrido seguido por el Maestro de Jaca, con una formación guiada por

**Detalle del tímpano central del *Pórtico de la Gloria*, del Maestro Mateo, en la catedral de Santiago de Compostela.**

los modelos tardorromanos, dado su tratamiento del cuerpo humano, preferentemente desnudo, y la manera de transmitir el volumen, los ademanes y las vestiduras; buena prueba de ello es el magnífico capitel del sacrificio de Isaac de esta catedral aragonesa. Maestro, que según Moralejo, se habría iniciado en San Martín de Frómista, en tierras castellanas, y su influencia habría de alcanzar tanto a San Isidoro de León, al pórtico de entrada al recinto amurallado del castillo de Loarre e incluso a San Saturnino de Tolosa.

## Bernard de Guildin y el Maestro de Jaca

Si este maestro trajo a Aragón el recuerdo de la belleza clásica aprendida en Frómista, al mismo tiempo, a fines del siglo XI, surgió en Toulouse otro escultor preocupado también por la plástica antigua y que había de dejar su sello en la mesa del altar de aquella catedral francesa en 1096: se trataba de Bernard Guilduin cuyas enseñanzas habrían de ser compartidas con el Maestro de Jaca.

De hecho, es en el diseño de la portada meridional de la iglesia de San Pedro donde el escultor jaqués llevó a cabo su mejor trabajo: aquel en el que se muestra a Isaac desnudo en la mejor tradición de la estatuaria antigua, recuerda la disposición de la *Puerta de los Condes* de San Saturnino; las imágenes de san Pedro y Santiago evocan el emplazamiento de las de los santos fundadores de Toulouse y, al mismo tiempo, nos conducen a San Isidoro de León, a la *Puerta del Cordero*. El prototipo habría de madurar de nuevo en Toulouse poco tiempo después en la *Puerta de Miëgeville*.

Ahora, encontramos ya un tímpano que acoge la representación de la Ascensión de Cristo, escoltado por dos ángeles y flanqueado por las imágenes de Pedro y Pablo. A su vez, en la *Puerta del Perdón* de San Isidoro se ha incorporado la misma teofanía gloriosa, la de la Ascensión y con la misma particularidad iconográfica: los ángeles que acompañan a Cristo le ayudan físicamente a ascender a los cielos. Y aunque en León esta escena forma parte de un programa más amplio que incluye un Descenso de la Cruz y una Resurrección, el papel asignado a los apóstoles Pedro y Pablo se mantiene. Por todo lo anterior, puede pensarse con fundamento que la *Puerta del Perdón* es ligeramente posterior a la francesa.

## De Toulouse a Santiago

Ahora bien, todas las experiencias del Languedoc se tuvieron en cuenta cuando fue necesario articular las portadas del transepto de la catedral de Santiago. Desaparecida la *Francígena*, nos queda la de las *Platerías,* cuya estructura arquitectónica remite a las propuestas tolosanas, mientras que la proliferación de su decoración por toda la fachada revela un acercamiento a la monumentalidad de la escultura antigua y vincula Compostela con San Salvador de Leyre o Santa María la Real de Sangüesa. Parece como si las distintas tonalidades de la gran escultura decorativa de comienzos del siglo XII se hubiesen fundido en Santiago: la de Toulouse, la de León, la de Jaca e incluso la de Conques. Es como si todos estos dialectos artísticos uniesen sus voces para celebrar la grandeza del Dios cristiano y la del apóstol Santiago.

# La ciudad del templo de oro

**Santiago de Compostela en las fuentes árabes: "Los cristianos veneran tanto su iglesia como nosotros veneramos la Caaba; pues en ella prestan los juramentos solemnes y a ella acuden en peregrinación desde los confines de Roma y desde mucho más allá...**

**Soha Abboud Haggar**
*Profesora de Árabe*
*Universidad de Salamanca*

LLEGÓ ALMANZOR A LA CIUDAD DE SANtiago, en los confines de Galicia, tierra que alberga la mayor ciudad santa cristiana existente en las tierras de al-Andalus y en todas las tierras que la rodean. Los cristianos veneran tanto su iglesia como nosotros veneramos la Caaba; pues en ella prestan los juramentos solemnes y a ella acuden en peregrinación desde los confines de Roma y desde mucho más allá..."(*). Así comienza a narrar el historiador magrebí del siglo XIV, Ibn Idari al-Marrakusi, el ataque de Almanzor contra Santiago de Compostela (*El libro que aclara lo raro sobre las noticias de los reyes de al-Andalus y del Magreb*). Y sigue diciendo: "Pretenden los cristianos que el sepulcro visitado en aquella ciudad, es el del apóstol Jacobo uno de los doce que Dios haya acogido en su piedad. El cual, entre todos ellos, era el más familiar y próximo a Jesús, bendito sea, tanto que le decían hermano de Jesús por su adhesión a él. Algunos además pretenden que era hijo de José el carpintero. Santiago es donde está enterrado Jacobo, al que llaman el Hermano de Dios (que no se ofenda Dios de tal denominación). Y Jacobo en la lengua de ellos, es lo mismo que Yacub que era obispo de Jerusalén, y como recorriese diversas regiones, predicando a sus habitantes, pasó a España y penetró hasta este remoto lugar. Después volvió a tierra de Siria, donde fue muerto a la edad de ciento veinte años solares, y sus discípulos trasportaron su cadáver y lo enterraron en esta iglesia, en el más apartado de sus confines..."

## La expedición de Almanzor

Estas informaciones las había tomado Ibn Idari de la obra del gran historiador andalusí del siglo XI, Abu Marwan Ibn Hayyân, testigo personal de las expediciones de Almanzor y la fuente más fiable sobre esta época andalusí para los historiadores árabes posteriores. Muchos detalles confirman que Ibn Hayyân consultó obras cristianas, como los datos de la población que las huestes de Almanzor atacaron antes de llegar a Santiago "cruzaron el río Ulla, junto al cual se sitúa otro de los santuarios de Jacobo (la crónica se refiere al primitivo santuario compostelano de Santa María de Iria, actual Padrón) y que sigue en importancia al que encierra su sepultura. Este santuario es muy venerado por la cristiandad, cuyos peregrinos acuden a visitarlo desde sus más apartados confines, desde el país de los coptos, la Nubia y otras; las huestes musulmanas la arrasaron antes de dirigirse a la desdichada ciudad de Santiago..."

El ataque de Almanzor contra Santiago de Compostela (julio-octubre del año 997) constituyó la algarada cuadragésimo octava del total de las 56 campañas de Almanzor, chambelán de la corte del Califa omeya Hisam II, contra las tierras cristianas durante los veinticinco años en los que asumió la jefatura militar en Córdoba. Fue, por tanto, una aceifa más de las emprendidas por el caudillo andalusí para imponer la autoridad de Córdoba sobre los reyes cristianos y cobrar tributos.

Cuenta Ibn Idari que cuando llegaron los musulmanes a la ciudad del Santo, la encontraron totalmente desierta; sólo estaba sentado, al lado del sepulcro, un viejo monje que, según dijo al jefe andalusí, estaba "haciendo compañía a Jacobo". Después de saquear la urbe y obtener un sustancioso botín, los musulmanes, por orden de Almanzor, destruyeron la ciudad, sus murallas, sus edificios y su iglesia. Sólo fue respetado aquel viejo monje y el sepulcro del Santo, ante el cual puso guardias Almanzor. Crónicas posteriores añadieron más detalles de esta victoria legendaria; Abu Zayd Ibn Haldun, historiador tunecino del siglo XIV, refirió en su *Historia de los Beréberes*, que Almanzor mandó llevar las puertas de la ciudad, a hombros de cristianos, hasta Córdoba, donde fueron colocadas en el techo de la mezquita. Por su parte, el historiador Abu l-Abbas Ahmad al-Maqqari añadió en el siglo XVII que las campanas del templo de Santiago fueron colocadas en la mezquita como lámparas.

Los versos del poeta Ahmad b. Muhammad Ibn Darray al-Qastalli (Algarbe; m. 1030) cantaron este triunfo en tres famosos poemas que mostraban la tristeza de la ciudad y de su Santo por la derrota y la destrucción y animaban a Almanzor a extender los dominios cordobeses por el Norte de África y a que viajase a Arabia: "Ahora, que has acabado con los santos lugares de la Cristiandad, en Oriente los pueblos musulmanes están esperando que cumplas con la peregrinación a los santuarios del Islam, para rendirte su lealtad y obediencia." (trad. M.A. Makki)

Ibn Idari termina la primera parte introductoria de su crónica sobre la destrucción de Santiago: "Ningún otro rey musulmán antes de Almanzor había intentado conquistar esta ciudad, ni siquiera llegar hasta ella por su difícil acceso, su abrupto emplazamiento y su lejanía de las tierras musulmanas...". Y así debió ser, confirmándolo la ausencia de las menciones a la ciudad de Santiago y a su camino de peregrinación en las fuentes árabes, anteriores y posteriores a la de Ibn Idari.

## La ciudad de Santiago y su iglesia

Ante tal vacío, –habitual, por otro lado, en las obras de historiadores y cronistas musulmanes en lo que respecta a los países cristianos que les rodeaban, salvo cuando se trataba de enfrentamientos– cabe destacar una mención leve pero ilustrativa de la importancia que tenía la ciudad compostelana como meta de peregrinaciones. Se trata de la visita que hizo a la ciudad el poeta jienense Algazel (Yahya b. al-Hakam al-Bakri), como broche a su embajada –representando a Abd al-Rahman II– ante el rey de los normandos tras su invasión de la Península Ibérica en el año 844. Después de cumplir su misión, Algazel abandonó la corte normanda, acompañado por embajadores del rey, que llevaban una misiva al gobernador de la ciudad de Santiago y aprovechaban la ocasión para peregrinar a la tumba del Apóstol "[Algazel] colmado de honores, permaneció dos meses con aquellos magnates hasta que dieron fin a su peregrinación. De Santiago pasó a Castilla con los peregrinos que regresaban a esta región; de allí a Toledo, y por último a la corte de Abd al–Rahman, después de veinte meses de ausencia..." (Abu l-Hattab b. Dahya, siglo XIII).

Aparte de la visita de Algazel y de las crónicas relacionadas con la victoria de Almanzor, las fuentes históricas árabes apenas si mencionan al Apóstol y a su ciudad. Sin embargo, las obras de tipo enciclopédico–geográfico proporcionarán abundante información y demostrarán, de hecho, que tanto la peregrinación como el templo se restauraron a lo largo del siglo XI, poco después de la destrucción de Almanzor. El geógrafo andalusí, Ubayd Allah b. Abd al-Aziz al-Bakri (m. 1094) dice que Santiago está situada al Noroeste y es "la ciudad del templo de oro, a la cual acuden en la fiesta gentes de Francia, de Roma y de todas las regiones vecinas" (*Libro de los caminos y de los reinos*).

## Los geógrafos musulmanes

Casi un siglo más tarde, el célebre geógrafo ceutí Abu Abdallah Muhammad al-Idrisi (1100-1162), príncipe de la dinastía hammudí, descendiente de los emires de Málaga, que trabajó para el rey normando Rogerio II en Sicilia, escribió *Recreo de quien desea recorrer el mundo*, conocida también

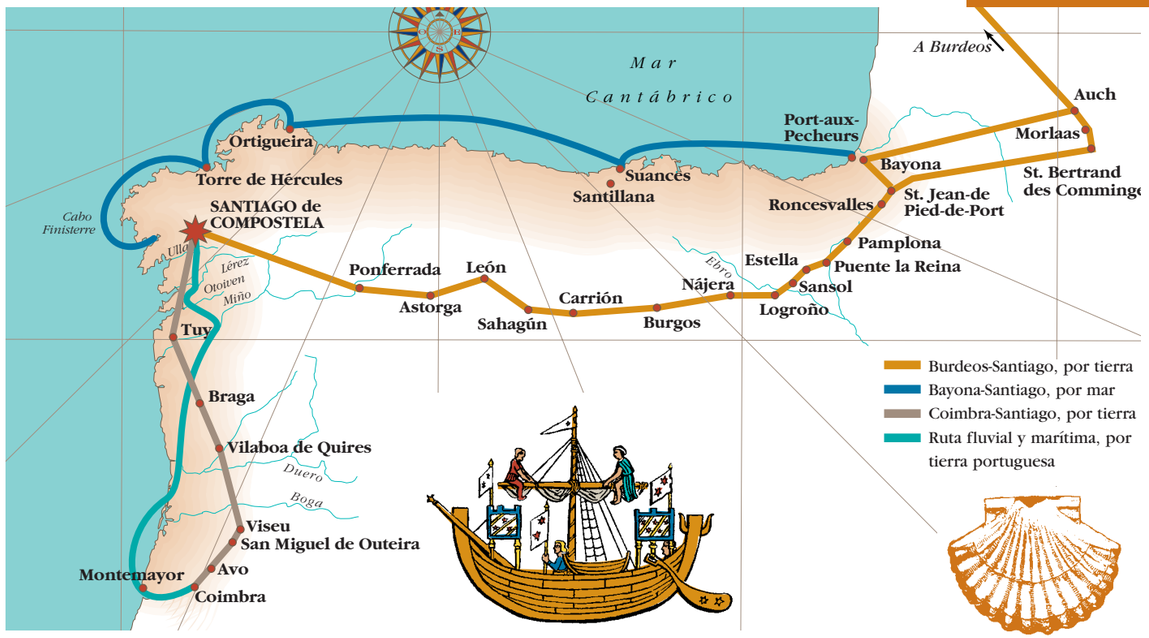
como *Libro de Rogerio*. En esta obra, concluida en 1154, Al-Idrisi dividió la tierra en diferentes regiones o climas, incluyendo Galicia, la ciudad del Apóstol y sus caminos en el quinto. En su descripción de la ciudad de Santiago, en cuyas inmediaciones hay "un gran puente de cinco arcos (en la actual Puentecesures), bajo el cual pasan los barcos sin abatir los palos, cerca de él está la fortaleza que lleva el nombre de *Unast*" (arabización de *Castellum Honesti*, actual Torres del Oeste); a unas seis millas de la fortaleza se eleva esplendorosa "la iglesia de Santiago, célebre por los peregrinos que la visitan. Los cristianos acuden a ella de todas partes y, exceptuando la iglesia de Jerusalén, no existe ninguna más imponente que ella. Por su belleza y grandiosidad en la edificación y por las riquezas que atesora, fruto de las generosísimas ofrendas y donaciones, sólo puede comparársele el Templo de la Resurrección (Santo Sepulcro). En ella se guarda gran cantidad de cruces labradas en oro y plata, engastadas con todo tipo de piedras preciosas, zafiros, esmeraldas... y que rebasan las trescientas piezas entre grandes y pequeñas. Se pueden contar hasta doscientas columnas recubiertas de ornamentación en oro y plata. Atienden al culto cien sacerdotes, sin contar los acólitos y otros servidores... Está rodeada por villas tan extensas y pobladas que parecen ciudades, en las que florece el comercio..."

**Europa y norte de Africa, con la Península Ibérica en primer plano, según detalle del planisferio de Al Idrisi, siglo XII. (I.H.A. de Cultura, Madrid).**

El historiador, geógrafo y poeta granadino Abu l-Hasan Ibn Said al-Magrebi (m. 1286) escribió que "la ciudad de Santiago, asentada en la parte N.O. de nuestra Península, no lejos del mar, y regada por muchos arroyos que bajan de una montaña situada en Oriente, alcanzaba gran consideración entre la cristiandad por encerrar el sepulcro del apóstol

**En ella se guarda gran cantidad de cruces labradas en oro y plata, engastadas con todo tipo de piedras preciosas, zafiros, esmeraldas... y que rebasan las trescientas piezas**






Arriba, **los caminos de Santiago según al-Idrisi, vistos sobre un mapa actual.** Abajo, **ataque árabe contra una fortaleza cristiana (miniatura de *Las Cantigas*, Biblioteca de El Escorial, foto Edilán).**

Santiago" (*Libro de la extensión de la tierra en su longitud y latitud*, trad. J. F. Simonet).

El geógrafo magrebí Ibn Abd al-Mun'im al-Himyari (m. 1461), corrobora, también, el prestigio que tenía Santiago para los cristianos y recalca la íntima relación que guardaban, para los musulmanes, el nombre de Almanzor y el de Santiago: "San Jacobo: Iglesia de gran importancia para los cristianos, situada en la frontera con Mérida; fue erigida sobre el cuerpo del Apóstol Jacobo, que dicen fue muerto en Jerusalén y lo llevaron sus discípulos en barca a través del Mar de Siria y luego del Océano Atlántico hasta llegar el lugar donde fue levantada la iglesia que tomó su nombre. A ella acuden desde Francia, Roma y Constantinopla en un día señalado que es la fiesta del Santo. Almanzor atacó San Jacobo en el año 387Hg; mató y capturó a muchos de sus habitantes; destruyó y quemó sus pueblos y sus murallas..." (diccionario geográfico: *El libro del jardín perfumado relativo a las noticias de los países*).

## El Camino visto por un musulmán

Aunque el número de obras de carácter geográfico, en lengua árabe, que tratan de la ciudad de Santiago y de su bella y famosa iglesia es relativamente numeroso, el camino de la peregrinación apenas si merece la atención de los autores musulmanes. La gran excepción es al-Idrisi, cuya abundante información, riqueza de detalles e intuición científica (dividió la Península Ibérica según los accidentes orográficos) compensa con creces el general silencio de las restantes fuentes árabes y demuestra que en la primera mitad del siglo XII los caminos santiagueños estaban perfectamente delimitados y concurridos (*Recreo de quien desea recorrer el mundo*).

Las incongruencias, dudas, repeticiones e imprecisiones que se puedan detectar, sobre todo en lo referente a las distancias entre localidades, se deben a la extensión geográfica abarcada por la obra -ya que al-Idrisi no pudo visitar personalmente todos los lugares aludidos-, y a que del libro sólo ha llegado hasta hoy el primer borrador. Al-Idrisi contó con varias fuente de información: geógrafos clásicos, como Tolomeo y Orosio, y sus predecesores árabes, principalmente al-Mas'udi, al-Razi e Ibn Hawqal, todos del siglo X (como probó César Dubler: *Los caminos a Compostela en la obra de Idrisi*). Al Idrisi obtuvo muchos datos de fuentes orales y por los detalles y los pormenores fonéticos, Dubler pudo probar que algunos de sus informadores pudieron ser navegantes galaicoportugueses, musulmanes de la comarca cristiano-islámica de

# Los recorridos de al-Idrisi

**Camino marítimo-fluvial Coimbra-Santiago** Se embarcaba en Coimbra, en el río Mondego, hasta Montemayor desde donde se sigue la travesía hasta el río Boga, principio de las tierras portuguesas para entrar en el río Duero; entre este punto y Zamora, hay 60 millas (en realidad son unos 300 kms.); se pasa entonces al río Miño, luego al río Otaiven para pasar luego por las islas Cíes hasta el río Lérez y desde allí a la isla Ons. Desde la desembocadura del Lérez se va hasta el río Ferraría para pasar luego al río de Santiago y de allí a la desembocadura del río Ulla, sobre el cual cruza un puente -el de Cesures- donde hay que desembarcar porque desde la fortaleza que está en su extremo a Santiago hay aproximadamente 6 millas (de hecho, 20 kms.).

**Camino marítimo Santiago-Bayona** (Francia). Desde la iglesia de Santiago se toma la ría de Tamarco hasta Finisterre, luego al Agua Roja (ría de Noya, en la desemboca del Tambre) y de allí al Puente de Ceso, hasta llegar a la Torre de Hércules y de allí a la ría de Ortigueira y a la población de Santa Marta de Ortigueira. En el segundo tramo del itinerario hay que recorrer el Golfo de Vizcaya en el que, por la fuerza del viento, las travesías suelen ser bastante rápidas (aquí se observan bastantes imprecisiones debidas, según Dubler, al afán de al-Idrisi y sus colaboradores de ajustar todas las informaciones proporcionadas por las fuentes orales a los mapas); desde Ortigueira hay que llegar a Santillana del Mar o, probablemente, al estuario del río Saja, es decir, al actual Suances. El tercer trayecto lleva desde este punto hasta Bayona; el viajero navegará por el Cantábrico hasta alcanzar el río Orobide, afluente del Nivelle, donde está el monasterio de San Salvador de Urdax y desde allí al Cabo Pesquer, que es el Port-aux-Pêcheurs, al abrigo de la punta de Biarritz y al lado de la misma ciudad de Bayona.

**Peregrinos a Santiago por mar, salvados de una tempestad por mediación de la Virgen María (Miniatura de *Las Cantigas*, Biblioteca de El Escorial, foto Edilán).**

**Camino terrestre Coimbra–Santiago en ocho jornadas.** De Coimbra se sale hacia Avo, sobre el río Alva, afluente del Mondego en una jornada. De este pueblo hasta San Miguel do Outeira, cerca de Viseu, hay otra jornada de viaje y luego otra más hasta la frontera de Portugal y otro día a través de estas tierras hasta llegar a Vilaboa de Quires, a 4 kms. de la confluencia del Duero y el Tamega; desde este último pueblo hasta Braga hay dos jornadas. De Braga hasta Tuy hay dos jornadas más y desde Tuy hasta Santiago hay una jornada (este último dato es otra de las imprecisiones ya, que de hecho hay 107 kms. entre ambas ciudades).

**Camino León-Santiago-Bayona.** Por último, al-Idrisi recoge el camino francés que principia en León, yendo primero hacia Occidente hasta llegar a Santiago y desde allí a Oriente hasta Francia. Si el peregrino inicia el recorrido trazado por el al-Idrisi en Santiago sus indicaciones le llevan a Ponferrada y luego a Astorga. Una jornada después está León y a otra más tarde, Sahagún. Luego hay que llegar a Carrión, más tarde a Burgos y así a Nájera, Estella y Logroño pasando por la localidad de Sansol. Después de Estella hay que llegar a Puente la Reina, Pamplona y los Pirineos, que se cruzarán por Roncesvalles. Allende los Pirineos, hay que cruzar Saint-Jean-de-Pied-de-Port, Saint-Bertrand-de-Comminges, luego Morlaas y Auch. Desde esta población hasta Bayona hay 90 millas y a Burdeos 70 millas... y siguen las indicaciones para enlazar con otras ciudades de Francia.

---

Coimbra, gascones nativos de Bayona y castellanos conocedores del *Codex Calixtinus*.

Cuatro son los caminos de los peregrinos a Santiago según al-Idrisi, que sorprende al lector por la amplitud y precisión de sus datos viajeros, muchos de los cuales no han conservado las propias fuentes cristianas y registró, al lado de las vías principales, cuidadas por las autoridades, modestos senderos regionales, indicados por sus eventuales informadores.

El primer camino es el marítimo-fluvial, que va desde Coimbra a Santiago. El relato ofrece abundante información sobre flujo y reflujo de las mareas, navegabilidad de las desembocaduras fluviales, configuración de islas y pormenores costeros.

El segundo camino es el que parte de Santiago hasta Bayona por mar. Se compone de tres tramos: Santiago-Santa Marta de Ortigueira; desde Ortigueira (La Coruña) hasta Santillana del Mar (Cantabria); desde allí hasta Bayona, en el Sur de Francia.

Observa Dubler que, según los datos de al-Idrisi, al hacer la suma total de las distancias recorridas desde Ortigueira hasta Bayona, se contabilizan 215 millas, o sea unos 430 kms.(dos kilómetros por milla, según era común en la época) cuando en realidad son unos 650 kms., lo que muestra la deficiente información de al-Idrisi al respecto.

El tercer camino es el terrestre que une Coimbra con Santiago y que, según el geógrafo, podría recorrerse en ocho jornadas, que parece mucho andar porque ese camino superaría los trescientos kilómetros –y más con las curvas que antes trazaban para evitar cumbres y quebradas– por lo que se recomendaría hacerlo como mínimo en diez días

Por último, al-Idrisi recoge el Camino Francés que principia en León, yendo primero hacia Occidente hasta llegar a Santiago y desde allí a Oriente hasta Francia. Ahora bien, si el peregrino iniciase el recorrido trazado por el al-Idrisi en Santiago sus indicaciones le llevarían a Ponferrada y luego a Astorga. Una jornada después está León y a otra más tarde, Sahagún... Y, así, seguiría el Camino Francés de retorno: Carrión, Burgos, Nájera, Logroño, Estella, Puente la Reina, Pamplona y Roncesvalles... Realmente, unos veinte días de buen andar. Tras los Pirineos, hay que cruzar Saint-Jean-de-Pied-de-Port, Saint-Bertrand-de-Comminges, luego Morlaas y Auch. Desde esta población hasta Bayona hay 90 millas y a Burdeos 70 millas... Es decir, según al-Idrisi, en las condiciones climatológicas más favorables, con escaso equipaje y pies ligeros se iba desde Santiago a Burdeos en un mes.

Debe observarse, para finalizar, que ningún otro autor musulmán se detuvo tanto como él en este recorrido.

(*) Salvo cuando se indica otra cosa, las traducciones son de la autora del artículo.

# Devoción británica

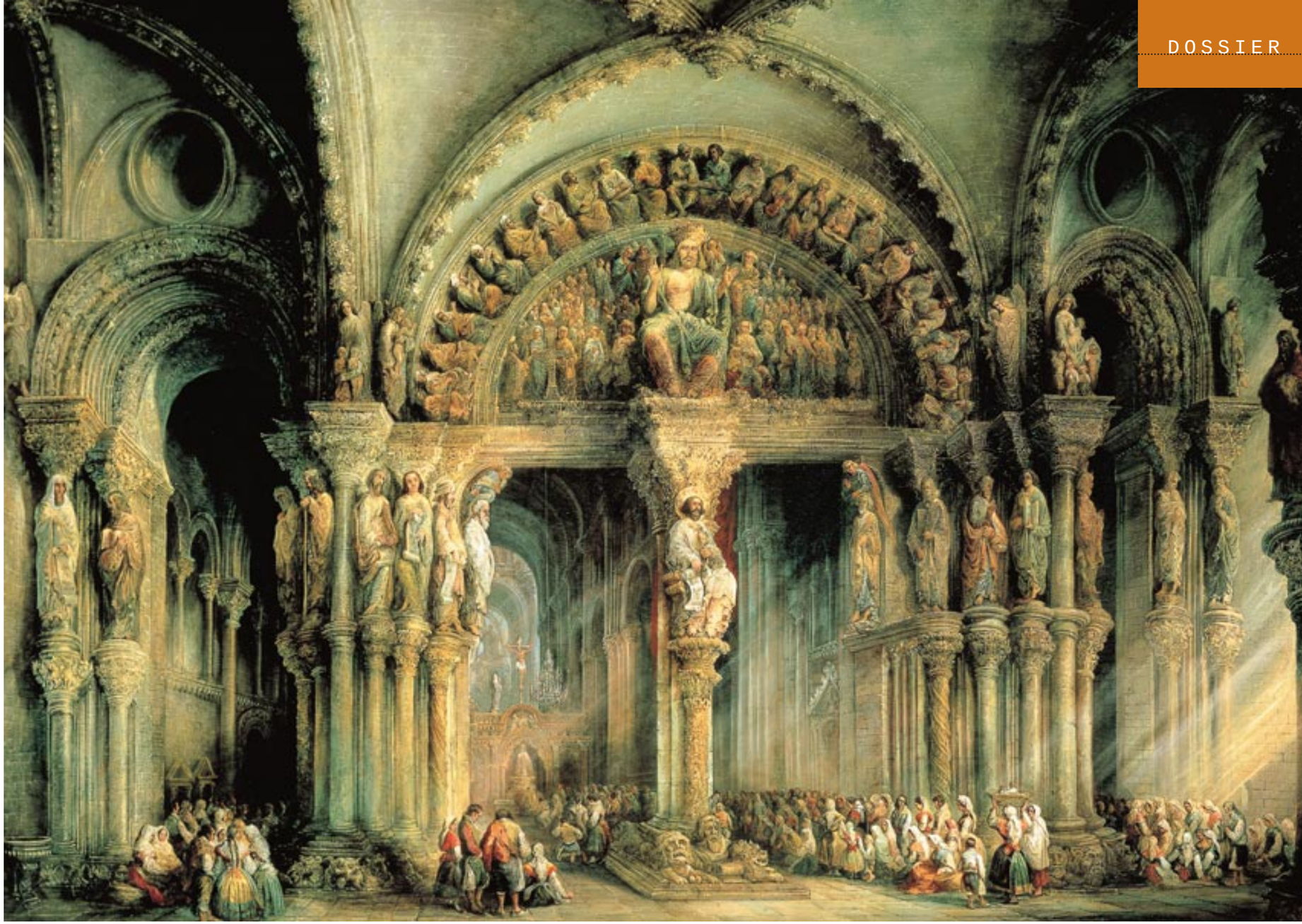
## La peregrinación más célebre del siglo XII fue la de la emperatriz Matilde, que con gran pompa y acompañamiento de damas y caballeros arribó a Compostela en 1125

**Mariano González-Arnao**
*Historiador*

SOBRE EL TODAVÍA TAN DEBATIDO ENIGma de la veracidad de la predicación del apóstol Santiago en España, quizá el más antiguo documento que se conserva es curiosamente el testimonio, de mediados del siglo VIII, del clérigo y hombre de letras inglés san Adelmo, obispo de Sherbone, hijo de Kentred, rey de los sajones. En su libro *De Aris Create Marie et Apostolis dedicatis,* incluye la estrofa: *Iacobus primus Hispanas convertit dogmate gentes.* Otro inglés, Beda el Venerable, nacido en 637, confirma la misma creencia y hay que tener en cuenta que estas afirmaciones se proclamaban cuando todavía no se había descubierto en Galicia el supuesto sepulcro del Apóstol.

Pero la *invención* o descubrimiento del mencionado sepulcro en tierras gallegas no supuso el arranque de una relación entre ingleses y gallegos; entre británicos e hispanos. Mucho antes del siglo IX existieron estrechos contactos entre los habitantes de las Islas Británicas y los –en expresión del historiador Matthew Arnold– *morenos ibéricos*. El profesor G. M. Trevelyan llega a afirmar que "en la actualidad no existen ingleses por cuyas venas no corra alguna porción de sangre ibera..."

Muchas de las mejoras que, en aquellos siglos, experimentaron los ingleses en los sectores de la agricultura y del tratamiento de los metales se las debieron a los iberos y fueron nuestros antepasados quienes enseñaron a los isleños a construir naves largas y galeras de guerra. Esta relación se incrementó sensiblemente durante la existencia del Imperio Romano.



**La emperatriz Matilde (miniatura del siglo XII, Museos Vaticanos),** arriba. ***Interior de la catedral de Santiago y el Pórtico de la Gloria*** **(por Pérez Villamil, siglo XIX, Palacio de la Moncloa, Madrid),** derecha.

No debe olvidarse la participación de las legiones hispanas en la conquista de Inglaterra por Roma. La *Legio IX Hispana*, la *Legio Hispanorum Equitata,* la *Legio II Hispanorum* y muchas otras combatieron a las órdenes del emperador Claudio y, posteriormente, a las de Adriano, otro hispano nacido en Itálica. Muchos de aquellos legionarios se establecieron en Inglaterra, en los castros o campamentos militares –de ahí el sufijo inglés *chester*– y fundaron familias hispanoinglesas. El descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago fue, de esta forma, un atractivo más que intensificaría la conexión hispano-británica.

### Un intento de anexión

Existe constatación de que muchos peregrinos ingleses que, en los siglos X y XI, acudían a Roma –incluyendo a reyes y reinas– a su ida o regreso por vía marítima se detenían en algún puerto gallego para luego, en Compostela, venerar al santo Apóstol. Está confirmado el hecho de que la reina Emma, esposa de Canuto, rey de Inglaterra y Dinamarca, al retornar de su peregrinación a Roma, entre los años 1026 y 1027, desembarcó en La Coruña para postrarse en Compostela ante el sepulcro de Santiago.

La conquista de Inglaterra en 1066 por Guillermo, duque de Normandía, fue seguida por la pacífica y benefactora invasión de los monjes negros de Cluny, patrocinadores del culto a Santiago y de los caminos que conducían a Compostela. Esta influencia santiaguista de los monjes de Cluny , que pretendían la unión de los pueblos cristianos, tendría muy positivas repercusiones en Inglaterra,

acentuando el interés de sus pobladores por Santiago e Hispania, incluso en algunas ocasiones expresado de forma agresiva.

Guillermo el Conquistador, ya ocupada Inglaterra y dolido por no haber conseguido casarse con una de las hijas de Alfonso VI de Castilla, conspiró con el obispo Diego Peláez para ocupar Galicia y apoderarse del sepulcro del Apóstol; deseo que no pudo cumplir debido a su repentina muerte en el año 1087.

## Reyes y peregrinos de a pie

El primer peregrino inglés del que se tiene noticia fue un tal Ansgot, del condado de Lincoln, que llegó a Compostela hacia 1110. Pero sin duda la más célebre de las peregrinaciones del siglo XII debió ser la de la emperatriz Matilde –hija de Enrique I de Inglaterra y viuda del emperador romano-germánico Enrique V– quien, con gran pompa y acompañamiento de damas y caballeros arribó a Compostela en 1125.

Representación de Ricardo I de Inglaterra como cruzado (azulejo del siglo XIII, Chertsey Abbey, Surrey).

Tan agradecidos le quedaron los compostelanos por la propaganda que todo ello significaba que sus prelados le regalaron una de las manos del Patrón. Hasta las destrucciones de la Reforma del siglo XVI, la mano fue venerada en la gran abadía de Reading. Tras una larga serie de complejas vicisitudes, hoy día, una supuesta *mano de Santiago* se conserva en el pueblo de Marlow, a orillas del río Támesis.

Más de una expedición cruzada procedente del Norte arribó a Galicia, antes de dirigirse a Tierra Santa y se detuvo allí para rogar la protección del Apóstol. En 1107 lo hizo el príncipe Sigurd –con sesenta embarcaciones y cuatro mil hombres– desembarcó a este fin en La Coruña y, en 1147, fueron las naves del almirante Simon de Dover las que atracaron con la misma idea en Vivero. Posteriormente, estos cruzados lucharían a favor de Afonso Enriques, primer rey de Portugal, contra los musulmanes. En 1189, una flota inglesa que intentó fondear en el puerto coruñés fue rudamente rechazada al sospecharse "que la intención de aquellos visitantes era robar la cabeza de Santiago".

El *Codex Calixtinus* alude, entre los peregrinos, a "los irlandeses, escoceses, los del País de Gales, los anglos, los de Cornualles". Aquellos países tenían sus propios santuarios, pero el compostelano jamás fue superado en popularidad y devoción por ningún otro propio.

Desde mediados del siglo XII, con la imposición sobre suelo francés del poder de los Plantagenet ingleses, quedaron definitivamente establecidas las rutas terrestres y marítimas a Compostela. Durante más de doscientos cincuenta años, los peregrinos ingleses pudieron cruzar toda Francia, desde Normandía hasta Guipúzcoa, caminando por territorio inglés.

## Rutas para elegir

Los peregrinos podían embarcar en Dover o cualquier otro puerto de su costa sur y, tras desembarcar en Normandía, alcanzar en París la *Via Turonensis* hasta entrar en España por Roncesvalles y seguir luego el Camino Francés. Otra alternativa era, desde Southamptom u otros puertos del sureste, dirigirse a Burdeos o Bayona y allí tomar la citada *Via Turonensis* o, para evitar los Pirineos, atravesar Guipúzcoa y Álava y alcanzar en Burgos la gran Ruta.

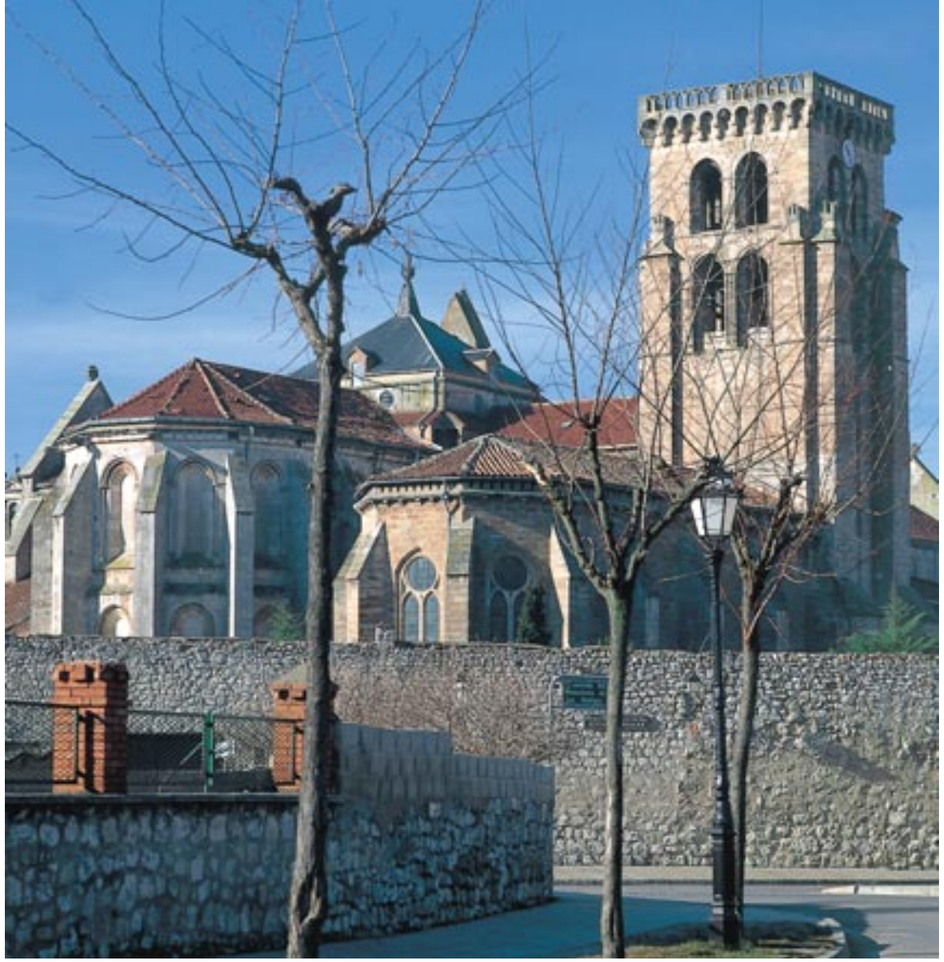
Otra ruta, básicamente marítima, comunicaba directamente el sur de Inglaterra y Gales con La Coruña y otros puertos gallegos. Esta travesía duraba entre cuatro y seis días y, aunque en aquel tiempo el viaje suponía soportar la violencia del mar, la piratería y toda clase de incomodidades, muchos la preferían porque reducía notablemente la durante del viaje y su mismo precio.

Todas las dinastías reinantes en Inglaterra mostraron una gran devoción por Santiago, pero fueron los Plantagenet quienes con mayor vehemencia buscaron su protección, en lo que no faltaban los intereses políticos y económicos. Enrique II, el primer rey Plantagenet, solicitó en 1172 de Fernando II de León –el "rey de Santiago", como le llamaban los ingleses al considerar el santuario como lo más importante de su reino– un salvoconducto para desplazarse a Galicia. Pero por razones de Estado no podría cumplir su deseo.

Parece que la principal razón del matrimonio –en 1191– del legendario hijo de Enrique II y su sucesor al trono, Ricardo Corazón de León, con la infanta Berenguela de Navarra fue, a través de esta alianza, asegurar la protección a los peregrinos ingleses a su paso por tierras de Gascuña.

En el año 1170 contraen matrimonio, en Tarazona, el rey Alfonso VIII el Noble con la princesa Leonor, hija de Enrique II Plantagenet. A doña Leonor, reina ya de Castilla, se debe la fundación del burgalés Hospital del Rey y, en 1180, la del monasterio de Las Huelgas, uno de los más emblemáticos del Camino. El prestigio de las religiosas que lo habitaban llegaría a ser tal que, ya en el siglo XVII, el cardenal Aldobrandini afirmaba "que si el Papa hubiera de casarse no tendría esposa más digna que la abadesa de Las Huelgas".

**Todas las dinastías reinantes en Inglaterra mostraron una gran devoción por Santiago, pero fueron los Plantagenet quienes con mayor vehemencia buscaron su protección, en lo que no faltaban motivos políticos**



Vista exterior de la iglesia del monasterio de las Huelgas Reales de Burgos.

## Cronicones, esforzados nobles y guerras civiles

Las crónicas escocesas del siglo XIV participan que, antes de morir, el valiente rey Roberto I congregó a sus caballeros y les manifestó su deseo de que, una vez muerto, sacaran de su pecho el corazón y lo llevaran a Tierra Santa o a España. Walter Scott, en su *Historia de Escocia*, recuerda que el caballero elegido para llevar a cabo esta misión fue el bravo lord James Douglas quien en 1330, con 200 escoceses, marchó a Compostela. Y, al postrarse ante la imagen del Apóstol depositó el estuche que contenía el corazón de su rey.

En 1343, otros dos caballeros ingleses, los condes de Salisbury y Derby–llamados en las crónicas castellanas Solusbre y Arby– después de orar ante el sepulcro del Apóstol acudieron con 300 infantes a Andalucía para cooperar con las fuerzas de Alfonso XI de Castilla en el cerco de Algeciras.

También el santuario compostelano estuvo presente en el siglo XIV, durante los posteriores y complejos episodios de la guerra civil castellana entre Pedro I y su hermanastro, Enrique de Trastámara, en los que tan destacado papel tuvieron los contingentes ingleses al mando del Príncipe Negro.

El apoyo inglés al rey Pedro se materializaría en el enlace entre la infanta Constanza, su hija, y Juan de Gante, duque de Lancaster y hermano menor del Príncipe Negro, heredero de la corona. Lancaster, al considerar que el vencedor Trastámara era un ilegal bastardo, se alzó con la bandera de la legitimidad que le otorgaba su matrimonio y pretendió la corona de Castilla. En julio de 1386 desembarcó con siete mil infantes en La Coruña y su primer acto fue arrodillarse, junto con su esposa e hijas, ante el sepulcro del Apóstol. Pero la aventura gallega de Lancaster no duraría mucho y los inmediatos reveses bélicos que sufrió le obligaron a retirar sus pretensiones.

Los bruscos cambios de la política y las guerras dificultaban lógicamente, aunque nunca del todo, el tránsito de los peregrinos. En este sentido, la Guerra de los Cien Años (1337-1453) entre Inglaterra y Francia incidió notablemente en las peregrinaciones inglesas que en aquellos siglos llegaban mayoritariamente a Galicia por mar. Sería en el siglo XIV cuando comenzaran a exigirse licencias y permisos para los desplazamientos a Compostela.

Hasta ahora nos hemos referido a peregrinos destacados por su importancia histórica. Pero, naturalmente, hubo millares de ellos que, por mar y tierra, llegaron a Compostela, sobre todo en los siglos XIV y XV, cuando la afluencia de visitantes ingleses alcanzó su máxima cota. De entre estos peregrinos modestos, podría destacarse aquel párroco de Chichester que, según las crónicas, "había adquirido la costumbre de fornicar con varias mujeres". Enterado de esto, el arzobispo de Canterbury, tras tomarle confesión, le impuso la penitencia: el primer año, peregrinar a Compostela; el segundo, a Roma y el tercero, a la alemana Colonia. Se ignora si con tales peregrinaciones el cura consiguió finalmente vencer su inclinación.

## Comentaristas y descriptores

Tras el matrimonio del infante castellano Enrique con Catalina de Lancaster –hija de aquel frustrado pretendiente inglés al trono castellano– el siglo XV se caracterizó por la venida a Compostela de una mayor número de grandes señores ingleses. Uno de ellos fue Anthony Woodville, conde de Ri-

vers, cuñado de Eduardo IV de York, hombre de letras y gran soldado que, en el verano de 1473, embarcó con su esposa. Rivers consiguió todos los perdones e indulgencias solicitadas, pero su estancia en Compostela se vio entristecida por la muerte de la condesa. Él mismo comprobaría en su propia carne el escaso efecto práctico de tales bendiciones, ya que ocho años más tarde sería decapitado por orden de su rey Ricardo III, el más siniestro monarca de la dinastía de los Plantagenet.

Otros peregrinos del siglo XV tienen su importancia porque dejaron breves guías y diarios de su experiencia peregrina. *Master* William Wey, profesor cofundador del célebre Colegio de Eton, embarcó en Plymouth en 1457 y, tras arribar a La Coruña, llegó a Compostela donde residió durante dos semanas. En su libro *Mis Itinerarios*, da interesantes noticias sobre los reinos peninsulares y se fija con admiración en la liturgia y administración del arzobispado compostelano. Al reembarcar en La Coruña, Wey comenta que de los ochenta barcos fondeados en su puerto, más de treinta eran ingleses, lo que indica el gran volumen de tráfico existente entre Inglaterra y Galicia.

El anónimo viajero de la guía publicada por Samuel Purchass, en 1625, peregrinó a Compostela hacia 1435. Tras desembarcar en Normandía, siguió la *Turonensis* pero, al llegar a León, como muchos otros, se desvió a Oviedo para orar ante las reliquias conservadas en la Cámara Santa de su catedral. Este peregrino no regresó directamente a Inglaterra, sino que continuó por media España, Francia e Italia y posteriormente embarcó en Nápoles hacia Tierra Santa.

**Cuerpo central de la fachada del *Obradoiro*, de la catedral de Santiago de Compostela;** arriba derecha, **portal norte de la iglesia de Santiago de Noya, La Coruña. Santiago peregrino en la *Puerta Santa* de la misma catedral,** abajo. derecha.

## Nuevos tiempos, viejos usos

Ya entrado el siglo XVI, entre otros muchos debe ser destacado el ilustre prelado Robert Langton que, en 1511 y cruzando Francia por la *Via Turonensis,* arribó a Compostela. En su diario indica que también desde León se desplazó a Oviedo, donde contempló en la Cámara Santa "las vasijas en las que se cambió el agua por vino en las bodas de Caná." Andrew Boorde, ex cartujo y médico, autor de otra conocida guía, estuvo dos veces en Compostela, en 1532 y 1534. No obstante, fue un peregrino escéptico y muy crítico; influido por la corriente erasmista y la Reforma, aseguró que en Compostela no había ni un solo hueso de Santiago.

Y en el siglo XVI no puede dejar de ser mencionada otra española reina de Inglaterra, la infanta Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos que, antes de embarcar para casarse con Arturo, príncipe de Gales, solicitó en Compostela la protección del Apóstol. Por cierto que, en aquel día de 1501, el *Botafumeiro* que cuelga de las bóvedas de la catedral se soltó y salió disparado por una puerta del crucero derramando brasas sin, afortunadamente, causar víctimas. Otro rey consorte de Inglaterra, el futuro Felipe II de España, pasó también por Compostela en 1554, cuando se dirigía a Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María Tudor.

**La Reforma y las luchas políticas y religiosas que se produjeron a partir de mediados del siglo XVI redujeron sensiblemente el flujo de peregrinos ingleses a Compostela**

La Reforma y las luchas políticas y religiosas que se produjeron a partir de mediados del siglo XVI redujeron sensiblemente el flujo de peregrinos ingleses a Compostela. Dentro de estos contingentes debe citarse a los seminaristas ingleses del Colegio de San Albano de Valladolid, muchos de los cuales fueron martirizados al regresar clandestinamente a su patria.

A principios del siglo XVIII, exactamente en 1719, llegó a Compostela, para recibir la ayuda del Apóstol y de España, Jacobo III Estuardo de Inglaterra y VIII de Escocia. En esos días, este legítimo rey inglés, que no pudo reinar por ser católico, se alojó en el monasterio de San Martín Pinario y su presencia coincidió con el desembarco de 4.000 ingleses que saquearon Vigo. Pero afortunadamante, tampoco en esta ocasión –como había sucedido con el frustrado intento de Drake en 1589– los invasores llegaron a Compostela.

El culto a Santiago estuvo profundamente enraizado en la cultura anglosajona. El historiador inglés Langton muestra cómo centenares de escudos heráldicos de familias británicas exhiben la concha jacobea. En Londres se cita la Corte de Saint James –de Santiago– porque el monarca inglés instaló su residencia, hace ya quinientos años, en un edificio que había sido hospital de peregrinos jacobeos. Junto a esto, el escudo del distrito londinense de Holborn luce, no una, sino tres vieiras compostelanas en su parte superior. Y, por último, debe mencionarse el curioso e ilustrativo hecho de que el gran Albert and Victoria Museum es el único en el mundo que posee una reproducción a tamaño natural del incomparable *Pórtico de la Gloria* compostelano, obra cumbre del arte Románico.

# Misericordias

**Los hospitales no eran instituciones asistenciales destinadas a toda la población, sino centros para ejercer las obras de misericordia con los necesitados y en la Ruta compostelana, con los peregrinos**

**María Luz López Terrada**
*Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia Universidad de Valencia-C.S.I.C.*

**San Jerónimo cura al león ante sus monjes, un trasunto de la caridad cristiana para con los peregrinos (relieve del retablo de San Nicolás de Bari, en el monasterio-hospital de San Juan de Ortega, Burgos).**

AL HABLAR DE LOS HOSPITALES PARA peregrinos que había a lo largo del Camino de Santiago, hay que tener presente que, excepto por ser lugares donde se acogía a personas necesitadas, estas instituciones poco o nada tuvieron que ver con lo que para una persona de finales del siglo XX es un hospital.

A diferencia de lo que propugnan otras religiones, para el pensamiento cristiano, la enfermedad no es una consecuencia del pecado; por ello, a principios de la Edad Media, el enfermo fue considerado como un miembro de la comunidad con el que se podía ejercer de modo especial la caridad. Esto dio sentido a la asistencia médica desinteresada e, incluso, a la asistencia con peligro de la propia vida, lo que condujo, entre otras cosas, a la creación del hospital como institución específica. Los hospitales surgidos en toda la Europa medieval a partir de esta mentalidad no fueron instituciones asistenciales destinadas a toda la población, sino centros de acogida para desvalidos y enfermos, con los que ejercer la caridad cristiana.

## Obras de misericordia para peregrinos

Éstas son las instituciones que jalonaron el Camino de Santiago hasta bien entrada la Edad Moderna. Su principal característica era que se trataba de hospicios y hospitales a un mismo tiempo, donde se daba alojamiento gratuito a los peregrinos, se les proporcionaba alimento y cama, y en algunos casos, las medicinas y los cuidados médicos necesarios para sus heridas y enfermedades. Hay que tener en cuenta que, detrás de la fundación de estos centros, y esto es válido para todo el sistema hospitalario medieval, no había una idea colectiva de salud pública, sino que respondían a obras de misericordia, realizadas con carácter individual y voluntario para ganar mérito a los ojos de Dios.

Por ello, "ni el viajero ni sus hospitalarios son capaces de entender la atención dispensada al ne-

**Vista aérea del conjunto monástico-hospitalario de San Juan de Ortega, fundación del propio santo en el siglo XII (Geo-Planeta).**

cesitado sin afrontarla desde esta doble perspectiva... lo espiritual y lo material se conjugan en un todo unitario, definitorio y característico de la atención hospitalaria en la ruta jacobea" (A. González Bueno). Así, en los hospitales que fueron surgiendo a lo largo del Camino se mantuvo la idea de ayudar, acoger y auxiliar al peregrino por caridad.

Además de estas cuestiones, detrás de la fundación de estos centros estuvo la necesidad real que de ellos había para realizar la peregrinación a Compostela. Afrontar el Camino tuvo un fuerte ingrediente de aventura pues, tal como señalan las distintas narraciones y guías de peregrinación, eran frecuentes tanto los ataques de salteadores y ladrones a los peregrinos para robarles, como los de animales, lobos y osos principalmente.

De hecho, Fernando el Católico dio una orden en 1478, en la que dispuso que se persiguiera con todo rigor a las personas que "prenden et roban, et manan, et fieren" a los peregrinos. También hay noticias de personas que fueron ajusticiadas por esta causa en distintas localidades del Camino. Por otro lado, como la larga ruta se hacía andando, los peregrinos debían sufrir las inclemencias del tiempo. De hecho, parece que en la Edad Media la mayor parte de peregrinos realizaba el viaje entre Pascua y San Miguel, y muy pocos se arriesgaban a hacerlo durante el invierno. Por ejemplo, el hospicio de Roncesvalles, que aún funciona como tal en la actualidad, fue fundado en 1132 por el obispo de Pamplona debido al elevado número de peregrinos que había muerto en la zona; unos, perdidos en las tormentas de nieve y otros, devorados por los lobos.

Por ello, los que hacían el Camino necesitaban lugares a lo largo de la ruta, no sólo para descansar y comer, sino también con frecuencia para ser atendidos de sus heridas y enfermedades. Era frecuente enfermar durante el viaje, pues había que soportar las fatigas e incomodidades inherentes a tan largo desplazamiento en condiciones adversas, por lo que los peregrinos estaban expuestos a todo tipo de dolencias, y necesitaban ser atendidos.

Abajo, **escudo de Navarra sobre la puerta del antiguo Hospital General de Pamplona, convertido hoy en Museo de Navarra.**

Izquierda, **peregrinos y trabajos del Camino en una plancha de cobre que recubre la puerta de acceso al Hospital del Rey, en Burgos, levantado por Alfonso VIII tras la batalla de Alarcos, 1195.** Derecha, **cruz de peregrinos en Roncesvalles, siglo XIV, cerca del Hospital, fundado por el obispo de Pamplona en 1127-1132.**

## Un santo sanador

Con mayor motivo, los numerosos peregrinos que iniciaban su viaje hasta Compostela para curarse de alguna enfermedad precisaban de lugares a lo largo de la ruta donde les proporcionasen cuidados médicos. El recurso a santos sanadores era habitual en la sociedad medieval y, para los peregrinos, el santo sanador por excelencia es Santiago.

Según el *Codex Calixtinus,* el Apóstol "devolvía la vista a los ciegos, el paso a los cojos, el oído a los sordos, el habla a los mudos, la vida a los muertos, curaba a las gentes de toda clase de enfermedades, curaba a las gentes para alabanza y gloria de Cristo". También recoge una larga lista de las enfermedades que curaba: "leprosos, frenéticos, nefríticos, maniáticos, sarnosos, paralíticos, artríticos, estomáticos, flemáticos, coléricos, posesos, extraviados, temblorosos, cefálgicos, hermieránicos, gotosos, estranguriosos, disuriosos, febricitantes, caniculosos, hepáticos, fistulosos, tísicos, disentéricos, mordidos por serpientes, ictéricos, lunáticos, estomáticos, reumáticos, dementes, enfermos de flujo, albuginosos y de muchas traidoras enfermedades".

Aún más, las propias conchas distintivas del peregrino *tenían* propiedades curativas. Crónicas y leyendas sobre las peregrinaciones están llenas de ejemplos de curaciones milagrosas atribuidas a Santiago y existen vestigios de este tipo de curaciones en distintos lugares a lo largo del Camino.

## Fundaciones muy diversas

Por estas razones, en todas las ciudades de la Ruta, e incluso en lugares aislados, existía una hospedería-hospital. Sin embargo, la creación de la red asistencial no fue efectiva hasta el establecimiento definitivo, en la segunda mitad del siglo XI, de la Ruta Jacobea. Hubo muchas formas y clases de centros, tanto por su tamaño como por el tipo de su fundación o el momento en que fueron construidos; por ello resulta imposible hacer una descripción única y válida para todos ellos.

En primer lugar, las fundaciones tuvieron orígenes muy diversos. Hubo hospitales monásticos, muchos vinculados a los cluniacenses, como el anejo al monasterio de Santa María de Nájera, donado por Alfonso VI en 1079 a Cluny, pero también hospitales directamente fundados por los monarcas, por cofradías de tipo gremial, por obispos o por personas particulares en legados testamentarios.

Según González Bueno, los reyes fueron los primeros en estar interesados en la creación de hospitales, "de dotar al camino de las infraestructuras

## Un hospital de cinco estrellas

Situado en un paso tan obligado como difícil, por la fatigosa soledad del recorrido y por las montañas y gargantas que lo envuelven, el hospital de Roncesvalles desempeña una función esencial para el peregrino que necesita cruzar el paso pirenaico. En su acta de fundación (1127 - 1132) se habla de "los muchos miles de peregrinos muertos, algunos asfixiados por las tormentas de nieve, muchos otros atacados y devorados vivos por los lobos".

El hospital, a pesar de estar situado entre montes a menudo nevados, envueltos en una densa niebla y sobre un terreno bastante pobre, logra desde el principio acoger y abastecer a los pobres, enfermos y peregrinos que se detienen ante su puerta. Dirigido por una comunidad de agustinos, la estructura se caracteriza por su amplitud y la cantidad de medios disponibles.

Ya en la misma puerta de entrada se encuentra un encargado que reparte pan a quien va de camino y lo pide. Al que entra, como primera medida se le lavan los pies y la cabeza, se le afeita, se le peina y se recomponen sus zapatos gastados. El lavado de pies del peregrino es fundamental para quien administra un hospital: recuerda simbólicamente a Jesucristo lavándoles los pies a los apóstoles y se considera un gesto de caridad y de humildad, además de como gesto de higiene para dar descanso a quien se ha tirado horas caminando. La alimentación que se suministra a los viajeros y peregrinos se compone normalmente de pan, legumbres, verduras e incluso fruta traída de muy lejos.

Además, el hospital se ocupa de los enfermos, facilitándoles una cama blanda y cómoda en recintos separados por sexos e iluminados de noche. Cuando muere algún peregrino, aquí recibe digna sepultura.

Pero más allá de los servicios que podríamos llamar materiales, prestados por caridad cristiana, los hospitales no suelen nunca descuidar el alma de quien se detiene en ellos. Pobres y peregrinos pueden disfrutar en la capilla del hospital o en una iglesia cercana de servicios religiosos y especialmente de la misa del domingo.

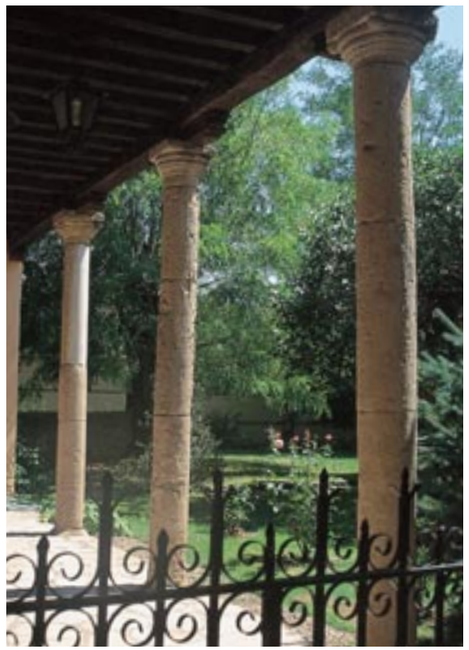
**En su mayoría eran hospitales de pequeño tamaño, simplemente un local donde se instalaban unas cuantas camas para peregrinos y enfermos**

necesarias", luego fueron los nobles, a imitación de los monarcas, los que fundaron y crearon núcleos asistenciales, siendo a partir del siglo XII cuando, a consecuencia del crecimiento urbano y el cambio de la estructura económica de la población, comenzaron a proliferar las fundaciones a cargo de cofradías y particulares de las ciudades por las que pasaba la ruta. Así, la Iglesia dejó de asumir en solitario las tareas asistenciales, y surgió un grupo social y unos poderes urbanos capaces de encargarse de los asuntos relativos a salud y beneficencia.

En la mayoría de los casos, en los documentos fundacionales se dejaba claro las razones por las que se creaba la institución y cuáles iban a ser sus funciones y finalidad. Por ejemplo, el Hospital de Nuestra Señora la Blanca en Puente de Villarente (León), fue fundado en 1539 por un canónigo de la catedral de León, Andrés Pérez de Capillos, en cuyo testamento dice: "Otrosí, por cuanto edifiqué el dicho Hospital de la Puente a mis propias espensas, por ber la gran necesidad que avía de él en aquel lugar donde se edificó por ser despoblado y estar en camino francés, y a causa del río que por allí pasa, que cuando creze impide el paso de los peregrinos y caminantes, y por no allar donde se acoger, rescivian muchas fatigas en sus personas y, a las bezes el peligro de las vidas".

Por todo ello, el canónigo dejó en su testamento bienes y rentas para el sostenimiento del centro por él fundado. Ésta fue la forma de financiación habitual de los hospitales del Camino, basada casi exclusivamente en las rentas de los bienes consignados en su fundación y en las limosnas recibidas, además de la protección, mediante diversos tipos de exenciones, por parte de las autoridades.

En general, puede afirmarse que los hospitales más grandes e importantes estaban en las ciudades, donde solía haber varios. Por ejemplo, Burgos llegó a contar en algunos momentos con más de treinta hospitales de diferentes características, situados en el interior de la ciudad y a las afueras. León, por su parte, disponía asimismo de varios hospitales, tanto en los arrabales como en el centro de la ciudad.



Abajo, izquierda, **hospital de peregrinos de Puente de Villarente, León.** Derecha, arriba, **fachada principal del Hospital de San Marcos, León.** Abajo, derecha, **un leproso y un inválido solicitan ayuda (miniatura del *Miroir Historial*, de Vincent de Beauvais).**

En Jaca, en el siglo XIV, había tres hospitales: el de San Andrés, extramuros, para peregrinos; el del Espíritu Santo, eclesiástico y el de San Juan Bautista, dependiente de las autoridades urbanas. Un ejemplo de hospital relativamente grande fue el fundado, a principios del siglo XII, en Sahagún, dependiente del Monasterio de San Facundo, de la orden de Cluny; tenía 70 camas y había dos monjes permanentemente dispuestos para hospedar y recibir a los peregrinos, darles de comer, hacerles las camas y curarles cuando estaban enfermos.

## Las estructuras básicas

Sin embargo, en su mayoría eran hospitales pequeños, donde se instalaban unas cuantas camas para peregrinos y enfermos. En Puentedeume había un hospital de peregrinos, creado por Enrique II a mediados del siglo XIV, que tenía sólo cuatro camas. Su función era atender a los peregrinos ingleses que desembarcaban en el puerto de El Ferrol o en zonas próximas. No era raro que varias personas ocupasen una misma cama para aprovechar el espacio de que se disponía, algo habitual en todos los centros hospitalarios europeos de la época. Por ejemplo, en un testamento de 1341, hay un legado para un hospital de Astorga, según el cual se manda que "se pongan y quatro lechos... para que cada día sean y albergados ocho pobres o más".

Casi todas estas instituciones solían tener una capilla si no estaban junto a un monasterio o ermita, y contaban con un cementerio propio, donde se enterraba a los peregrinos. El personal que trabajaba en estos hospitales varió, lógicamente, de un centro a otro. La mayoría solía tener únicamente un mayordomo y un hospitalero, que se ocupaba de todo, ayudado por unos serviciales. En otros casos eran los monjes de los monasterios los que atendían a los peregrinos. Muy pocos hospitales del Camino tuvieron personal médico fijo entre sus empleados, al menos antes del siglo XV.

Por ejemplo, el Hospital de Santa María la Real, en Burgos, fundado en 1341, no tuvo un médico hasta 1431 y, a partir de entonces, sólo de forma ocasional. En otros casos, se hacía cargo de los enfermos un cirujano, como ocurría en el Hospital de la Cofradía de San Féliz en Astorga cuando, en 1495, se contrató al Maestre Alfón para "curar los feridos que venyaren al dicho espital de çerurgya para toda su vida".

Es decir, muchas de estas instituciones se limitaban, pese a su nombre de Hospital, a dar alojamiento y comida a los peregrinos, siendo una función secundaria la atención estrictamente médica. Esto ocurrió incluso en fundaciones tardías, como el Hospital de Nuestra Señora la Blanca en Puente de Villarente, donde en 1539 se estableció: "y porque allí no se podrán curar los enfermos por no aber médico y los otros aparejos que son necesarios, mando que el dicho mayordomo compre un asno o una bestia, que esté diputada para el servizio de dicho hospital y para traer los enfermos que allí binieren y tuvieren nezesidad de ser curados con médico o zirujano, a esta ciudad, al Hospital de San Antonio o a otro ... donde sean curados ... y este cargo de llevarlos allí tenga el hospitalero".

## Caridad para pobres desvalidos y enfermos

"Tres columnas necesarias para sostener sus pobres instituyó el Señor en este mundo... Son estos hospitales, puestos en sitios adecuados, lugares santos, casas de Dios, reparación de los santos peregrinos, descanso de los necesitados, consuelo de los enfermos, salud de los muertos, protección de los vivos. Así pues, quienquiera que haya edificado estos lugares sacrosantos, sin duda alguna poseerá el reino de Dios"

(Aymerico Pycaud, *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus,* Trad. de A. Moralejo; C. Torres y J. Feo, Santiago de Compostela, 1951

## Lazaretos para leprosos y contagiosos

De acuerdo con esto, en muchos hospitales había normas estrictas acerca de que los acogidos no estuvieran allí más de dos o tres días, dada su función de dar hospedaje, no de curar. No obstante, esto variaba según la ubicación y disponibilidades del centro. Por ejemplo, el Hospital del Espíritu Santo y San Juan Bautista, de Jaca, acogía una media de 38 enfermos al año; los de la ciudad podían permanecer indefinidamente en el centro, pero los peregrinos, únicamente tres días.

También hubo centros dedicados exlusivamente al tratamiento de enfermos, como ocurrió con los lazaretos construidos a lo largo del Camino, donde se atendía a quienes padecían de lepra, enfermedad considerada muy contagiosa en la época. Muy similares fueron los hospitales dedicados al *ignis sacer* o *fuego de San Antonio*, enfermedad producida por comer centeno contaminado que, por los síntomas, se tenía por contagiosa. En ambos casos, se trataba de lugares para aislar a los enfermos.

Esta necesidad se tuvo presente también en la fundación de otros centros, como el Hospital de San Roque, en la ciudad de Santiago. Estaba destinado únicamente para "enfermos de bubas y otros males contagiosos", por considerar "que su necesidad es muy grande, porque entre los que vienen en romería a Santiago es frecuente que haya enfermos de dichos males que, de no hallar remedio y cura gratis, se morirían y echarían a perder y contaminarían a otras muchas personas".

Los hospitales estaban, pues, hechos para los pobres. Por esto, en el Camino, la estancia en los hospitales de peregrinos fue férreamente controlada. Así, Alfonso XI, en las Cortes de Burgos de 1315, prohibió que los nobles los usaran: "que non possasen los cavalleros en los ospitales, que fueron fechos para pobres et para los enfermos ca quando vienen y posan, echan los pobres fuera et mueren en las calles porque no han de entrar". Como un úl-

Izquierda, **escena de hospital medieval (miniatura del manuscrito De *Propietatibus rerum,* Fitzwilliam Museum, Cambridge).** Abajo, **botica de Santa María la Real de Nájera, actualmente en el Museo Cusí de Farmacia (El Masnou, Barcelona).** Derecha, **catedral de Santiago iluminada; en la plaza del Obradoiro, se halla el Hospital de los Reyes Católicos, la institución asistencial-sanitaria más grande y avanzada de su época.**

timo apunte sobre los enfermos, debe consignarse que los estatutos y constituciones de los hospitales solían obligar a la separación de los peregrinos de acuerdo con su sexo, algo bastante difícil de cumplir en los de pequeño tamaño.

La asistencia proporcionada en los hospitales del Camino se reducía normalmente a alojamiento y comida y, como hemos ido viendo, sólo en algunos casos se asistía al peregrino enfermo. Sin duda, la alimentación del peregrino fue una de las principales funciones de estos centros, puesto que muchas veces a lo largo del Camino encontraban dificultades para obtener alimentos. En muchos, sólo se les daba pan y vino, pero en otros, también verduras y carne o pescado. Por ejemplo, en el Hospital del Rey de Burgos, la ración alimenticia que recibían estaba compuesta por un par de panes, dos vasos de vino, potaje de legumbres y un trozo de carne de cordero, que era sustituida por pescado durante los días de abstinencia.

## El Gran Hospital Real de Santiago

Con todo lo dicho, se puede concluir que la función fundamental de los hospitales de la ruta era poner a los peregrinos en condiciones de continuar el viaje hasta llegar a Santiago. Aunque en la ciudad existían numerosos hospitales desde finales del siglo XI, en el otoño de 1486, los Reyes Católicos, en una visita a la ciudad, comprobaron que no había ninguno lo suficientemente preparado y capaz de acoger a todos los peregrinos que llegaban. Por ello, decidieron dotar y construir un gran hospital de patronato real, donde pudieran ser convenientemente asistidos. La etapa fundacional del Gran Hospital Real de Santiago culminó en 1509, cuando la reina Doña Juana ordenó "pasar a poner dentro en el dicho Hospital todos los enfermos que en él se hobieren de curar, así de los que hasta a-quí se curaban en las enfermerías fuera de la casa por no estar acabada, como todos los otros que aquí adelante se vinieren a curar al dicho hospital".

El edificio, construido por Enrique Egas y de típica construcción hospitalaria renacentista de planta cruciforme, no fue terminado definitivamente hasta muchos años después. Tenía cuadro grandes patios en su interior y dos pisos. En la planta baja se situaban las *peregrinerías*, donde se daba alojamiento y comida a los sanos, y en la planta alta estaban las distintas enfermerías. Había varias salas para hombres y una sola para mujeres, por ser mayor el número de varones que peregrinaba. Había enfermerías especiales "para personas principales a un mismo tiempo, y también salas especiales para personas de honra o nobles y sacerdotes" y para agonizantes. Era, pues, un hospital con gran capacidad, muchas dependencias y un funcionamiento complejo, muy diferente de los que se ocupaban de los peregrinos a lo largo de la ruta de peregrinación. Por ejemplo, tenía dos refectorios y dos cocinas, y hasta cuarenta habitaciones destinadas al personal del centro.

El gobierno del Hospital estaba en manos del Capellán Mayor, y bajo su autoridad se encontraban los capellanes y clérigos. Los demás empleados estaban a las órdenes del administrador. La organización administrativa fue muy compleja, entre otras razonas por la gran cantidad de personal con que contaba esta institución. El grupo más numeroso e importante estaba integrado por los eclesiásticos. Para atender a los enfermos había dos médicos, un cirujano y un boticario, un barbero-sangrador y varios enfermeros. Los médicos, uno de los cuáles residía en el Hospital y no podía asistir a enfermos de fuera de éste, visitaban las enfermerías dos veces al día, junto con el boticario y los enfermeros de las salas. Durante la visita debían "mirar las aguas de cada enfermo, y detenerse con cada uno algún espacio para informarse del largamente de todo lo necesario, y mire y tiente los pulsos, toque y tiente las partes del cuerpo que convenga, y catándole la lengua al que lo hubiere menester, haciéndosela limpiar, y para ello el administrador haga tener los instrumentos necesarios".

**Era un hospital con gran capacidad y muchas dependencias: tenía dos refectorios y dos cocinas, y hasta cuarenta habitaciones destinadas al personal del centro**

Para que los médicos y el resto del personal asistencial pudieran entenderse con los peregrinos extranjeros, actuaban como intérpretes los *capellanes de lenguas*. El Hospital también proporcionaba cierta atención médica a los habitantes de la ciudad; así, los médicos, acabada la visita de la mañana a las enfermerías, pasaban consulta a las puertas del mismo, dándoles el boticario las medicinas necesarias y realizando el cirujano las curas, todo ello de forma gratuita.

Sin embargo fue, básicamente, un hospital de peregrinos hasta bien entrado el siglo XVIII y, aunque admitiese en algunos casos enfermos de la ciudad y de su entorno, su función central era "curar en sus enfermerías y peregrinerías los pobres enfermos naturales y extranjeros que concurren al dicho Hospital de todas las partes de la christiandad para visitar al Santo Cuerpo del Glorioso Apóstol Santiago, para cuyo refugio y curación fue fundado y dotado por los señores Reyes Católicos".

La asistencia médica aquí proporcionada estaba en función de su carácter de hospital de peregrinos, es decir, de poner a los que llegaban a Santiago en condiciones de iniciar el camino de retorno a su lugar de origen. Por ello, los que vinieren enfermos de enfermedades contagiosas, o incurables, así como bubas, o pestilencia, o de San Lázaro, no eran admitidos, sino tan sólo los que necesitaban algún tipo de tratamiento quirúrgico o los enfermos de calenturas, como se aclara en las *Constituciones*: "Y porque es cosa justa y piadosa que como no sea peste, o bubas o lepra, todos los demás enfermos de tabardillo, sarna y otros males, se reciban por no haber contagio". Ténganse en cuenta que para la medicina académica del siglo XVI, del cual datan estas *Constituciones,* los conceptos de enfermedad y contagio no eran asimilables a los actuales.

En las salas, los ingresados eran atendidos por el enfermero mayor, ayudado por un sirviente por cada seis enfermos. En la sala de mujeres había una enfermera mayor, ayudada por otras mujeres. En ambos casos, los enfermeros suministraban las comidas y las medicinas, cuidaban de la limpieza de la sala y de las ropas de cama. La asistencia que proporcionaba este centro era mucho mejor de lo habitual; por ejemplo, había un solo enfermo por cama y la alimentación era abundante (pan de trigo, vino y una ración diaria de unos 500 gramos de carne), llegando a reglamentarse que se pusieran braseros en las salas para que la comida se sirviese siempre caliente. Por último, el centro tenía incluso una botica propia, donde se preparaban los medicamentos necesarios, y un huerto para el cultivo de plantas medicinales.

# Las órdenes religiosas en la apertura a Europa

**Para ninguna de las familias religiosas resultó decisivo el Camino, aunque para casi todas contó. No merece la pena discutir la teoría que atribuye a los monjes benedictinos de Cluny y su imperio la creación del Camino**

**Antonio Linage**
*Profesor de Historia Medieval*
*Universidad de San Pablo, CEU*

EL ARGUMENTO DE LA RELACIÓN ENTRE el camino de Santiago y las órdenes religiosas es pintiparado a las miras de un deslinde inicial genérico del tema del Camino sin más, a la luz de la proliferación bibliográfica que lo viene invadiendo, teniendo en cuenta lo atractivo que resulta y la permanencia o incluso renovación de su actualidad. De hecho, para ninguna de las familias religiosas, ni tampoco para su expansión concreta en la Península, el Camino resultó decisivo, aunque para casi todas contó. Lo que ni siquiera vale la pena, por ejemplo, es detenerse en la opinión que atribuye a los monjes benedictinos de Cluny y su imperio la creación del Camino lisa y llanamente. Ello es, por otra parte, un botón de muestra de los desposorios indisolubles de esta materia con la hipérbole: ¿No llamó Américo Castro al abad Hugo de Cluny *el Napoleón de su tiempo*?

Mas decimos que acabó contando para casi todas, en virtud de un doble motivo. De una parte, en cuanto al que se llama por antonomasia Camino –en la realidad, hay que hablar de caminos pluralmente– fue el Camino que también se dice *francés*. Y teniendo en cuenta que de Francia llegó la benedictinización al monacato peninsular –cuya evolución visigótica se había visto perturbada por la dominación musulmana, la despoblación, la reconquista y la repoblación consiguiente–, y que también en Francia tuvieron luego su cuna los cistercienses, o sea los benedictinos blancos, huelga ponderar lo que esa intensificación de las relaciones con el país vecino hubo de contar en ese ámbito. De otro lado, el Camino jacobeo tenía esencialmente una meta final, el sepulcro del Apóstol, pero resultaba habitual hacer altos, también de motivación sacra, cuales peregrinaciones menores inmersas en la peregrinación mayor. Es decir, que en torno al Camino surgieron otros santuarios de devoción para los propios peregrinos. Un detalle: en el Año Santo anterior, 1993, tuvo lugar en Santiago mismo un congreso sobre el camino de vuelta. A propósito de lo cual, y también de la mentalidad monástica hacia las peregrinaciones sin más, es necesaria alguna reflexión previa.

El ideal monástico es endémicamente paradójico, en cuanto trata de vivir en la tierra una anticipación escatológica, siendo así que ello no es posible literalmente. Una de sus consecuencias es el contraste entre su vocación de vida retirada y la predisposición irresistible a la influencia social. En este ámbito entran los injertos de activismo en una existencia teóricamente contemplativa; uno de ellos, el cuidado y la atención a los enfermos. Pero además, a pesar de su apartamiento del mundo, el monje tiene por su propia condición el deber de la hospitalidad, salvo en algunas familias religiosas singulares que han extremado su soledad y retiro.

## Los monjes y las peregrinaciones

En cuanto a la peregrinación como tal, la Regla de san Benito, que acabó monopolizando el monacato de la Europa católica, imponía al monje la estabilidad en el monasterio de su profesión. Sin embargo, una de las ideas que han alimentado la espiritualidad monástica es la identificación simbólica con una peregrinación de toda la vida del mismo. Además, materialmente, ha habido maneras de vida monástica que han corporeizado esa idea. Es el monacato errante, entregados sus monjes –en principio perpetuamente– a la llamada *peregrinación por Cristo.*

Así fue la tradición más extendida en el monacato irlandés de la Alta Edad Media, mientras que hasta los tiempos modernos los viajes han sido un ingrediente bastante difundido en la vida de los cenobitas de la iglesia ortodoxa rusa, viajes de motivación pía, peregrinaciones en una u otra modalidad. Y en los orígenes, así como los monjes egipcios, de extracción cam-

Página izquierda, **San Benito entrega su Regla a los monjes del monasterio de Montecasino, Italia (miniatura de un manuscrito del siglo VIII, B.R. Nápoles).** Derecha, **el monasterio benedictino de Santa María de Irache, Navarra, visto desde el aire (Geo-Planeta).**

Izquierda, **claustro del monasterio cisterciense de Sobrado de los Monjes, La Coruña.** Derecha, **Iglesia de Peñalba de Santiago, León, junto al monasterio benedictino.** Abajo, **peregrino por esta vía de conventos y monasterios que se ha trazado de Oeste a Este, a lo largo de cuatro páginas, camina Santiago (detalle de un capitel del claustro de San Juan de la Peña, Huesca).**

pesina, propendieron a la vida sedentaria, sus coetáneos sirios, de abolengo mercantil, se movieron con generosidad.

## Desde el alba jacobea

Casi es una metáfora de veracidad literal definir como *una sinfonía de piedra* la ciudad de Santiago de Compostela. Una de las inmensas moles que la integran, inmediata a la catedral, es un monasterio benedictino femenino, San Pelayo o San Payo de Antealtares, enorme plano rectangular alzado de sillares y rejas. Pero inicialmente fue mucho más pequeño y diferente.

Era de monjes y consistía en la comunidad basilical encargada de asegurar el culto litúrgico a la tumba del Apóstol. Un documento de mediados del

siglo X asegura que fue fundado en la anterior centuria por Alfonso II el Casto, con una dotación de doce monjes, numero simbólico tanto para el monacato como genéricamente para el cristianismo. Uno de sus abades fue san Pedro de Mezonzo. Entre los años 926 y 929, se otorgó una escritura de donación a la casa de dos "villas" en tierra de Ribadavia. Es decir que, en los orígenes del Camino, la custodia del sepulcro apostólico estaba atribuida a monjes. Desde luego, no es una casualidad. Monjes que, teniendo en cuenta el contexto del país, no serían todavía benedictinos, sino observantes de la llamada regla mixta, variable para cada monasterio, integrada por la yuxtaposición miscelánea de varias reglas o fragmentos de las mismas. Y que van a seguir estando desde luego presentes a los bordes del Camino, aunque no llegaran, ni lo pretendieran nunca, a ser sus protagonistas, pese a lo que se ha afirmado.

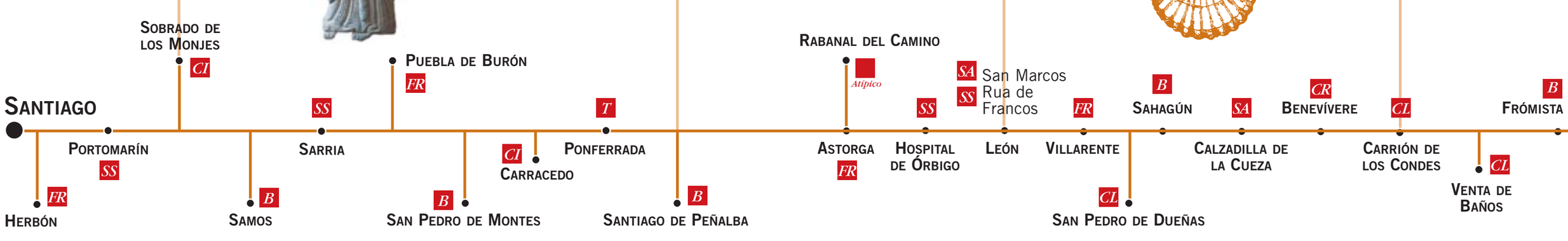
Fue Joseph Bédier, el estudioso de las leyendas épicas, con mucha erudición pero también impregnado de poesía él mismo, quien desorbitó la influencia cluniacense en la consolidación y propagación del Camino, en concreto valiéndose de los autores de los cantares de gesta como agentes de su turismo sacro. "Su idea –le transcribimos– fue agrupar en las landas de Burdeos a los héroes de todos ellos, acarreándolos desde los cuatro puntos cardinales del horizonte poético, encaminarlos a la tumba de Galicia enfervorizados por un mismo anhelo, y hacerlos pasar de vuelta por Roncesvalles, a fin de que en esa última etapa el Apóstol les otorgara, a todos a la vez, su recompensa suprema, ni más ni menos que la alegría del martirio". Pero el caso era que, en la misma mente de su autor, esta conjetura se había fraguado ante la imposibilidad de explicarse de otro modo el predicamento de la ruta. Pero salta a la vista que otras posibles explicaciones no faltan.

En el mismo orden de cosas, el propio Bédier hizo suya la opinión de un estudioso anterior, Dreves, sobre el origen cluniacense del *Liber Sancti Iacobi* de Aymerico Picaud. Pero bastaría con un argumento en contra, por ser éste decisivo. Entonces estaban muy vivas las polémicas entre las distintas órdenes. Precisamente una enconada acusación cisterciense a los cluniacenses, a la cual contestó vivamente el mismo abad de Cluny, Pedro el Venerable, fue su tibieza en el ejercicio de la hospitalidad. Y en dicho libro se ponen por encima de los

Izquierda, **fachada del convento-hospital de la Orden de Santiago, en León.** Derecha, **bóveda plateresca del claustro del convento de San Zoilo, de los canónigos regulares, en Carrión de los Condes.**

monjes de hábito negro los canónigos regulares de hábito blanco.

Y antes de proseguir, es necesario consignar las fechas fundamentales de este tramo histórico. El monasterio de Cluny fue fundado el año 908, y el de Cîteaux, o sea el Císter, en 1098. Después de los monjes vinieron los canónigos regulares, una manera intermedia entre ellos y los frailes o mendicantes, éstos ya andariegos y más activos, acordemente a la nueva sociedad bajomedieval. El florecimiento de las diversas ramas de los canónigos regulares en este período de la historia de la Iglesia tuvo lugar sobre todo en el siglo XII, aunque comenzó en la centuria anterior. Los frailes franciscanos empezaron su andadura en el año 1209. En el siglo anterior, a continuación y consecuencia de la primera cruzada, se fundaron en Tierra Santa las órdenes militares del Temple, Teutónicos y de San Juan, ésta también llamada del Hospital, lo cual es



significativo a nuestros fines. Luego las hubo también en la Península Ibérica –donde además estuvieron aquéllas– y en el Este de Alemania.

## Viejo y nuevo monacatos

De Cluny hay que tener en cuenta que su penetración en los Estados occidentales fue mucho más allá del ámbito monástico, incluso del eclesiástico genérico. Iniciada ya, allí y en Aragón y Navarra, por Sancho el Mayor, bajo Fernando I y Alfonso VI se llegó a una vinculación del reino castellano-leonés al monasterio borgoñón de naturaleza dudosa pero de intensidad cuasi-vasallática. Los cluniacenses protagonizaron la restauración de las sedes episcopales reconquistadas o repobladas, influyeron en los matrimonios regios y hasta en la sucesión al trono, contaron en la sustitución del rito hispánico por el romano y, a cambio de un pingüe censo, decisivo para la construcción de la más magnificente de sus iglesias, fueron pródigos en la oración litúrgica por estos monarcas.

En el monacato, su huella fue varia, desde la adquisición de monasterios como dependencias suyas hasta la presencia de sus monjes en las comunidades, pasando por la reforma de otras con arreglo a su espíritu. Un espíritu en cuya penetración más difundida en los condados catalanes halló Ramón d'Abadal la coincidencia con la apertura del país al exterior. En Castilla ello también implicaba tanto una realidad como un símbolo europeístas. Una coincidencia bastante acusada con la ruta jacobea.

Es un síntoma que, estando en Leyre, el monasterio real navarro, Sancho el Mayor hizo reformar San Juan de la Peña, el cual se encuentra, junto al femenino de Santa Cruz de la Serós, muy poco al sur de la ruta aragonesa del camino que entra por Somport, al poco de pasar Jaca, ruta en la cual aparece después el propio Leyre, y que se une en Puente la Reina a la que viene de Roncesvalles. En este lugar, el monasterio era canonical, constituyendo una congregación independiente, pero tenía un origen no habitual, en una cofradía asistencial. Después de Pamplona, al poco de pasar Estella, había otro monasterio benedictino ilustre hasta el fin, Irache. Leyre pasó luego al Císter.

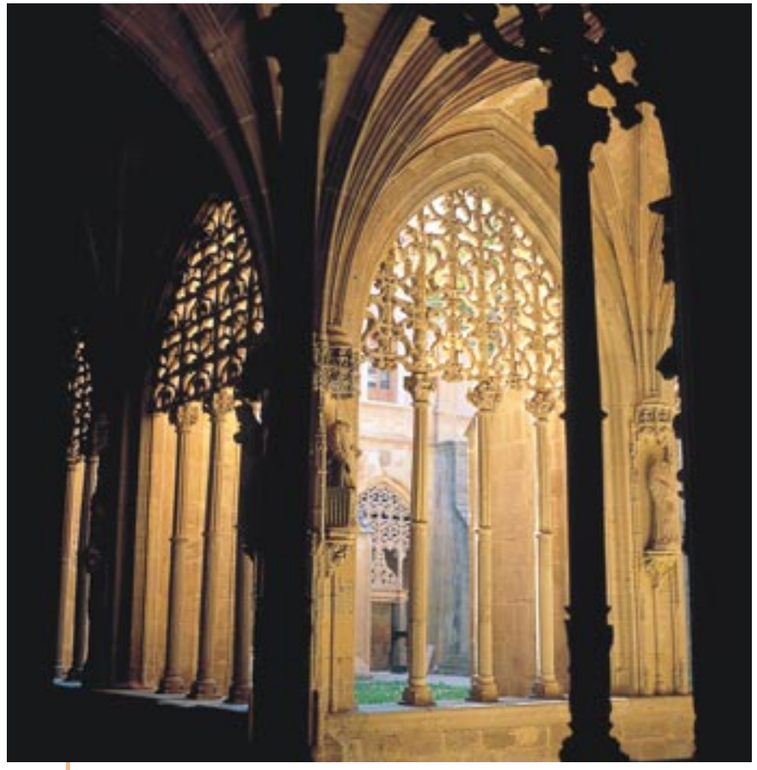
**Claustro del monasterio de monjas cistercienses de Las Huelgas, Burgos, fundación de Alfonso VIII, siglo XII, como panteón real para los reyes de Castilla, cuya abadesa era famosa en todo el orbe católico.**

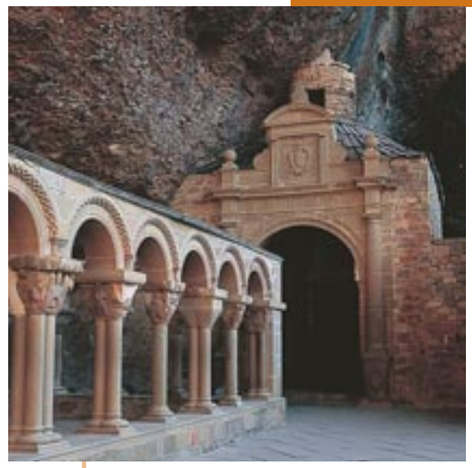
Un hito de los cluniacenses en la Rioja Alta es Nájera, otra fundación real navarra, que les dio Alfonso VI en 1076. En la misma ciudad de Burgos tenían Santa Coloma. Recordemos que junto a ella estaba el benedictino San Pedro de Cardeña, y sobre todo el cisterciense femenino de Las Huelgas, fundación de Alfonso VIII para panteón real, cuya abadesa tenía tantas facultades que ha planteado problemas teológicos. Sometido a ella estaba el Hospital del Rey, cuidado por una comunidad de freires y freiras. En el mismo Burgos, Alfonso VI había dado la iglesia de San Juan a un benedictino amigo suyo, monje de la Chaise-Dieu, monasterio con muchas dependencias. Era el futuro san Lesmes, ahora patrón de la ciudad.

Otra presencia francesa aislada fue la del hospital de Hornillos del Camino, pasado Burgos, dado por Alfonso VII, en 1156, a los benedictinos de Saint-Denis, el monasterio de los reyes de Francia a las puertas de París. Alfonso VIII, en 1181, se lo dio a los de San Martín de Tulle, en la diócesis de Limoges, como dependencia del monasterio que a su vez tenían en la Virgen de Rocamador, junto a Atienza. De Hornillos dependieron otros dos hospitales en tierra leonesa afluente al Camino, Mayorga y Villalobos.

Cluny estaba muy presente en la Tierra de Campos o sea, la diócesis de Palencia. También en 1076, por una donación nobiliaria, se hizó allí con San Zoilo, en Carrión de los Condes. Y el gran monasterio de Sahagún, el favorito de Alfonso VI, fue reformado con arreglo a sus usos, muy conflictivamente por cierto, pues hubo un período en que tenía dos comunidades, cada una con su abad. Junto a Sahagún estaba San Pedro de Dueñas. Entre el Pisuerga y el Carrión quedaba San Isidoro de Dueñas, de Cluny ambos. También había dos monasterios benedictinos en Frómista. En Astorga se ha citado como cluniacense San Salvador, pero era de monjas y antes había sido doble.

El Bierzo era una verdadera Tebaida desde los días visigóticos. Al atravesarlo el Camino, dejaba a sus lados monasterios de una tradición muy antigua, como Santiago de Peñalba, el luego cisterciense de Carracedo y San Pedro de Montes. Ya en Galicia, en ella está uno de los más venerables, antiguos y permanentes, San Julián y Santa Basilisa de Samos. Acercándose a Santiago, en la cuenca del Tambre, cerca del Camino, está Sobrado de los Monjes, fundado en el siglo X, pero que pretende la primacía cisterciense peninsular. Se cita también una dependencia cluniacense próxima a la meta: Fereiros o Ferreras.

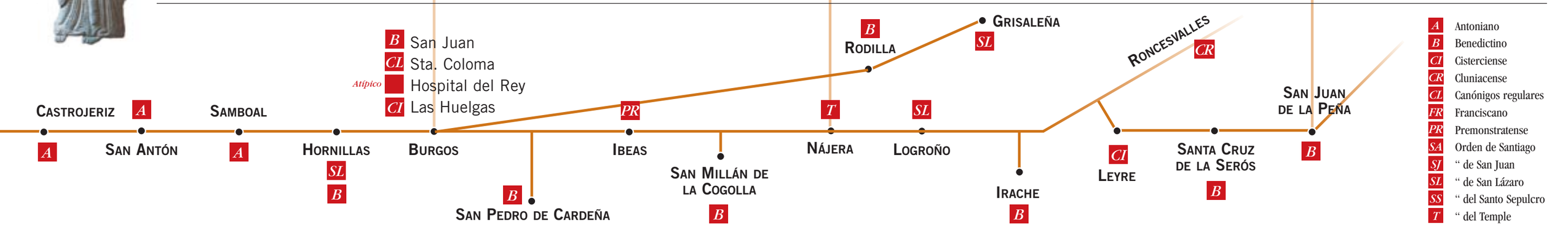




Abajo, **ventanales del claustro del monasterio templario de Santa María la Real de Nájera, La Rioja.** Derecha, **el insólito claustro del monasterio benedictino de San Juan de la Peña, Huesca.**

## Canónigos, caballeros, frailes

Cerca de Carrión estaba Benevívere, una gran abadía de canónigos de regla agustiniana, como era la mayoría de las canónicas, fundada por un mayordomo de Alfonso VIII, Diego Martínez Sarmiento de Villamayor. Una orden canonical de prestigio, la premonstratense, fundada en Francia por un alemán, san Norberto de Xanten, tuvo un hospital en La Rioja: Fuente Cerezo. La Rioja estuvo poblada de ilustres monasterios no lejanos, pero de los que aquí no podemos ocuparnos. Citemos sólo San Millán de la Cogolla, muy cerca de Nájera. Los citados premonstratenses, o mostenses, como se los llamaba en España, tuvieron un gran monasterio en Ibeas de Juarros, cerca de Atapuerca, en el llamado *se-*



*gundo camino* de Villafranca a Burgos, en el cual, inmediato a Villalbura, había también un hospital de los canónigos de Benevívere.

Pasando a las órdenes militares, la supresión violenta de los templarios, de quienes era la encomienda de Ponferrada –recordemos la novela de Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bembibre*– determina aún que tengamos lagunas acerca de su actuación en el Camino. Más huellas visibles han dejado los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, o sea los hoy llamados de Malta, como el hospital más antiguo de Sarria y la encomienda de Portomarín. En los bordes leoneses tuvieron también el Hospital de Orbigo y el de Villapañada, en Asturias. De las órdenes militares españolas, la de Santiago es la única que aparece en el Camino, pero hay que hacer constar que su nombre nada tiene que ver con éste. Les fue donado el hospital de San Marcos de León, y en tierra palentina tenían también el de Las Tiendas. Aunque la exhaustividad no es posible en esta relación, debe citarse a los caballeros del Santo Sepulcro, institución confraternal internacional pero no propiamente orden, que sostuvieron conjuntamente con el cabildo leonés el hospital, extramuros de la propia ciudad, de la calle de Francos.

Foncebadón, en Rabanal del Camino, fue una fundación hospitalaria atípica, del ermitaño Gaucelmo, quien en 1106 la donó a la catedral de Astorga. En esta ciudad episcopal estuvo uno de los conventos franciscanos del Camino, con la tradición de haber estado en el lugar el mismo san Francisco de Asís en su viaje a España. La presencia franciscana en el Camino se intensificó ya tarde en el Noroeste, por ejemplo en los siglos XIV y XV en Villarente (León), Puebla de Burón (Lugo) y Herbón (La Coruña), y actuaba sobre todo dando limosnas, sobre todo alimenticias –*Id pobres a San Francisco- sin recelo a pedir pan, en cinco puertas lo dan*, se decía de Herbón–. De los dominicos no hay noticias. Ya en la Edad Moderna, se sabe que los jesuitas del colegio de Burdeos, fundado en 1580, se comprometieron a hospedar a los peregrinos de paso.

**Alfonso II el Casto (791-842), en cuyo reinado se descubrió probablemente, el sarcófago con los restos que fueron atribuidos a Santiago el Mayor (estatua en una calle de Compostela).**

## Las órdenes hospitalarias

Estrictamente dedicadas a los enfermos eran las de San Antonio y San Lázaro, especializadas en los leprosos. Los primeros eran canónigos regulares, aprobados como tales por Bonifacio VIII después de un período anterior de confraternidad laical, llamados de Vienne, en el Delfinado, y llegaron a una difusión y popularidad impresionantes. San Lázaro de Jerusalén se desarrolló, también bajo la Regla de san Agustín, a partir de un hospital de orígenes igualmente confraternales, a la vez que otros dos daban, en cambio, lugar a las citadas órdenes militares de templarios y hospitalarios. Ella misma también tenía carácter militar.

Los antonianos tuvieron en España la encomienda navarra de Olite, y la de Castrojeriz, en el Camino. En éste tenían, junto al mismo Castrojeriz, el gran convento de San Antón, con los blasones del Delfín francés y el águila imperial austríaca, síntesis de la historia de su familia religiosa; San Boal, Bol o Baudilio, entre Hornillos y Hontanas, y algunos otros menores. Todavía en 1741, el comendador de San Antón hizo reimprimir en Madrid el ritual antoniano. Hay que tener en cuenta que las órdenes que, como éstas, se extinguieron a la caída del antiguo régimen o antes, están menos tratadas historiográficamente. Hubo un hospital de San Lázaro en las afueras de Logroño, al oeste, pasado el puente de piedra sobre el Ebro. Otro estuvo en las afueras del citado Hornillos. Y uno más consta en el camino afluente de la Puebla de Arganzón a Burgos, concretamente el de Grisaleña. Camino en el que después, en el término de Santa Olalla de Bureba, hubo un antiguo monasterio benedictino, Rodilla. En Castrojeriz también se cita uno de su nombre, pero hay que tener en cuenta que la advocación no indicaba forzosamente la pertenencia a sus religiosos. Por ejemplo, no estuvieron en el de Astorga.

Para terminar, señalemos una orden hospitalario-militar surgida al otro lado de los Pirineos, pero al servicio exclusivo del Camino Francés. En el departamento de Aveyron, a mil cuatrocientos metros de altitud, el vizconde de Flandes, Alardo, volviendo de Santiago tuvo la visión de un bosque tenebroso que ocultaba una caverna, en la cual se amontonaban las cabezas de treinta peregrinos muertos por los bandidos. Y no mucho después, su copero, Adelardo de Eyne, fundó allí mismo, a fines del siglo XI, el hostal de Aubrac –actual municipio de Saint-Chély d'Aubrac, en la diócesis de Rodez–, servido por unos religiosos que tenían una rama armada. Fueron patrocinados por el abad benedictino de Conques y en 1162 los aprobó el papa Alejandro III. Contaban con seglares y clérigos, damas y hermanas, y soldados capaces de defender a los peregrinos por la fuerza.





# ¡Dios, ayuda e Santiago!

## La peregrinación compostelana y la literatura medieval: creación del mito del Matamoros

**Jacques Pulbar**
*Medievalista*

INDEPENDIENTEMENTE DEL PROPÓSITO religioso y de la motivación personal de cada cual, las peregrinaciones se convirtieron en vías difusoras de mercancías, costumbres, modas, monedas, legislación, canciones y métodos curativos. En una palabra, modos y formas de vida, entre los que se hallaban los préstamos lingüísticos y la propagación de distintas literaturas, bien por medio de la circulación de libros, bien a través del recitado de poemas, leyendas o relatos.

### La peregrinación santiaguista

En la Edad Media, algunos géneros y temas fueron más o menos comunes a las peregrinaciones de más calado (Jerusalén, Roma y Santiago), según sucede con los itinerarios de peregrinación y con motivos literarios como la imagen del peregrino de amor, el peregrinaje como metáfora de la vida del hombre en la tierra, la imagen del peregrino pecador o la de la peregrinación del alma; y otros menos habituales, como la peregrinación al castillo de la Fama o en busca de un señor.

Mas, por lo que atañe a la peregrinación santiaguista, además de servir como vehículo para la introducción en la Península Ibérica de géneros foráneos (la épica francesa o la lírica provenzal), propició también guías escritas en las lenguas más diversas y un conjunto de motivos típicamente santiaguista que se difundieron a lo largo de la Edad Media. Tal ocurre con los votos de Santiago, la discusión sobre su venida a España y su conversión en un caudillo militar, en los que todavía cabe escudriñar, ya que, para otros puntos, cabe remitir a un reciente artículo de síntesis, escrito por María Jesús Lacarra.

### Origen y extensión de la figura bélica de Santiago

Con estas premisas, me limitaré a indagar aquí el motivo de la visión militar de Santiago, junto a otros tres aspectos colaterales. Evidentemente, la actividad militar de Santiago nada tiene que ver con los Evangelios ni con la tradición canónica, por lo que hay que preguntarse cuándo, cómo y por qué surge.

Según una concepción historiográfica que arranca del siglo XIII, con Ximénez de Rada –arzobispo de Toledo– la imagen guerrera de Santiago y la costumbre de entrar en batalla advocando su nombre remontan a la novena centuria y, más en concreto, a la batalla de Clavijo.

Esa explanación la retoma la *Estoria de España* alfonsí, aunque lo que el arzobispo toledano presentaba sin gran compromiso (*fertur*: *se cuenta*) se da como seguro y se adorna con una conclusión: *Et desde aquel día adelante ouieron et tomaron los cristianos en uso de dezir en las entradas de las fazienda et en los alçancos de los moros sus enemigos mortales: "Dios, ayuda e Santiago"* (Cap. 629). Todavía Rodríguez de Almela conserva la redacción alfonsí de manera casi literal (cap. IV).

**Santiago Matamoros, una figura que no parece ser anterior al ocaso del siglo XI o al comienzo del XII (relieve policromado, catedral de Astorga).**

## Fuentes

Amén de otras obras tangenciales citadas, he contado de manera sistemática con un puñado de textos hispanolatinos: tres crónicas del siglo XII (la *Historia Silensis*, la *Chronica Adephonsi imperatoris* y la *Chronica Naierensis*); el *Poema de Almería*, que cierra la segunda de las crónicas citadas; y las dos magnas obras de la historiografía del siglo XIII: el *Chronicon Mundi*, de Lucas de Tuy, y *De rebus Hispaniae*, de Ximénez de Rada. A los mismos, se suma un rosario de libros en castellano con una cronología que abarca desde los albores del siglo XIII a fines del XV: la *Estoria de España alfonsí*, denominación que daré a la impresa como *Primera crónica general* por Menéndez Pidal, pese a los problemas textuales que comporta, y otros de carácter ficticio que enumero cronológicamente: el *Poema de mio Cid*; la *Vida de san Millán de la Cogolla*, de Berceo; el *Poema de Fernán González*; el *Poema de Alfonso onceno*; el *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena; y la *Compilación de los milagros de Santiago* de Rodríguez de Almela.

Ahora bien, independientemente del posible carácter apócrifo de la batalla de Clavijo, en caso de aceptar tal cronología nos las habríamos con una tradición coetánea al hallazgo del sepulcro y, por tanto, tempranísima. Así lo suponen algunos estudiosos, como A. Castro y Menéndez Pidal, para quienes la dimensión bélica de Santiago se constituye a lo largo de la novena centuria. Ya E. Asensio, sin embargo, hizo ver, aunque sin aportar ninguna solución cronológica, que, al descubrirse el sepulcro en el siglo IX, no se indica que el cuerpo llevara ningún atributo bélico, mientras que Sánchez Albornoz, tras repasar las crónicas de los siglo IX al XI, concluye taxativamente que en ninguna se vislumbra el menor atisbo de un Santiago guerrero ni cooperador en las victorias cristianas.

Más aún, cabe asegurar que la figura de Santiago como soldado no parece que sea anterior a finales del siglo XI o comienzos del XII, ya que no se documenta hasta la *Chronica Silensis*. Ella, en efecto, relata cómo, durante el sitio de Coimbra en 1064, un peregrino griego que se hallaba en Compostela se sorprende al escuchar las súplicas que se dirigían a Santiago como personaje ecuestre y combativo cuando, a su entender, tan sólo había sido un simple pescador. Debe ser el propio Santo quien, apareciéndose en sueños sobre un caballo blanco, le increpe por sus dudas y anticipe incluso el día y la hora en que Fernando I tomará Coimbra. En suma, el origen del Santiago guerrero ha de situarse entre la fecha de conquista de esa ciudad y la data de escritura de tal crónica que, según los estudiosos, oscila entre la segunda y cuarta décadas del siglo XII.

**El mito del apóstol que combate junto a los españoles pasó a América: Santiago Matamoros en una pintura de la escuela cuzqueña del siglo XVIII (Perú, colección particular).**

Además, quienes consideran que la imagen belicosa de Santiago se gesta ya en el siglo IX interpretan que su función consistió en servir como abanderado del enfrentamiento de los cristianos españoles contra los árabes. Así, para Menéndez Pidal, Santiago "era el que guiaba la guerra de cristiandad, misión perpetua de España, y aliento permanente de la poesía cristiana, como un contrapeso a Mahoma", "combatió bajo el estandarte de su profeta apóstol" desde el siglo IX, de manera que, desde esa centuria, fue "su continua intervención en la guerra contra la morisma (no su ocasional intervención)" la que "lo dotó de un prestigio sin análogo dentro y fuera de España" frente a Mahoma, quien apoyaba a los musulmanes en sus guerras.

Las explanaciones con las que pretende fundamentarse la conversión del Apóstol en un adalid militar son, con todo, menos simplistas, por más que tampoco quepa asegurar que la mutación constituya "un misterio", como creía E. Asensio.

Así, según ha resumido B. Palacios en dos artículos recientes, ya en san Agustín se halla el concepto de *miles Christi* (*soldado de Cristo*), cuya misión consiste en combatir a los enemigos de la fe. Por tanto, "cuando los cristianos inician su lucha contra los infieles, el *miles seculi* (*soldado laico*) se pudo integrar en el *miles Christi* con sólo abrazar la causa de la Cristiandad o de la Iglesia" (Palacios). Semejante concepción se expandió en la sociedad cristiana, de modo que, según G. Duby, los caballeros franceses la aceptan entre los años 1030 y 1095, al considerar su función como una forma de milicia en versión laica. Tales ideas, amén de otros influjos institucionales, contribuyeron a desarrollar un concepto novedoso del caballero, al que va a adornarse no sólo con valores militares sino con otros que afectan a la cultura y al comportamiento religioso.

En tal contexto, coincidente con el momento en que surgen en la Iglesia de manera reglada las *militiae Christi* (*Milicia de Cristo*) y los *miles Sancti Petri* (*soldados de San Pedro*), deben situarse la aparición de la figura de Santiago como "soldado de Cristo", lo que también viene a coincidir con la cronología de los textos hispanos, dada la fecha de la *Chronica Silensis*, al tiempo que iluminan las reticencias expresadas por el peregrino griego, las cuáles prueban "las resistencias que en la mentalidad de la época provocaba tal transformación" (Palacios).

Una vez que el símbolo militar de Santiago se asienta en Castilla, los diversos textos historiográficos y de ficción lo acogen; aluden a cómo se advoca su nombre antes de entrar en combate; y, en casos, se refieren a su intervención personal en la batalla. Asimismo, aunque no quepa entrar en pormenores, en esos textos se va configurando una caracterización física del personaje que afecta al rostro y a la mirada, a las armas de que va dotado, a las peculiaridades de su caballo y a otros rasgos.

**Vista aérea del Cebrero, con sus típicas pallozas y la iglesia de Santa María, lo único que queda del antiguo monasterio y hospital (Geo-Planeta).**

Pero, además la importancia concedida a Santiago guerrero explica otros hechos significativos, de los que elijo dos a título de inventario.

Así, por caso, cuando, en 1322, Alfonso XI decide "tomar honra de caballería", con el propósito de fomentarla en sus reinos, se dirige en romería hasta Santiago, en cuya iglesia vela sus armas durante una noche. Mas, al no haber caballero de rango superior que pudiese armarlo, lo hizo, según cuenta la *Crónica*, "tomando él, por sí mismo todas las armas del altar de Sanctiago, que se las non dio ninguno; et la imagen de Sanctiago, que estaba en-

cima del altar, llegóse el Rey a ella, et fízole que le diese la pescozada en el carriello" (cap. XCIC).

Otro ejemplo representativo, en la misma centuria, lo constituye el hecho de que la Orden de la Banda, en su capítulo anual de Pentecostés, celebrara una misa en honor de Santiago, rogando "por lograr bien su caballería".

Con todo, no parece que entre los peregrinos extranjeros privara una visión militar de Santiago e incluso, en ocasiones, era bien distinta, pues en ese mismo siglo XIV aparecía como uno de los patronos de las empresas comerciales de la Hansa.

## Santiago, supeditado a Dios y a la Virgen

Si la figura de Santiago como guerrero tiene un orígen tardío, ni siquiera después de su aparición monopoliza la ayuda a los castellanos en sus combates contra los musulmanes; si bien, en cuanto durante la Edad Media esos fueron los enfrentamientos más habituales, la asimilación de Santiago a una función de *matamoros* caía por su propio peso. De ahí que el rey Yúçaf, en el *Poema de Alfonso onceno*, afirme haberlo visto participar en la lucha contra su ejército o la denominación de "ayudador de los cristianos contra los moros" que todavía le asigna Rodríguez de Almela.

Es más, de acuerdo con los textos examinados, las invocaciones exclusivas a Santiago para solicitar su auxilio militar son raras; lo habitual es que la mención de su nombre se acompañe con los de Dios o la Virgen, a quienes siempre queda supeditado, pues, al fin y al cabo, es "criado de Dios", como lo denomina el *Poema de Fernán González* (407c). Así, la *Chronica Nairensis* cuenta que, durante el reinado de Ramiro III, el conde Willemus Santionis, harto de los estragos causados por los normandos en tierras de Galicia, se enfrentó a ellos con un gran ejército "en el nombre de Dios y en honor de Santiago apóstol", relato que repiten, con leves diferencias que no afectan al fondo, Ximénez de Rada (V, xi) y Alfonso (cap. 727). Sin embargo, pese a la invocación al Creador y a Santiago, el autor de la *Nairensis* deja bien claro que fue Dios quien aseguró la victoria cristiana ("Dedit illis Deus victoriam"). De manera similar, según la *Chronica Adephonsi imperatoris*, ante las amenazas del rey cordobés Azuel y del sevillano Avenceta, los cristianos invocan a Jesús Nazareno, María y Santiago; pero, en su oración, prometen entregar a la iglesia toledana de la Virgen cuanto consigan (cap. 164).

Arriba, **Alfonso XI, que quiso ser armado caballero por el propio Santiago (del *Libro de los Retratos de los Reyes de España,* M. Prado, Edilán).** Abajo, **traslación del mito del Matamoros a América: "Santiago favorece a los castellanos y persigue a los indios" (grabado, siglo XVII).** Derecha: **detalle de uno de los laterales del *Pórtico de la Gloria,* en la catedral de Santiago.**

Incluso en otros muchos enfrentamientos armados, los cristianos se limitan a impetrar o recibir el favor de Dios o de la Virgen, sin que para nada aparezca Santiago. Un paradigma relevante en extremo lo proporciona la decisiva batalla de Las Navas de Tolosa, en la cual, según cuenta Ximénez de Rada, en el estandarte del arzobispo toledano flameaba "la cruz del Señor", mientras que los estandartes de los varios reyes peninsulares portaban "la imagen de Santa María Virgen que siempre fue protectora y patrona de la provincia de Toledo y de toda España" (VIII, x). Precisamente, el papel de ayuda que se adjudicaba a la Virgen en la Reconquista explica que a la misma estuvieran dedicadas casi todas las iglesias y catedrales fronterizas y que Alfonso X y otros poetas cantaran el amparo que prestaba a los cristianos.

## Ninguna exclusividad

Quiero destacar, por fin, otros tres aspectos íntimamente imbricados con la figura bélica de Santiago, el primero de los cuáles es el error de considerar que su protección militar constituyó una demanda de los españoles en general, según han afir-

**Pese a la devoción que suscitaba y a la fe que se le tenía, en la lucha Santiago siempre aparece supeditado a la voluntad de Dios y de la Virgen o, incluso, desaparece, como ocurrió en Las Navas, donde los estandartes eran los de la Cruz de Cristo y los de Santa María Virgen**

**La variedad y el culto de los santos militares tomó tal auge que terminaron especializándose: san Sebastián para los guerreros, santa Bárbara para los artilleros...**

mado tantos estudiosos, hasta el punto de que A. Castro llegó a escribir que "la diversidad de los reinos de España se hacía convergente al tratarse del Apóstol". Pues si la citada descripción de los estandartes portados en Las Navas desmiente esa impresión, los escritores medievales tampoco se llamaban a confusión y, así, el marqués de Santillana, al describir la entrada en Ponza de los catalano-aragoneses, les hace gritar en nombre de san Jorge, es decir, el patrón guerrero de Cataluña y Portugal:

*"Allí todas gentes cuytauan llamar*
*"¡Sant Jorge!" con furia, como quien dessea*
*traer a victoria la crua pelea,*
*jamás non pensando poderse fartar*"(LXVIII, vv. 541-544).

En segundo término, hay que recalcar que, si Santiago constituyó en la Edad Media una advocación militar específica de Castilla, incluso allí tuvo competidores y debió compartir su caudillaje no sólo con Dios y la Virgen, sino también con otros santos y figuras celestiales, en cuyo auxilio para la Reconquista confiaban los cristianos. Así, tanto san Pedro, como santo Domingo de Silos y otros, junto a los arcángeles Miguel y Gabriel, "inspiraron a los soldados cristianos una confianza sustentada por leyendas milagrosas, visiones y reliquias", según recordó D. Lomax. Entre todos, destacó san Millán, al que se creía protector de Navarra y Castilla la Vieja, por lo que ya en el año 997, es decir, un siglo antes de que se implicara a Santiago en actividades bélicas, García de Navarra peregrinó a su tumba para pedirle ayuda contra Almanzor. Del mismo san Millán se pensaba que se había aparecido a Fernán González en la batalla de Hacinas y a García III en La Calahorra (1045), antes también de que Santiago apareciera nimbado con la aureola militar. Por eso, sin contar con su mención en posibles leyendas épicas, el autor del *Poema de Fernán González* y Berceo destacan la acción protectora de san Millán, hasta el punto de que el poeta riojano lo coloca al mismo nivel de Santiago, lo que explica que el rey de León envíe a ambos el mismo tributo anual (San Millán, 429cd) y le apellide "padrón de españoles, el apóstol sacado" (431B.). Bajo estas consideraciones, se entiende que la ayuda militar de Santiago, amén de supeditada habitualmente a Dios y la Virgen, se produzca, a veces, en compañía de algunos ángeles o de otros santos.

En tercer lugar, si esa variedad de santos militares asegura que la protección bélica no se consideraba limitada a Santiago, mayor equivocación constituye todavía pensar que ese tipo de auxilio se explica por las peculiares circunstancias de la España medieval. Bien al contrario, en la Baja Edad Media, el culto de los santos militares tomó tal auge que, según ha probado Ph. Contamine, incluso algunos se especializaron en actividades bélicas concretas, como san Sebastián para los guerreros y santa Bárbara para los artilleros, mientras que casi todos los ejércitos de la época se acompañaban de abundantes imágenes religiosas, sus armas portaban inscripciones devotas y las banderas de san Lamberto de Lieja o san Dionisio poseían un carácter tan milagroso y sacro como las que portaban la imagen de Santiago.

Asimismo, era habitual invocar la ayuda celeste en medio de la batalla con gritos de guerra que definían el origen ("San Jorge", los ingleses; "San Dionisio", los franceses; "San Ivo", los bretones), porque, en suma, pese a las reservas y enseñanzas de la Iglesia, "cristianismo y guerra, Iglesia y guerreros, lejos de ser antitéticos, hacían una buena pareja, vivían en estado de constante simbiosis y se aprovechaban de su mutuo apoyo" (Contamine). Por eso, en fin, no chocaba que predicadores y teólogos, a la zaga de san Pablo, recurrieran frecuentemente a comparaciones, metáforas o símiles militares para referirse tanto a una actitud religiosa como a un sentimiento amoroso o a otro tipo de conducta.

**San Jorge, guerrero patrono de Cataluña y Portugal, mata al dragón (xilografía de José Abadal, siglo XVII, Biblioteca de Cataluña, Barcelona).**





# Ocaso peregrino

**La Reforma protestante consideró las peregrinaciones como "un esfuerzo inútil e innecesario" y la Europa del Norte dejó de peregrinar. Paulatinamente, la decepción por sus múltiples corruptelas también las fue relegando al olvido en el Sur**

**Santiago, en el altar mayor de la Catedral.**

*Qui multum peregrinantur, raro sanctificantur.*
(Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*)

La concepción del cristiano en el Medievo como *caminante* impregnará de esencia efímera y simbólica las peregrinaciones. De manera que éstas pasaron a ser consideradas actos meritorios y piadosos en tanto trasunto del viaje final que todos los fieles deberían hacer más tarde o más temprano a la geografía de la eternidad. En esta convicción, hombres de fe enfilaron el camino hacia los grandes santuarios de la Cristiandad.

En los anales más realistas de la Historia, desde la misma pasión y muerte de Jesucristo, atrevidos viajeros habían recorrido la Tierra Prometida en actitud penitente y evangélica, sobre todo a partir de la conversión a la Cruz del emperador Constantino. De esta forma, irían estableciéndose cenobios y hospitales en los lugares sagrados para atender a los romeros del *Camino de Jerusalén* y de sus sucursales, y hasta una *Guide du Pèlerin* aportará la adecuada información literaria para facilitar el itinerario, acuñándose el arquetipo del peregrino bendecido en su partida, tocado con sombrero y bastón y postrado de hinojos en la meta de su viaje.

Con el tiempo, a la recompensa espiritual se añadieron el deseo de conocer otros pueblos y culturas, la ruptura con la vida cotidiana, la atracción de lo exótico, la mezcla de excitación y riesgo que se da en la aventura y las promesas mesiánicas y paradisíacas. De resultas, se regularizaron las rutas y las mentalidades.

La *peregrinatio* también contemplará una deformación de su sentido originario, al punto que su voto se podía incluso satisfacer por poderes o mediante donativos monetarios. De ahí que, en las lenguas romances, se empiece a distinguir entre las palabras *peregrino* –que conservará su acepción de extranjero en tránsito hacia un lugar de veneración– y *palmero* y *bordonero*, en recuerdo de las hojas de palma y los bordones –bastones para arrimo y defensa– que algunos vagabundos y pícaros portaban en las romerías.

El resultado es toda una corriente de pensamiento crítico hacia las peregrinaciones, que, incubada en el seno de la misma Iglesia, pasará a la condena por la Reforma protestante, cuyos mentores la consideran en la confesión de Augsburgo del año 1530 como "esfuerzos infantiles e innecesarios". Pues bien, en esta última parte del *dossier* se analiza esa suerte de cruzada pacífica hacia los grandes centros del Cristianismo -Santiago, Jerusalén y Roma- tras la Reforma y el intento revitalizador de las peregrinaciones hecho por el Concilio de Trento.

**Pedro García Martín**

# El declive del Camino

## Los abusos de los peregrinos, la desconfianza religiosa hacia el valor santificante de la peregrinación, el miedo a la Inquisición y el control político de las fronteras vaciaron de peregrinos las rutas jacobeas

**Miguel-Ángel Ladero Quesada**
*Catedrático de Historia Medieval*
*Universidad Complutense. Madrid*

DESDE EL SIGLO XIII, "LA PEREGRINACIÓN iba siendo, cada vez menos, la expresión espontánea de un sentimiento sincero de fe y devoción, para convertirse en un acto utilitario u obligado. Este último carácter se acentuará en adelante, al unirse a su anterior uso como penitencia canónica el de pena impuesta por la autoridad civil o los tribunales de la Inquisición" (*Las peregrinaciones,* en adelante, cuando no se indique otra cosa, los párrafos entrecomillados que hay en el texto proceden de este libro).

El texto expone con claridad el giro que la peregrinación a Compostela dio en los últimos siglos medievales, a partir de su primitiva y más potente motivación devocional. Las razones de la peregrinación se enumeran en las *Partidas* de Alfonso X, entre otros textos: la devoción pura con el deseo añadido de beneficiarse de las indulgencias y perdones, el cumplimiento de un voto o promesa, y la ejecución de una penitencia impuesta por la autoridad competente. A estas tres motivaciones, entre las que van siendo más frecuentes la segunda y, en especial, la tercera, se añadieron en el transcurso del siglo XV otras, como la práctica itinerante de los ideales y modos de vida de la caballería, la curiosidad por conocer tierras y gentes de otros países, y el uso de la peregrinación como pretexto para la mendicidad y el vagabundeo de individuos y grupos marginales.

Las nuevas corrientes de la espiritualidad cristiana occidental propias de la Edad Media tardía no produjeron por sí mismas la decadencia de las peregrinaciones, cuya práctica estaba muy arraigada por los motivos enumerados, aunque su propuesta de nuevas formas de devoción incidiera a la larga, de una manera crítica, sobre la estima en que se tenía a las peregrinaciones. Además, en los siglos XIV y XV, tomaron un auge considerable las rutas marítimas que llevaban a Compostela y las procedentes de países centroeuropeos de modo que, aunque carecemos de datos cuantitativos, sería aventurado afirmar que hubo un descenso del interés por la peregrinación. Lo que sí había concluido, ya a mediados del siglo XIII, era el papel del tradicional Camino de Santiago, desde los Pirineos hasta Galicia, como vía de entrada de inmigrantes –que se afincaban definitivamente en la España cristiana– y de mercaderes.

Las noticias sobre años de jubileo o *perdonança jacobea* en el siglo XV –1434, 1445, 1456, 1479...– informan sobre la presencia de muchos peregrinos. En 1434, por ejemplo, Juan II de Castilla dio salvoconducto general a cuantos vinieran "de los reinos de Italia, Francia, Alemania, Hungría, Suecia, Noruega o de otra cualquier nación", y lo mismo hizo su hija Isabel I en 1479. Sin duda, en los jubileos crecía el número de los peregrinos, pero su presencia era habitual, como lo demuestran testimonios personales y datos obtenidos en documentos de origen muy diverso. En 1448, el viajero alemán Sebastián Ilsung llegaba a Santiago el día de Corpus Christi y constataba que *es el sitio entre cristianos adonde más peregrinos acuden, si se exceptúa tan sólo el Santo Sepulcro de Jerusalén*.

**Diversos episodios de la vida de Santiago Apóstol rodean la figura de éste en una representación popular (grabado del siglo XVII).**

En el siglo XV, "las peregrinaciones inglesas por mar, en barcos fletados expresamente con ese objeto, se hacen cada vez más frecuentes, multiplicándose los permisos que conceden los reyes" (*Las peregrinaciones*...) de aquel país. Cada embarcación podía transportar entre varias decenas y dos centenares de peregrinos, y solían hacer el trayecto entre Plymouth y La Coruña. Otra fuente de noticias son los salvoconductos expedidos por los reyes de Aragón a favor de peregrinos que atravesaban sus dominios. Eran gentes de muy diversos países: franceses, italianos, alemanes, polacos, checos, húngaros y otros centroeuropeos que recorrían las vías terrestres o utilizaban las marítimas del Mediterráneo occidental.

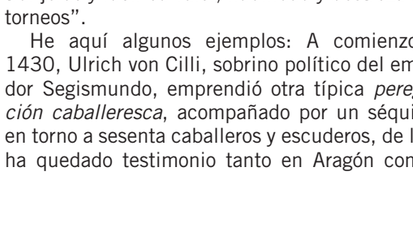
Hay también muchos datos sobre peregrinaciones alemanas a Santiago, tanto por tierra, desde la Alta Alemania, como por mar, tomando como punto de partida los puertos hanseáticos de Danzig, Lübeck y Hamburgo, principalmente. Aquellas peregrinaciones se hicieron mucho más frecuentes y numerosas desde la década de 1430. Todavía a comienzos del siglo XVI, Santiago "seguía siendo una etapa posible para los que iban por mar a Tierra Santa desde los puertos de los Países Bajos o de la Alemania del Norte", pese al riesgo siempre presente de los corsarios.

Los Reyes Católicos acudieron a Santiago durante su viaje a Galicia del año 1488 y en las cuentas del Limosnero de la reina, Pedro de Toledo, hay ejemplos interesantes sobre la condición de los

**Vista aérea de la catedral gótica de Astorga (León), el Palacio Episcopal –obra de Antonio Gaudí y hoy sede del *Museo del Camino*– y las murallas romanas (foto Geo Planeta).**

## El viaje de Arnold von Harff (1496-1499)

Arnold von Harff, noble ciudadano de Colonia, tenía 25 años cuando comenzó una larga peregrinación que duró tres años, entre noviembre de 1496 y noviembre de 1499. Visitó, en primer lugar, Roma para después, utilizando las rutas habituales de comunicación marítima que partían de Venecia, viajar a Alejandría, El Cairo, visitar el monasterio de Santa Catalina –en el monte Sinaí– y, por supuesto, Jerusalén. A su regreso, viajó desde Venecia a Santiago por vía terrestre y por ella regresó también a Colonia. "El itinerario de Von Harff es muy detallado y exacto... Su comentario versa sobre la geografía del país que atraviesa, las particularidades de sus habitantes y, ante todo, sobre la relativa importancia de las localidades que encuentra en su camino". Así, por ejemplo, se extraña ante el tocado, en forma de cuerno, de las mujeres en Gascuña, y anota algunas expresiones en vascuence; alaba Roncesvalles ("una hermosa iglesia y una gran abadía, cuyo abad mantiene un excelente hospital para pobres y peregrinos: allí en la iglesia se nos enseñó un grande y largo cuerno que se dice fue el cuerno de caza del gigante Rolando") y aprecia la calidad urbana de Pamplona. En cambio, no se entera bien de la tradición del milagro del gallo en Santo Domingo de la Calzada: "en la misma iglesia, a mano izquierda del altar mayor, hay un agujero enrejado con un gallo y una gallina blancos. Se nos quiere decir a nosotros peregrinos que han llegado allí milagrosamente". Pondera la importancia del monasterio burgalés de San Juan de Ortega como centro hospitalario y limosnero. Da cuenta de las sumarias ejecuciones de reos de delito en campo abierto –muerte a saetazos–; "le llaman la atención los muros de adobe en Frómista"; se queja, en diversas ocasiones, del cobro de portazgos en localidades navarras de Ultrapuertos y, en general, de la mala calidad de los alojamientos: "desde Orthez hasta Santiago ya no encontrarás ninguna buena posada para tí ni para tu caballo. Si quieres comer o beber, tienes que comprártelo en el camino, y no encontrarás para tu caballo avena ni paja. Además, hay que dormir en el suelo y comer cebada". Y, en fin, al llegar a Compostela, la describe como "una ciudad pequeña, bella y alegre, situada en Galicia, sujeta al rey de Castilla. En ella hay una hermosa y grande iglesia. Sobre su altar mayor está un gran santo de madera en figura de Santiago, que tiene encima una corona de plata, y los peregrinos, subiendo por detrás del altar, se colocan la corona sobre sus cabezas, con lo que los habitantes de la ciudad se burlan de nosotros los alemanes... Además, se dice que el cuerpo de Santiago el Mayor está en el altar mayor. Algunos dicen que está en Tolosa en el Languedoc, de la que he escrito más arriba". "Yo traté con grandes ofertas de que me enseñasen el santo cuerpo. Se me contestó que no se acostumbraba hacerlo; que el cuerpo santo de Santiago está en el altar mayor, y que el que dudase de que fuese su cuerpo, en el mismo momento se volvería loco, como un perro rabioso. Con esto me bastó y fuimos a la sacristía, donde nos enseñaron la cabeza de Santiago el Menor y otras muchas reliquias". "Delante de la iglesia encuentras innumerables conchas grandes y pequeñas, que habrás de comprar y sujetar a tu sombrero para hacer ver que has estado allí".



anónimos peregrinos que se beneficiaron de la caridad regia durante aquellas jornadas compostelanas. Son instituciones hospitalarias, en especial lazaretos, y gentes pobres de diversos países, como los que recibieron más de cien reales repartidos *dentro en palacio*, o bien otro *montón de romeros que pedieron a la señora ynfanta a la red*. O casos singulares, como aquellos dos romeros, *marido e muger, que trayan un niño en una canasta a las espaldas, o una muger de Flandes desnuda* a la que se dio paño para hacer una saya, o bien un *françes* al que se dieron diez reales *para curar a su muger, que estaba echada a la puerta de Sant Françisco*. Pero las noticias más abundantes se refieren a la fundación del Hospital Real de Santiago, obra de los monarcas en honor al patrón de España.

Arriba, **los caminos alemanes, según la *Guía* de Künig von Vach (1495), por E. Ortega.** Derecha, **un combate entre caballeros en un capitel del pórtico de la iglesia de Rebolledo de la Torre (Burgos).**

### La nobleza en el Camino

La mayor parte de lo que sabemos sobre la peregrinación en el siglo XV y primera mitad del XVI se debe a relatos de viajeros con nombre conocido, a menudo de condición noble, que integraban entre las motivaciones de su viaje el deseo de obtener mayor prestigio político y renombre como caballeros. Aunque la causa religiosa seguía siendo principal, a veces, "la meta piadosa del viaje era poco menos que un pretexto para tener ocasión de ver países y costumbres exóticas, frecuentar cortes extranjeras y lucir su valor, habilidad y destreza en los torneos".

He aquí algunos ejemplos: A comienzos de 1430, Ulrich von Cilli, sobrino político del emperador Segismundo, emprendió otra típica *peregrinación caballeresca*, acompañado por un séquito de en torno a sesenta caballeros y escuderos, de la que ha quedado testimonio tanto en Aragón como en Castilla pues, debido a la alta calidad del personaje, Alfonso V de Aragón le otorgó la Orden caballeresca de la Jarra y del Grifo, establecida por su padre Fernando I –la más característica del ámbito aragonés en el siglo XV– y Juan II de Castilla hizo lo propio al imponer al peregrino y a algunos de sus acompañantes el collar de la Orden de la Escama. Muy poco después, en 1434, aprovechando la afluencia de gentes con motivo del Año Santo, el caballero leonés Suero de Quiñones llevó a cabo su conocido paso honroso, junto al puente sobre el río Órbigo, en plena ruta jacobea, entre el 10 de julio y el 9 de agosto, donde midió sus armas con decenas de caballeros naturales y extranjeros –"se quebraron ciento sesenta y seis lanzas"–, antes de peregrinar él mismo a Santiago como broche final de su acción.

En otras ocasiones, la peregrinación de grandes y pequeños nobles, aun conservando parte del simbolismo caballeresco, no se distinguía por el afán de hacer proezas de armas, o bien se reservaban éstas para la guerra contra los granadinos, combinando ambos fines en un mismo viaje. Así, por ejemplo, en 1462, Sebald Ritter, de familia noble de Nuremberg, aprovechaba su peregrinación para restaurar y pintar de nuevo el escudo de armas de su familia, en la capilla mayor de la catedral compostelana, que había instalado allí su padre, en un viaje efectuado en 1428. No cabe duda de que en aquellas marcas de presencia era menor la piedad del peregrino que el orgullo de los nobles, que consideraban especialmente propia de su honra social aquella manifestación religiosa, *cruzada pacífica* mezclada a veces con la violenta: por ejemplo, lord Rivers, señor de Woodville, que peregrinó en 1472-1473, y otros miembros de su familia combinaron en aquél o en otros viajes su condición de peregrinos con la de combatientes en Granada.

En los relatos de aquellos viajeros hay multitud de noticias interesantes, aunque algunas de ellas poco o nada tengan que ver con la peregrinación. El testimonio del viaje por España que realizó en 1494-95 el médico de Nuremberg, Jerónimo Münzer, es uno de los más amplios e interesantes, e incluye muchas noticias sobre Santiago y la peregrinación. Poco después acudió ante el sepulcro del Apóstol otro viajero singular, el obispo armenio Mártir de Arzendjan, que dejó su país en 1489 para peregrinar a Roma y a Santiago, adonde llegó dos años después utilizando la ruta costera cantábrica.

Y también merece la pena citar el relato del inglés Andrew Boorde, un antiguo cartujo que visitó Compostela en 1532 y de nuevo años después, a pesar de la escasa fe que tenía en la presencia efectiva del cuerpo del Apóstol en la ciudad –afirma que estaba en Toulouse, adonde lo habría llevado Carlomagno– y de las dificultades con que tropezó en su viaje por vía terrestre: *Yo aseguro a todo el mundo que prefiero ir cinco veces a Roma desde Inglaterra que una a Compostela. Por mar no cuesta trabajo, pero por tierra es el viaje más penoso que puede hacer un inglés.*

Otros peregrinos, con mayores medios, no lo ha-

Izquierda, **Santiago recibe a Isabel la Católica como peregrina, según el manuscrito de Marcuello, realizado en el siglo XV.** Abajo, **el escudo de Isabel y Fernando tal como se puede ver aún en el *Hospital Real* de Santiago, hoy Hostal de los Reyes Católicos.**

brían pasado tan mal. Hacia 1500 continuaban viajando a Santiago algunos grandes nobles, a veces peregrinos casi profesionales, como el duque Enrique de Sajonia, que visitó Compostela en 1506-1507, completando así su viaje a Jerusalén de 1498. O el conde de Zimmer, Johann Werner, que hizo la peregrinación desde Constanza en 1515. A algunos de aquellos viajeros y a especialistas en la cuestión se deben los mejores relatos-guías de peregrinación, que se muestra vigente en los momentos previos a la Reforma protestante. Es el caso de Arnold von Harf, noble de Colonia, que peregrinó tres años, de noviembre de 1496 a noviembre de 1499, recorriendo Roma, Jerusalén y el Próximo Oriente mediterráneo para concluir en Compostela: "en su manuscrito se representa arrodillado ante la imagen de Santiago y, entre ambos, un escudo con sus armas".

Muy poco antes, en 1495, se había editado la *Guía del Peregrino a Santiago* escrita por un monje servita de Estrasburgo, Herman Künig von Vach, obra que tuvo otras cuatro ediciones hasta 1521 y se considera "un documento típico de la peregrinación alemana popular, la que tuvo más importancia", formada a menudo por grupos "que pedían limosna cantando y que tenían el mayor interés en saber dónde habían de encontrar hospitales en que les diesen lecho y comida gratis".

## Reforma y decadencia

La decadencia de la peregrinación no se debió sólo a motivos religiosos, aunque éstos fueron los más importantes puesto que al fin, con las reformas del siglo XVI, prevalecieron, sobre todo en el campo protestante, los argumentos críticos respecto al valor de las peregrinaciones. Ya de antiguo afirmaban los autores eclesiásticos que peregrinar significaba poco si el hecho no iba acompañado por una mejora de la actitud religiosa y moral del sujeto, pues sólo así podía estar en condiciones para recibir las gracias o carismas propias de aquella actividad.

De ahí a afirmar que éstos se alcanzaban igual aunque no hubiera peregrinación, en la acción religiosa habitual que ponía al hombre en contacto con Dios, había sólo un paso. Ya lo había dado en el siglo XIII el franciscano Bertoldo de Ratisbona en su predicación: *¿Qué encuentras en Compostela cuando llegas allí? ¡El cuerpo de Santiago! Bueno está eso: es un cuerpo muerto y un cráneo; la parte mejor está allá, en el cielo. Dime, ¿qué encuentras en tu pueblo, cuando un sacerdote dice misa en la iglesia? Allí encuentras al verdadero Dios y verdadero Hombre, con la fuerza y el poder que tiene en el cielo, sobre todos los santos y sobre todos los ángeles.*

Muchos pensadores religiosos de fines de la Edad Media criticaban la idea de que la práctica peregrinal supusiera por sí misma un medio de santificación, así como los abusos, e incluso supersticiones, a que daba lugar. Tanto el autor de la *Imitación de Cristo* como Bernardino de Siena en sus predicaciones insistían en los mismos argumentos: *Qui multo peregrinantur raro sanctificantur* (Quien mucho peregrina difícilmente se santifica), se lee en *el Kempis*, y el segundo critica a aquéllos que peregrinan con *curvi e storti intenti di curiosità, superstizione e presunzione, credendo per quel peregrinaggio e no per Christo salvarsi* (con turbios y torcidos propósitos de curiosidad, superstición y presunción, creyendo que se salvarán por la peregrinación y no por Cristo).

Los reformadores actuaron, en consecuencia, sobre un terreno ya preparado. Lutero y sus seguidores, que negaban el valor de las indulgencias, atribuían a aquella actividad un valor devocional y significado religioso muy escasos en relación con las aberraciones y abusos a que daba lugar: las razones de Lutero se hallan tanto en su proposición o *resolutio* inicial sobre las indulgencias como, especialmente, en su escrito *A la nobleza cristiana de la nación alemana.*

## Jubileo e indulgencias

La perdonanza o jubileo "tenía lugar todos aquellos años en que la fiesta principal de Santiago –el 25 de julio– caía en domingo. Durante tales años "todos los que, devotamente arrepentidos y contritos, visitasen la basílica compostelana... podrían ganar indulgencia plenaria y obtener la absolución de sus culpas incluso en los casos reservados a la Sede Apostólica". Esto ya era así en el siglo XV, cuando se atribuía la concesión del jubileo al papa Calixto II, hacia 1120, confirmado por Alejandro III en 1179. Sin embargo, a mediados del XIII lo que, por lo que parece, se conocía y practicaba más era la toma o ganancia de indulgencias parciales, éstas en especial:

- El peregrino que acude a Compostela en cualquier momento obtiene la remisión de la tercera parte de la pena debida por sus pecados. Si muere allí o en el camino de ida o de vuelta, la remisión o indulgencia es total.

- 40 días de indulgencia cada vez que participe en la procesión dominical en el interior del templo compostelano. 200 más si es en la llamada "fiesta de las mitras" portadas por los canónigos.

- 600 días si participa en los cultos de la vigilia de Santiago y del día de su fiesta, y en los del día conmemorativo de la dedicación del templo.

- 200 días por asistir a misa celebrada en el templo por un arzobispo, obispo, deán o cardenal.

**La *Puerta Santa* de la catedral de Santiago de Compostela se abre el 1 de enero de cada año jubilar o Año Santo –aquél en el cual el día 25 de julio es domingo– y se cierra en la medianoche del 31 de diciembre.**

La implantación de la Reforma protestante y la intervención en ella de los poderes políticos produjo en muy poco tiempo el final del aflujo de nórdicos, ingleses y alemanes a Compostela. Los que aún procedían de las regiones católicas de Alemania podían tropezar con la desconfianza de la Inquisición, si veía en ellos posibles protestantes ocultos. Y, en lo que toca a la Europa católica, aunque se mantuvieron los argumentos sobre el valor devocional y penitencial de la peregrinación y la validez de las indulgencias obtenidas en su transcurso, parece claro que, desde mediados del XVI, perdió casi toda su importancia frente a otras prácticas religiosas, aunque –como apunta Lacarra– conociera algún renacimiento más adelante y se mantuviera siempre el significado político-simbólico del patronazgo de Santiago sobre la España cristiana.

Además, en el transcurso de aquel siglo, se desarrollaron mucho las tendencias políticas que acentuaban el control de fronteras, territorios y poblaciones por los respectivos poderes monárquicos y, con ello, la desconfianza ante las personas y grupos itinerantes y las dificultades con que tropezaban los peregrinos auténticos, confundidos con los "vagos, tunantes, haraganes y delincuentes que procuraban encubrirse bajo el sombrero de alas anchas y la esclavina". Ya en el XV, la excusa de la peregrinación había sido una de las utilizadas por los gitanos para entrar en los reinos de la España cristiana sin abandonar el modo de vida nómada que perpetuaba su marginalidad respecto a las poblaciones sedentarias. Baste un solo ejemplo del año 1435: el conde Tomás de Egipto "el chico" *dixo que él con sus gentes et familias fuesse por el mundo en peligrination por la fe christiana, e el muyt inclito princep et senyor el senyor don Alffonso rey d'Aragon agora bienaventuradamente regnant, li haviesse dado licencia hir et passar por su regno et tierras con toda su companya et familia, francamente et quita, sienes pagar peatge ni carga otra alguna.*

En junio de 1590, Felipe II promulgaba una pragmática en la que sintetizaba bien la cuestión al prohibir "el uso del traje de romero a los naturales y exigiendo a los extranjeros que llevasen determinados documentos", para evitar que so color de la peregrinación proliferara el número de los que, dice el documento, *andan vagando sin querer trabajar ni ocuparse de manera que puedan remediar su necesidad sirviendo o haciendo otros oficios y ejercicios necesarios en la república con que se puedan sustentar, y andan hurtando, robando y haciendo otros delitos y excesos en gran daño de nuestros súbditos y naturales.*

Por último, en la decadencia de la peregrinación jacobea influyó también, y mucho, el oscurecimiento o, tal vez, la manifestación por otros cauces de una forma de religiosidad que tuvo su mayor auge en los siglos centrales de la Edad Media, cuando el pobre, el enfermo, el desarraigado y el peregrino eran vistos todavía menos como peligro o mal social a controlar y más como hermanos menores de Cristo, en los que ejercitar la caridad (*Peregriné y me acogísteis*, Mateo 25,35-36), y como testimonio personal de la condición transitoria y azarosa de la vida, concebida como prueba del hombre en su camino hacia el Más Allá.

# Peregrinos en Jerusalén

**Devoción, ganancia de indulgencias, cumplimiento de votos, curiosidad y ansia de aventuras llevaron durante siglos a los peregrinos hasta Tierra Santa. Allí les esperaba una pelea escandalosa por el control de los Santos Lugares, un rosario de contribuciones y una colección de fábulas que no se tragaban ni los más crédulos**

Izquierda, **Jerusalén en la actualidad. En primer término, la Ciudad Vieja, destacando la gran mezquita de Omar, erigida en la explanada sobre la que estuvo el Templo de Salomón**. Abajo, **detalle de esa mezquita, una de las más antiguas que se conservan; dicen que desde ella ascendió Mahoma a los cielos.**

**Pedro García Martín**
*Profesor Titular de Historia Moderna*
*Universidad Autónoma de Madrid*

De do, con mucha razón, dicen todos comúnmente que tres cosas hacen a un hombre sabio, prudente y discreto: o tratar con los que son tales, o peregrinar por muchas tierras, o leer en muchos libros de filósofos" (Antonio de Sosa: *Diálogo de los mártires de Argel*, Valladolid, 1612)

La ciudad moral, simbólica y perfecta será, para las grandes religiones monoteístas, Jerusalén. La Ciudad Santa de las tres culturas encarnará la esperanza mesiánica y se convertirá en uno de los temas ecuménicos del Medievo. Para la tradición cristiana, era el Paraíso Terrenal, escenario de la pasión de Cristo, donde se cumplirían las predicciones apocalípticas. Para la hebrea, alguna de las puertas de su muralla, anillo protector del Templo de Salomón, daba paso al Infierno, donde ardía la ira de Dios. Para la musulmana, que situaba en la mezquita de Omar la ascensión de Mahoma a los cielos, también dos entradas de signo contrario conducían al deleite edénico y al fuego devorador del abismo. Todas la consideraban el microcosmos de la Tierra de Promisión, a donde el creyente, convertido en hijo del camino, debía orientar su esperanza de redención física o espiritual.

Ahora bien, los arquetipos idealizados de la *Jerusalén celestial* serán desplazados por el realismo de la *Jerusalén terrenal,* a medida que los cristianos se adentren e instalen en Tierra Santa por medio de la cruzada y de la *peregrinatio*, aunque la Ciudad de

Arriba, **Jerusalén y el Templo de Salomón –reconstruido por Herodes el Grande– en tiempos de Jesucristo (grabado de *La Ilustración Artística*, 1888).** Abajo, **Lutero, cuya reforma consideraba las peregrinaciones como innecesarias y, en muchos casos, como idolátricas (detalle, por Cranach, Gallería degli Uffizi, Florencia).**

Dios se nos presentará siempre entronizada en medio de un halo a la par arcano y privilegiado: "situada al centro de la Tierra –en el verbo del Sumo Pontífice– y fructífera más que cualquier otra, semejante a otro paraíso de las delicias", como dijo el papa Urbano II en Clermont-Ferrand, en el año 1095, en aquel famoso sermón que desencadenó la Primera Cruzada.

A la búsqueda de la experiencia religiosa en esa suerte de Jardín del Edén habían peregrinado durante siglos fieles devotos desde todos los confines de la Cristiandad. Si los menos fueron empujados a la senda por la presión social, los más caminaban en la esperanza de obtener una ayuda divina que les era negada por los hombres, desde la recuperación de la salud frente a las enfermedades del cuerpo a la cura de las heridas del alma mediante la penitencia por los pecados inconfesables. A veces, era para cumplir el voto formulado en un momento de necesidad o peligro, agradeciendo a la divinidad las oraciones escuchadas y los beneficios recibidos, ganar indulgencias desde el mismo nacimiento de ese espacio de eternidad que es el purgatorio y, cómo no, alimentar el ansia aventurera que comporta la creencia en que lo importante es el viaje y no la arribada.

Lo cierto es que en toda peregrinación –y máxime en la más luenga de todas ellas, como era la jerosolimitana– los santuarios y las imágenes harán de mediadores para la satisfacción de la meta redentora. De manera que encontraremos templos, santos y reliquias intermedios que acelerarán el pulso de la emoción contenida, hitos o cruceros que sacralizarán la ruta, hasta extasiarse los fatigados caminantes ante los iconos arcaicos o llegados del cielo que se veneran en la Ciudad Santa, y cuyos destellos fragmentados se llevarán a casa en forma de reproducciones votivas y *souvenirs*.

Esta práctica cristiana fue puesta en tela de juicio por reformistas y reformados de la Iglesia romana en pleno Renacimiento y, tras la ruptura confesional del siglo XVI, se bifurcan las actitudes religiosas ante la peregrinación a Tierra Santa. De resultas, mientras luteranos y calvinistas abominarán de lo que consideran un itinerario mercantilizado, los católicos se reafirmarán en las convicciones tradicionales, máxime cuando el Concilio de Trento justifique la peregrinación con prudencia, consolidando una especialidad de diarios romeros que dan cuenta de expediciones cada vez más uniformes y reglamentadas. Ello hasta el punto de hacerse un hueco en el catálogo de los viajes regulares, ora como destinos de moda entre los estamentos acomodados ora como trayectos penitenciarios por disposiciones judiciales o mandatos sacerdotales, hasta desembocar en nuestros días en el denominado *turismo religioso,* que desnaturaliza la esencia misma del antiguo *Iter Hierosolymitanum, Ruta de Jerusalén*.

## La cruzada pacífica

Las peregrinaciones a los Santos Lugares habían adquirido para los fieles católicos del Cinquecento el aspecto de lo que se ha dado en llamar una *cruzada pacífica*. Los acicates de este flujo transeúnte no sólo eran la recompensa piadosa de revivir la pasión de Cristo, sino también el deseo de conocer los pueblos exóticos de Oriente Próximo, ganar indulgencias en las diferentes estaciones y misterios, venerar santos y cumplir promesas. Además, esta excursión penitente adolecía de una extrema polarización social, pues tan sólo era emprendida por una minoría rica, en su mayoría aristocrática y acompañada de una comitiva, o por desarrapados buscavidas y errabundos que sobrevivían gracias a la limosna caritativa y a las tretas de la picaresca, como los disfraces que *bordaban al bordonero y hacían romera a la ramera.*

Lo cierto es que en los siglos modernos cambiaron los hábitos centenarios de la peregrinación. Los viajeros partirán de los distintos países y ciudades de la Cristiandad católica: Félix Fabri desde Ulm, Santo Brascha desde Milán y Pierre Barbatre desde Vernon lo hicieron en 1480; Bernardo de Breydebach desde Maguncia, en 1483; Fray Antonio de Lisboa desde Tomar, en 1507; don Fadrique Enríquez de Ribera desde Bornos, en 1518; Íñigo de Loyola desde Roma, en 1523, Pedro Escobar Cabeza de Vaca desde Valladolid, en 1586...

Tras atravesar la dificultad de los Alpes o embarcarse hacia Italia, lo más común es que los peregrinos se concentrasen en Venecia, que se había especializado en esta modalidad excursionista. A tal efecto, los viajeros eran alojados en *fondaco* "por naciones" y aliviaban sus males en *ospedali*, concertaban un contrato escrito con sus correspondientes cláusulas con un patrón naviero y, en previsión de abusos, el Dogo concedía licencias oficiales a los capitanes, nombraba intérpretes que apostados en la plaza de San Marcos o en el puente de Rialto les ayudaban a sacar pasaje, comprar bastimentos y cambiar monedas. Asimismo, en la *Perla*

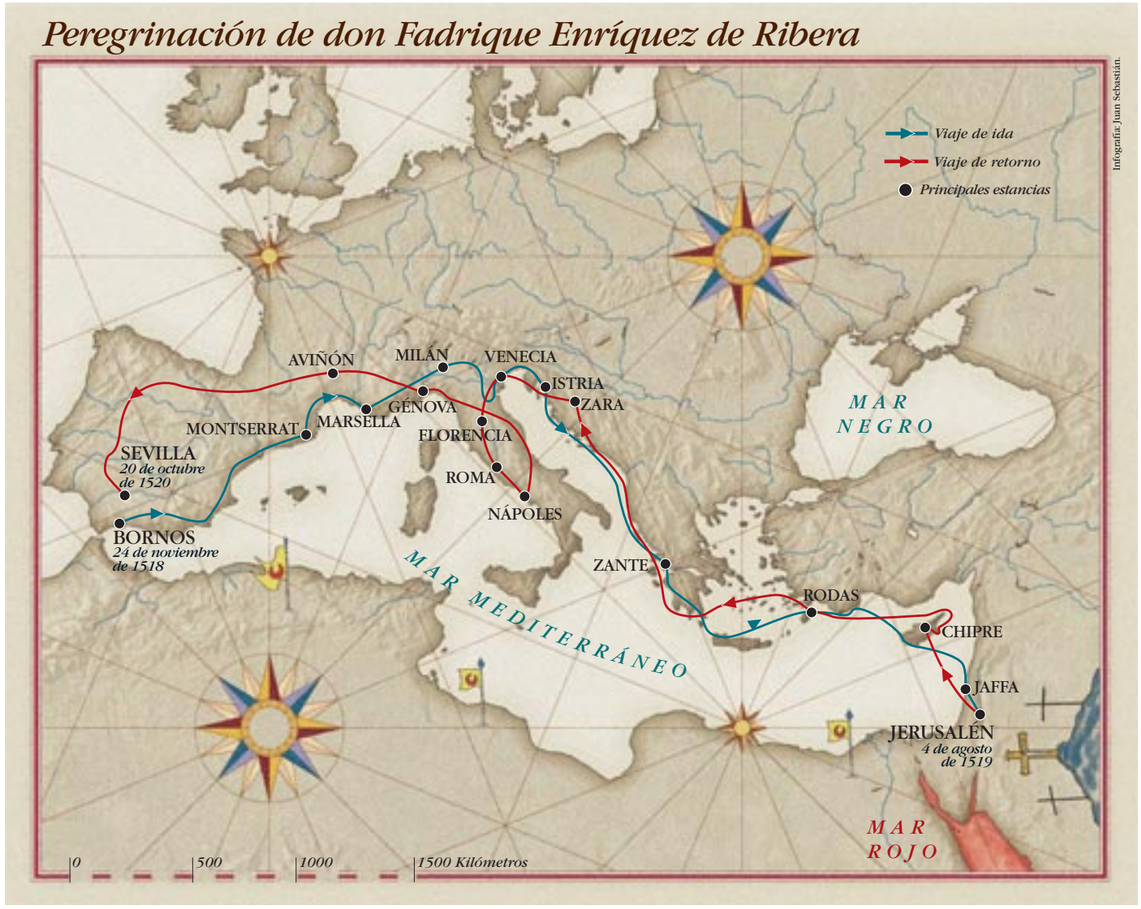
## Diario de un peregrino

*El 24 de noviembre de 1518, Don Fadrique Enríquez de Ribera, Comendador de Santiago y marqués de Tarifa, peregrinó a Jerusalén, dejando de su viaje –cuyo itinerario se refleja en el mapa– un interesante relato del que se extraen estas líneas:*

Llegamos a Jerusalém este día Jueves a vísperas poco más, o menos, que no fue poca la alegría, cuando lo vimos, que está en un valle. Fuímonos a apear junto a una casa, que está fuera, que solía ser de Mercaderes: y agora posan en ella los peregrinos Moros, que van a la Meca. De ahí nos fuimos a Monte Sión a pie: porque a todos los Christianos hacen allí apear; y según el mucho Sol habíamos pasado, y mucha aspereza del camino, no nos fue muy apacible. Y fuimos por defuera de la ciudad junto al Castillo de Pisano, que fue una fortaleza, que los pisanos hicieron, cuando tuvieron a Jerusalém: que hoy está entera y no es fuerte. Y así nos fuimos a Monte Sión, que habrá media milla: e allí dieron de cenar a los peregrinos. Y después repartiéronse los de la otra nao en el hospital de Santiago, que fue donde degollaron a Santiago de Galicia. Y los de nuestra nao fuimos, a posar al Patriarcado, que es la casa de el Patriarcha de Jerusalém. La cual está incorporada con la iglesia del Santo Sepulchro: y en ella reside hoy el Patriarcha de los Griegos.

Jerusalém es larga, y angosta: y tiene en largo hoy mil y novecientos pasos: y en ancho mil y quinientos y dos; y habrá tres mil vecinos".

(***Viaje de don Fadrique Enríquez a Jerusalén,*** 1518-1520).



*del Adriático* o en Palestina adquirían la famosa *Guía del Peregrino*, redactada por los custodios franciscanos de Monte Sión y actualizada en sucesivas ediciones, que amén de oraciones e himnos para la ocasión, contenía la relación de lugares sagrados y aún la recompensa evangélica a obtener en cada uno de ellos.

La ruta marítima seguida por estas galeras y naos de peregrinos, a modo de flota regular que hacía sendas travesías en primavera y verano para aprovechar las buenas condiciones de navegabilidad del *Mare Nostrum*, contemplaba escalas obligadas en Rodas y Chipre por razones de abastecimiento y seguridad, hasta que, a partir de 1523, los caballeros de San Juan fueron obligados por los turcos a establecer su nueva base en Malta. Desembarcados en Jaffa y recibidos con un sermón por el Guardián de los Santos Lugares, para que respetasen el patrimonio y las costumbres islámicas, sufrían un auténtico rosario de exacciones a cargo de trujamanes, vendedores, tansportistas y delegados del señor de Siria –vasallo del Gran Turco, que, bajo el sultanato de Selim II, había arrebatado Jerusalén en 1517 a los mamelucos–, a cambio de protección y franqueza de paso. Al llegar a Jerusalén se iniciaba un apretado calendario de visitas obligadas a capillas y lugares bíblicos –desde Belén al río Jordán, desde Nazaret al valle de Josafat– repartidos y disputados por diferentes sectas cristianas (griegos, armenios, coptos, nestorianos, maronitas, etcétera), cuyo punto álgido estribaba en el ritual de investidura como caballeros en el Santo Sepulcro.

HIEROSOLYMA VRBS SANCTA IVDEAE TOTIVSQVE ORIENTIS LONGE CLARISSIMA QVA AMPLITVDINE AC MAGNIFICENTIA HOC NOSTRO AVO CONSPICVA EST.

Arriba, **mapa de Jerusalén y situación de sus monumentos más importantes (*Civitates Orbis Terrarum*, de Braun, siglo XVI).** Abajo, **el Santo Sepulcro.**

Luego, no restaba sino desandar el camino hasta los reinos de partida, bien por la vía segura de la ida navegando próximos a los enclaves venecianos, o bien por vías alternativas en manos islámicas, bien hacia el Este (Damasco, Trípoli y Acre), bien hacia el Oeste (desierto del Sinaí, el Nilo y Alejandría), cruzándose en no pocas ocasiones con las caravanas que se dirigían en peregrinación hacia La Meca o, incluso, a la propia Jerusalén.

Y, ya en el reposo de las moradas familiares, los nobles romeros rememoraban su peregrinación en manuscritos que han pasado a la literatura de viajes bajo el subgénero de *libros de peregrinación*.

## El "camino sin pesadumbre"

La mudanza en las peregrinaciones a Jerusalén fue diluyendo la idea medieval de la *errance*, la aventura arriesgada de los paladines caballerescos, de los cruzados que pretendían liberar Tierra Santa del Islam, de los héroes artúricos en busca del Santo Grial, que habían de superar peligros y pruebas iniciáticas para alcanzar la gloria y el honor. Ahora, modificados sus argumentos ideológicos, se convertirán en viajes de lujo, que sus privilegiados protagonistas calificarán de "camino sin pesadumbre", según decía Fray Antonio de Aranda, que peregrinó a Jerusalén desde Alcalá de Henares en 1529.

Pasando del uso al abuso de la romería jerosolimitana, el voto se pudo satisfacer mediante donativos monetarios y hasta por poderes, lo que contribuyó a la desnaturalización de su sentido originario y multiplicó las censuras erasmistas y luteranas. La misma mala impresión se llevaba el creyente al contemplar el vergonzante reparto espacial de Palestina entre las diversas religiones cuyas disensiones llegaban a Europa (Amaro Centeno escribía que "estas naciones de Christianos andavan fuera del gremio de la Santa Madre Yglesia Romana, y tenían ciertos errores que havían tomado de sus maestros". No era menor la indignación que producía la rapaz explotación de los visitantes. A esto hay que añadir una reutilización de los recintos sagrados, que pasaban de iglesias a mezquitas y, a veces, a la inversa, en función de las actitudes más o menos tolerantes de sultanes y gobernadores.

La decepción empezó a hacer mella en los peregrinos a medida que avanzaba el siglo, apareciendo un espíritu crítico que se concretó en la utilización de la fórmula "se dice" para dar cuenta de sus impresiones ante las estaciones y "maravillas" de Tierra Santa, puesto que muchas leyendas y restos divinos hacían flaquear hasta la fe del más crédulo.

Arriba, **iglesia del Santo Sepulcro, meta irrenunciable de los peregrinos cristianos.** Abajo, **una de las calles del casco viejo de Jerusalén.**

Los testimonios empezaron a dar cabida también a los aspectos negativos de este paisaje sagrado. Así, por ejemplo, Fray Antonio de Aranda, tras recordar que en tiempos lejanos "esta Tierra de promisión era abundante de todas las especies... agora, después de tantas destrucciones, lo más y mejor falta...", concluirá afirmando "que no ay en Palestina cosa que cause novedad en España". Y el maestro de capilla hispalense Francisco Guerrero, que peregrinó desde Sevilla en 1591, anotó en su cuaderno de viaje "que esto se vee (las ruinas) por toda esta tierra de Palestina: que passamos por ciudades que fueron muy grandes, y no vemos sino piedras, y algunos paredones. Dicen se parece ser la voluntad de Dios que estén destruydas por los pecados de aquel tiempo".

La Europa barroca entendió el peregrinaje de manera más objetiva y racional, lo que no es óbice para que esta devoción, en la que se daba el maridaje de la gracia espiritual y el prestigio social, siguiese formando parte de la cultura aristocrática de los países católicos. Aunque a su abrigo muchos hubiesen viciado la práctica, como deja entrever Miguel de Cervantes con discreción y prudencia en su testamento literario de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuando pone en boca de una romera un juicio de esta guisa: "...pero estoy mal con los malos peregrinos como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable; con aquéllos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo más, aunque pudiera."

## La peregrinación de un músico hispano

En 1568, el insigne músico Francisco Guerrero, a la sazón maestro de capilla y racionero de la catedral de Sevilla, acompañó al cardenal Rodrigo de Castro a la convocatoria que le había cursado el papa Sixto V. Como el arzobispo se dilatara en Madrid en tanto pasasen los recios calores del estío, nuestro compositor obtuvo licencia para adelantarse hasta Venecia con la disculpa de estampar sendos libros, aprovechando para embarcarse el 14 de agosto junto a su discípulo Francisco Sánchez rumbo a Tierra Santa, "a los sesenta años de mi hedad, sin temor del mar, ni de tantas naciones de enemigos como en esta peregrinación ay". Tras un mes de navegación por Levante, atracó en el puerto de Jaffa, donde comenzarán sus evocaciones bíblicas, formando con otros romeros una recua de jumentos con la que alcanzaron la alegre vista de Jerusalén, "bessando muchas vezes la tierra dando muchos loores a Dios". Las jornadas se sucedieron entre visitas a estaciones, santuarios y reliquias de los Santos Lugares, en cuyo transcurso aflorará la vena artística de nuestro viajero hispalense. De esta forma, en el Santo Sepulcro, "a la media noche es gran contento oir a todas estas naciones dezir maytines, y a cada uno en su lengua y canto". En Belén, cantando antífonas y versos en la capilla del Nacimiento "que parece que entramos en el Parayso", tendrá "mil ansias y desseos de tener allí todos los mejores músicos del mundo, assí de bozes como de instrumentos, para dezir y cantar mil canciones y chanáonetas al niño Iesus y a su Madre sanctissima, y al bendito Ioseph, en compañia de los Angeles, y Reyes, y Pastores, que en aquel diversorio se hallaron...". Y al contemplar el Calvario anhelará que discretos músicos interpretaran en coro angelical las Lamentaciones de Jeremías. Por fin, con las indulgencias ganadas y las bolsas más ligeras, los peregrinos uniéronse a una caravana de mercaderes para retornar a la patria a través de la deslumbrante Damasco y de la portuaria Trípoli siríaca hasta echar el áncora en la *Perla del Adriático* al cabo de cinco meses. En adelante, cada vez que el bueno del maestro Guerrero compusiese villancicos para celebrar la Navidad en su jubilación catedralicia, le vendrán a sus mientes los paisajes de Palestina, hasta el punto de no cambiar "el contento de haberla visto por todos los tesoros del Mundo".

# La romería a la Ciudad Eterna

**Ante los ataques de la Reforma contra las peregrinaciones, el Concilio de Trento reafirmó su valor espiritual y San Ignacio de Loyola se convirtió en su gran paladín, titulándose *el peregrino* y resaltando las vivencias místicas del viaje**

**Miguel Ángel de Bunes Ibarra**
*Colaborador científico del Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid*

**Plaza de San Pedro llena de peregrinos para asistir a la coronación del papa Sixto V. Obsérvese que aún no existía la columnata de Bernini y que la cúpula de la Basílica ya aparece, aunque esté en segundo plano, tras la iglesia antigua (sala Sixtina, Vaticano).**

RENACIMIENTO, REFORMA Y CONTRArreforma cambiaron radicalmente el sentido y el significado de la peregrinación a la Ciudad Eterna. En la transformación de las sensaciones y las emociones que deparaba la contemplación de las basílicas romanas para los peregrinos, así como de la propia ciudad por parte de sus príncipes, influyó no sólo la crítica que desde el siglo XIV se realizaba contra las peregrinaciones y peregrinos que proliferaban a lo largo de toda Europa, sino también el reparto de poder que se inauguraba en los albores de la Modernidad. La cuestión oriental y la pérdida de Constantinopla, Jerusalén y Tierra Santa influyeron decisivamente para que la ciudad de las siete colinas recuperase importancia como el gran centro de peregrinación de la Cristiandad. Una urbe que se atribuía el título de la *Nueva Jerusalén*, el único lugar donde estaban enterrados dos apóstoles y que guardaba los fragmentos de la Vera Cruz o el velo de la Verónica, entre otras muchas reliquias...

Roma era, además, la sede de un Estado que se había convertido en el centro político de Italia al superponerse a la Florencia de los Médici y a la Venecia de los Dogos. Los Papas se presentaban ante los reyes occidentales como los abanderados de la lucha contra el infiel Turco, reivindicando su papel de aglutinadores de la Cristiandad contra el peligro otomano. Gobernaban en el único lugar no sometido por el Islam donde se conformaba la religión católica, al mismo tiempo que preservaban íntegramente el legado de la tradición clásica en sus calles y plazas. Tras la Reforma protestante, Roma sería la cabeza del enfrentamiento contra los herejes.

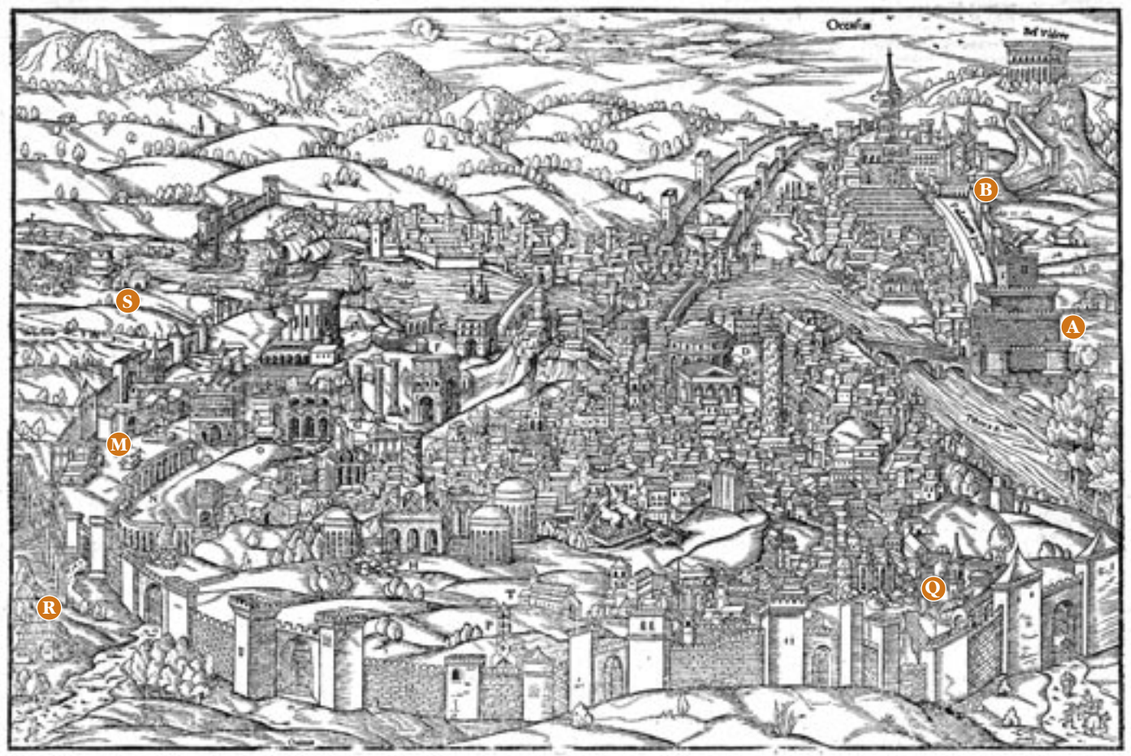
La promulgación del primer año jubilar en 1300 logró que Roma fuese el centro del mundo cristiano, acabando de esta manera con una de las primeras épocas de decadencia de la *peregrinatio*; pero tuvo el efecto perverso de alterar el principal fin de la visita a los sepulcros de los dos apóstoles, ya que los romeros no se acercaban a las basílicas para venerar las reliquias, sino para ganar las indulgencias. De esta manera, para E. Delaruelle, la figura del Papa reemplazaba a las de san Pedro y san Pablo en el orden de preeminencia de los caminantes.

## Babilonia infernal

La *Edad de Oro* de la ciudad como la encarnación de la *Jerusalén celeste* entró en decadencia cuando arreciaron las críticas de prelados, teólogos y reformadores contra la licenciosa vida de los peregrinos, críticas que se insertan dentro de las nuevas corrientes de la espiritualidad. La misma publicística romana culmina el siglo XV tildando a la ciudad regida por los papas Borgia (Calixto III y Alejandro VI) como la encarnación de la *Babilonia infernal*, la antítesis del ideal de quienes se acercan para alcanzar la remisión de sus pecados por la indulgencia plenaria de los años jubilares y la contemplación de las reliquias más sagradas de la Cristiandad.

**Paulo III, el pontífice que convocó el Concilio de Trento (por Tiziano, Pinacoteca Vaticana).**

Los requisitos para lograr la indulgencia se habían complicado a lo largo de los siglos: el precepto impuesto por Bonifacio VIII (1300) de la visita de las basílicas de San Pedro y San Pablo para lograr el perdón de los pecados fue ampliado por Clemente VI (1350) a la basílica de San Juan de Letrán; Urbano VI (1390) amplió el circuito romano de los romeros con la de Santa María la Mayor. En el siglo siguiente se completó el itinerario, recomendándose la visita de las tres iglesias menores: San Lorenzo, Santa Cruz y Santa María del Pópolo.




**Roma en 1549. Obsérvese**, arriba, a la derecha, **el palacio de Belvedere; el Vaticano (B), la iglesia de San Pedro (C); el castillo de Sant'Angelo (A), San Juan de Letrán (M), Santa María del Pópolo (Q); fuera de las murallas**, a la izquierda del grabado, **San Lorenzo (R) y San Sebastián (S). Grabado de Sebastian Munster, (Biblioteca Vaticana).**

La peregrinación al final de la Edad Media se había convertido en un fin en sí mismo que lleva a muchas personas abandonar sus quehaceres y obligaciones para recorrer –como afirma A. Maczak– caminos peligrosos e insanos, que muestran una excesiva credulidad por el culto a las reliquias y las leyendas de todo tipo que se narran por los lugares donde pasan y que llegan al convencimiento, más o menos generalizado, de que las peregrinaciones son necesarias para alcanzar la salvación. Incluso se pueden referir casos de personajes adinerados que pagan a otros hombres para que realicen las estaciones hasta Roma en su nombre, con el fin de alcanzar el jubileo.

Las críticas a las licenciosas prácticas de los caminantes religiosos en sus desplazamientos por Europa se generalizan en la mayor parte de los tratados teológicos del momento, así como en las propias obras literarias, en las que suelen aparecer peregrinos pícaros y borrachos portando las enseñas de los caminantes a los centros de peregrinación, que cometen todo tipo de acciones licenciosas y contrarias a los ideales cristianos. Todos estos errores, transcritos casi literalmente de los escritos de Erasmo, son atacados por este autor, intentando liberar al hombre del ritualismo de las ceremonias religiosas y exaltando el espíritu de la caridad para lograr un diálogo solitario del alma con Jesucristo, ideas contrapuestas a las prácticas habituales de muchos de los hombres que visitan Roma.

## Paganismo e idolatría

Las críticas de Erasmo y de los otros reformadores se orientaban a recomendar otro tipo de prácticas religiosas y de espiritualidad, pero fueron los reformadores protestantes los que propugnaron la prohibición absoluta de todas las peregrinaciones, tanto a los pequeños centros locales como a los tres destinos mayores (Jerusalén, Roma y Santiago) de las peregrinaciones tradicionales de la Edad Media. Lutero razona esta idea en el *Llamamiento a la nobleza cristiana de la nación alemana,* al afirmar que durante las romerías se dan "innumerables ocasiones de pecar y de menospreciar los mandamientos de Dios". Como resumen J. Chélini y H. Branthomme, las ideas del dominico alemán sobre las peregrinaciones, el culto a las reliquias y a los santos sirven para demostrar la tendencia idólatra de los papistas, que están acabando con los valores más importantes del mundo moderno: la estabilidad, el trabajo, el dinero, la familia y la moral.

Para Calvino y Zwinglio, ahondando un poco más las críticas realizadas por Lutero, la simple veneración convierte en ídolos a las reliquias de la pasión de Cristo (la Vera Cruz o el velo de la Verónica), las tumbas de los Apóstoles o los vestigios de los santos. Según ellos, el Papa instigaba una piedad falsa, más cercana al mundo de los dioses paganos que de la verdadera revelación, al no desear defender una religión del espíritu y de la verdad, sino mercantilizar la práctica religiosa.

Coincidiendo con el primer jubileo del siglo XVI, promulgado por Clemente VII en 1525, el ambiente intelectual y religioso se muestra contrario e, incluso, hostil a los peregrinos. Tras décadas de diatribas y críticas, dentro y fuera de la ortodoxia católica, la única peregrinación aceptada por reformadores y humanistas es "la peregrinación como un camino espiritual del cristiano", idea defendida por Juan Luis Vives y por el propio Calvino. La Contrarreforma tuvo que justificar teóricamente la importancia de los romeros y, sobre todo, defender la trascendencia de la *peregrinatio* religiosa como el único espíritu que mueve a los católicos a iniciar el viaje.

## Revulsivo conciliar

Varios de los decretos de la última sesión del Concilio de Trento se redactaron para justificar el valor sagrado de las imágenes, la vigencia de las indulgencias y la importancia de la veneración de las reliquias, alejándolas de toda manifestación supersticiosa. Las decretales conciliares que relanzaban las prácticas religiosas vigentes desde el Medievo, y que se oponían a las críticas realizadas por los protestantes, se vieron favorecidas por la aparición de grandes personalidades de la Reforma católica que convierten la peregrinación en uno de los elementos esenciales de su tránsito y transformación espiritual. Ignacio de Loyola fue el abanderado del valor de la visita a los Santos Lugares y a los grandes santuarios de la Cristiandad, titulándose a sí mismo en su *Autobiografía* como *El Peregrino*, defendiendo la importancia de la experiencia del viaje y de la interiorización de las vivencias místicas y la dureza del camino de las estaciones para alcanzar la contemplación de los lugares de devoción y la visita de las reliquias de los santos, como defiende en sus *Ejercicios espirituales*.

Derecha, **Pío V, el papa que puso en vigor las reformas propuestas por el Concilio de Trento (anónimo, siglo XVI, Pinacoteca Vaticana).** Abajo, **plaza del Esquilino, con la fachada de Santa María la Mayor, antes de la reforma barroca (anónimo del siglo XVIII, Pinacoteca Vaticana).**

Este impulso a las peregrinaciones tuvo su re-

flejo directo en la propia configuración urbana y urbanística de la ciudad de Roma. Los dos últimos Jubileos del siglo XVI establecieron el auge de visitantes y viajeros que se acercan a la ciudad para ganar las indulgencias, para recorrer sus calles y para conocer la gran urbe del mundo católico. Ésta se equipó para acoger a las ingentes masas de peregrinos con la fundación de hospederías –como la establecida por Felipe Neri en 1549– salvaguardando el orden público, controlando a maleantes y bandoleros y acondicionando itinerarios para conducir a los fieles. La ciudad, que tenía en esta época unos 100.000 habitantes, fue visitada por 400.000 peregrinos en 1575 y por más de medio millón en 1600.

La exaltación del culto mariano propugnado por los reformadores de Trento creó nuevos centros de peregrinación asociados a la Ciudad Eterna, como el caso de la Santa Casa –la casa de la Virgen– en Loreto. Gregorio XIII conectó la visita de Roma con el lugar donde se produjo la Anunciación a María, –¡una casa trasladada milagrosamente desde Nazaret hasta Italia!– y los jesuitas, comenzando por el propio Ignacio de Loyola, fueron los máximos defensores del valor de la visita a este lugar, que encarna muchos de los nuevos usos religiosos nacidos del concilio tridentino.

## Reformas para el turismo religioso

En Roma se levantaron a lo largo de todo el siglo

**La plaza de San Pedro en la primera mitad del siglo XVII. Obsérvese que ya había sido erigido el obelisco (1590); que estaba terminada la fachada (se concluyó en 1612), pero aún no existía la columnata de Bernini, iniciada en 1657 (anónimo, siglo XVII, Pinacoteca Vaticana).**

obeliscos para indicar las estaciones y puntos de referencia para los caminantes, se reformaron y ampliaron basílicas e iglesias, se erigen nuevos puentes sobre el río y se construye *ex novo* la basílica de San Pedro, magna obra que muestra la importancia de la peregrinación y el valor de la Iglesia romana, ideas realzadas con la gran cúpula de Bramante (cambiando el proyecto original de Miguel Ángel) que se levanta majestuosa sobre la línea del horizonte de la ciudad. La colina donde está la tumba del Apóstol se presenta al orbe como el *Nuevo Gólgota*, idea que se perfilaría con las reformas posteriores del edificio y su entorno urbano.

Durante todo el siglo XVI, Roma adquiere el esplendor de ciudad triunfante que se engalana para suscitar la admiración, el orgullo y la exaltación del catolicismo victorioso, obras que se rematarón a lo largo de la centuria siguiente. Las vías anchas y rectas que conducen al Vaticano o a Santa María la Mayor no son simple ampliaciones para facilitar recorridos, sino que muestran caminos ideales con programas ideológicos perfectamente concebidos y que variarían según la mentalidad y la concepción religiosa de cada uno de los pontífices del periodo, siendo la actuación urbana más importante la reorganización emprendida por Sixto V para comunicar las diferentes basílicas partiendo de Santa María la Mayor. El Vía Crucis romano se engalanó con cruces, obeliscos y fuentes en las diferentes vías. Los caminos rectos se identifican con la *diritta via* que transporta a los hombres al templo celestial.

**Roma y sus monumentos en 1570 (grabado del *Civitates Orbis Terrarum*, de Braun).**

El peregrino se lleva de la Ciudad Eterna, además del recuerdo de la grandiosidad de los templos y la abundancia de reliquias contemplados, pequeñas imágenes de san Pedro o san Pablo y, sobre todo, cuadros con el Velo de la Verónica... La extensión de la imprenta permitió que los costosos cuadros fuesen sustituídos por grabados de la Cara de Cristo impresa en el Santo Sudario, extendiéndose la leyenda que el original que se mostraba a los romeros durante la Edad Media había sido robado o destruido por los soldados imperiales durante el *Saco de Roma* de 1527. Solía ser costumbre, también, la compra de pequeñas medallas de cada una de las basílicas y la recogida de tierra, piedras y otros objetos de los lugares visitados, que luego eran guardados como amuletos y objetos casi de devoción.

Los ritos, leyendas, visitas y descubrimientos que deparaba la ciudad a los peregrinos que penetraban en su recinto amurallado propiciaron la confección de guías para los viajeros, tales como el *Itinerarium urbis Romae* del franciscano Mariano de Florencia (1517), por citar sólo una de las más editadas, en las que se narran desde las gestas de los emperadores de Roma hasta el origen de las reliquias guardadas en las más de 1500 iglesias y oratorios que se podían visitar, además de marcar los itinerarios para evitar perderse en las intrincadas *ruas* romanas. Mundo antiguo y *civitas* cristiana se mezclaban en esas obras, que llevaban títulos como *Cose maravigliose*, *Mirabilia* o *L´antichitá di Roma*, en las que se intentaba conciliar el esplendor del pasado pagano con el presente católico.

## Bibliografía


La obra más completa sobre el Camino de sigue siendo: Vázquez de Parga, L., Lacarra, J. M. y Uría, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1948-1949, 3 vols. (3ª ed., Pamplona, 1992).

También:

Alfaro, T., *Plantas y remedios naturales de los Caminos de Santiago,* Plaza Janés, Barcelona, 1999.

Almazán, V., "Lutero y Santiago de Compostela", *Compostellanum 32* (1987).

Alonso Luengo, L., *El Camino de Santiago, la hospitalidad monástica y los peregrinos*, Salamanca, 1992.

Arrondo, E. G., *Rutas jacobeas. Historia, arte, caminos,* Los Amigos del Camino, Estella, 1971.

Bango, I. G., *El Camino de Santiago*, Madrid, 1993.

Benito Ruano, E., (ed.), *Libro del Limosnero de Isabel la Católica,* Madrid, 1989.

Bennassar, B., *Saint Jacques de Compostelle,* Julliard, Paris, 1970.

Bottineau, I., *El Camino de Santiago,* Orbis, Barcelona, 1985.

Carandell, Luis, *Ultreia. Historias, leyendas, gracias y desgracias del Camino de Santiago,* El País Aguilar, Madrid, 1998.

Chélini, J. y Branthomme, H., *Les chemins de Dieu. Histoire des pèlerinages chrétiens, des origines à nous jours*, Hachette, Paris, 1982.

Chocheyras, J., *Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela,* Gedisa, Barcelona, 1999.

Freedberg, D., "Imagen y peregrinación", en *El poder de las imágenes. Estudios sobre la historia y la teoría de la respuesta*, Madrid, Cátedra, 1992.

G. Atienza, J., *Leyendas del Camino de Santiago,* Edaf, Madrid, 1999.

García Guerra, D., *El Hospital Real de Santiago (1499-1804)*, La Coruña, 1983.

García Martín, P., *La cruzada pacífica. La peregrinación a Jerusalén de don Fadrique Enríquez de Ribera*, El Serbal, Barcelona, 1997.

Gauthier, M-M., *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle,* Paris, 1983.

González Bueno, A., *El entorno sanitario del Camino de Santiago,* Madrid, Cátedra, 1994.

Guerra, J., *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago,* Cabildo Catedral de Santiago, 1982.

Hereter, R., *El Camino de Santiago monumental,* Planeta, Barcelona, 1998.

Linage, A., "Presencia de Cluny en el Oeste peninsular", en *Studia Monastica 37* (1995).

Lomax, D. W., "Algunos peregrinos ingleses a Santiago en la Edad Media", *Príncipe de Viana 31* (1970).

Lucas, M., *El Hospital Real de Santiago (1499-1531)*, Santiago, 1964.

Maczak, A., *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*, Omega, Barcelona, 1996.

Passini, J., *El Camino de Santiago: itinerario y núcleos de población*, Madrid, 1993.

Storrs, M., *Jacobean pilgrims from England from the Early XIIth Century to the late XVth century*, London, 1964.

Torrente Ballester, G., *Compostela y su ángel,* Alianza, Madrid, 1999.

Turner, W. y E., *Image and Pilgrimage in Christian Culture.* Columbia University, 1980.

VV. AA., *El Camino de Santiago y la articulación del espacio hispánico*, Pamplona, 1994.

VV. AA., *El Camino de Santiago, la hospitalidad monástica y las peregrinaciones*, Salamanca, 1992.

VV. AA., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela y a San Salvador de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo, 1993.

VV. AA., *El Camino de Santiago a pie,* El País Aguilar, Madrid, 1998.

VV. AA., *L´Arte degli Anni Santi. Roma 1300-1875*, Roma, Expo Palazzo Venezia, 1984-1985, Mondadori, Milano, 1984.